

## VOLVIENDO A LAS FUENTES PRIMITIVAS

Ricardo Hussey

### ÍNDICE

#### PRIMERA PARTE

##### EL LIBRO DE LOS HECHOS

**Introducción.-**

**Texto que figura en la contraportada.-**

**Capítulo 1.- La unidad, una piedra fundamental insustituible.**

**Capítulo 2.- La unidad en la iglesia local – requisito indispensable para un sano desarrollo y crecimiento.**

**Capítulo 3.- Pentecostés – los puntos más destacados.**

**Capítulo 4.- La iglesia de Jerusalén nacida el día de Pentecostés.**

**Capítulo 5.- La iglesia de Jerusalén (2)**

**Capítulo 6.- La iglesia de Jerusalén (3)**

**Capítulo 7.- La iglesia en Antioquía de Siria. (1)**

**Capítulo 8.- La iglesia en Antioquía de Siria. (2)**

**Capítulo 9.- La iglesia en Antioquía de Siria. (3)**

**Capítulo 10.-Bernabé, el varón bueno y lleno del Espíritu Santo.**

**Capítulo 11.-Los viajes misioneros de Pablo. (1)**

**Capítulo 12.-Entre el primer y segundo viaje misionero.**

**Capítulo 13.-Segundo viaje misionero de Pablo. (1)**

**Capítulo 14.-Segundo viaje misionero de Pablo. (2)**

**Capítulo 15.-Tercer viaje misionero de Pablo.**

#### SEGUNDA PARTE

**Capítulo 16.- El apóstol Pablo. (1) Su conversión.-**

**Capítulo 17.- El apóstol Pablo. (2) Depositario de gracia superlativa.**

**Capítulo 18.- El apóstol Pablo. (3) El pionero estoico y heroico.**

**Apéndice 1º.- “La tristeza que es según Dios.”**

#### TERCERA PARTE

##### LAS DOS GRANDES ORACIONES DE PABLO

**Capítulo 19.- Efesios 1:15-23.- La plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.-**

**Apéndice 2º.- El hombre interior.**

**Capítulo 20.- Efesios 3:14-21.- El Everest del gran alpinista.**

### INTRODUCCIÓN

Como advertirá el lector por el índice que precede a esta introducción, esta obra consta de tres partes. La primera de ellas se centra en el libro de Los Hechos en general. La segunda, en la persona y el ministerio del apóstol Pablo, protagonista principal del libro a partir del capítulo undécimo. Por último, la tercera, en las dos grandes oraciones de Pablo contenidas en los capítulos uno y tres de su carta a los efesios.

Las dos primeras, no pretenden presentar un estudio completo y detallado ni de Los Hechos, ni de la vida de Pablo. Otros ya han escrito mucho y muy bien, tanto sobre lo uno como sobre lo otro. En cambio, buscamos extraer y desgranar los principios y verdades cardinales que se encuentran en ambos, en cuanto a la vida cristiana a

nivel individual y congregacional, y sobre todo, en cuanto al ministerio en general.

Creemos firmemente que en ellos – como así también, desde luego, en los evangelios y el resto del Nuevo Testamento – el Espíritu Santo nos ha sentado bases inamovibles, que deben ser normativas para todo hijo de Dios y siervo del Señor, en esta dispensación de la gracia en que nos encontramos.

Estas bases inamovibles, como se comprenderá, constituyen el aspecto que podríamos denominar *de fondo*, de todo esto. El otro aspecto – *el de forma* – evidentemente podrá variar considerablemente, merced a diferencias culturales o circunstancias distintas, que imponen costumbres o formas de actuar o funcionar de las más diversas, en distintos países y a diferentes etapas de la historia.

Con todo, estas últimas – las de forma – deberán necesariamente tener su apoyo claro y firme en las primeras – las de fondo – sin contrariarlas ni desviarse de ellas en absoluto, si es que se ha de edificar con solidez y en busca de resultados positivos y duraderos.

Naturalmente, no suponemos que por la mera aplicación de estas bases y principios que hemos de considerar y comentar, se han de lograr los mismos resultados que en la iglesia primitiva, ya sea en cuanto al orden numérico de crecimiento, o a los prodigios y milagros que se experimentaron en aquel entonces.

¿Qué utilidad o provecho podrá tener entonces este estudio?

En primer lugar, el de presentar tanto a hijos de Dios para el cultivo y desarrollo de su vida a nivel personal y colectivo, como para siervos de Dios que se inician o ya están involucrados en el ministerio, lo que es sin lugar a dudas el modelo que Dios nos ha dado, tanto para lo uno cuanto para lo otro. Esto, a la vez, correctamente comprendido y absorbido, les permitirá desechar formas y tendencias extra o antibíblicas, lo que les evitará los desengaños y quebrantos que las mismas traen a la postre.

En segundo lugar, aplicando esas verdades y principios, podrán con buena base buscar la bendición de lo alto, a fin de que ese sopro vivificante, y esa unción santa y sagrada del Espíritu, les confieran virtud divina, a fin de que prosperen y rindan fruto y maduración efectiva.

Ese fruto y esa maduración no coincidirán ni con lo experimentado por la iglesia del primer siglo, ni posiblemente con lo que otros hayan visto y logrado en el pasado posterior al mismo. Pero sí asegurará en cambio, tanto el fruto como la maduración que responden al propósito personal de Dios para cada situación y ministerio en particular.

El sopro y la unción del Espíritu son totalmente indispensables, y desde luego que no nos hacemos ninguna ilusión – sin ellos, estos principios y verdades serán una mera teoría – correcta y bíblica – pero falta de la vitalidad y vida que sólo puede brindar el Espíritu de vida en Cristo Jesús.

En cuanto a la tercera parte, en ella nuestra consideración de esas dos grandes oraciones de Pablo, ha de ser más minuciosa y detallada.

Las mismas contienen un vasto caudal, que nos abre anchos horizontes, y también nos presenta pautas, no sólo en cuanto a la oración, sino también a muchos otros aspectos de toda la inagotable gama del consejo pleno de Dios.

Confiamos que tanto las dos primeras partes, como esta tercera, puedan resultar un aporte útil y provechoso para el lector, para aclarar conceptos, vislumbrar con claridad las líneas directrices que se han de seguir, y al mismo tiempo, ampliar su visión y agudizar su discernimiento en cuanto a lo auténtico y genuino, en contraste con lo que no lo es.

Al acometer este trabajo lo hacemos con una doble oración. Por una parte, que el Señor nos conceda en cuanto escribamos, luz y

claridad para no poner nada que no sea trigo limpio, o que tenga carácter dudoso, antes bien, que todo esté en real consonancia con la verdad bíblica, acompañada del hálito y la inspiración del Espíritu.

Por la otra parte, que nuestra obra, por la providencia divina, caiga en manos de lectores sinceros y ávidos, que sean tierra fértil en que la semilla de las verdades y principios que encontrarán en sus páginas, germine favorablemente y dé un fruto valioso y duradero.

De ser así, aun cuando de mucho de ello no lleguemos a enterarnos hasta el más allá, igualmente nos sentiremos plenamente recompensados por nuestro privilegiado esfuerzo y labor de escribir y publicar éste, nuestro séptimo libro.

Finalmente, señalamos que, al igual que los anteriores, se ha de poner en venta a un precio sumamente módico, que prácticamente lo pondrá al alcance de todo bolsillo, y sin que el autor derive *ninguna ganancia económica*, en consonancia con la exhortación que nos hace Jesús en Mateo 10:8 "...de gracia recibisteis, dad de gracia."

----- () -----

### **Texto que figura en la contraportada**

En las últimas décadas, han ido aconteciendo profundos cambios en la sociedad en todos los niveles imaginables.

A los verdaderos creyentes en Cristo Jesús, esto no nos debería tomar por sorpresa, dado que, más que los cambios en sí, el aumento de la maldad, es algo que está claramente predicho en las Escrituras.

No obstante, para muchos, ha resultado hasta cierto punto alarmante ver cómo esta tendencia a buscar continuos cambios, también se ha ido infiltrando en muchos sectores de la iglesia.

De esta manera, nuevos sistemas y métodos - buenos y sanos algunos de ellos, pero otros, cuestionables y de valor dudoso - han ido proliferando en los últimos tiempos.

El transcurso del tiempo, como siempre, se ha constituido en el juez certero y justo, que ha sabido acordar a cada una de esas innovaciones su dictamen, aprobatorio o desaprobatorio, según el caso.

No obstante, a pesar de que esto ha permitido a los que se habían embarcado en proyectos o métodos cuestionables, caer en la cuenta de su error, el perjuicio ocasionado ha sido considerable. No sólo se han perdido preciosos meses, y a veces años, en empresas estériles, sino que, en muchos casos, han quedado las secuelas dolorosas del desengaño, la desorientación y la pérdida de visión y del deseo de seguir sirviendo al Señor con entusiasmo y fervor.

En este libro, no se entra en polémicas buscando rebatir o refutar nuevas tendencias cuestionables. En cambio, dejando totalmente de lado el terreno de la polémica, se busca presentar las bases, los principios y los parámetros que se nos dan en la palabra de Dios, las Sagradas Escrituras.

Así, la forma en que estos aparecen en la iglesia primitiva en el relato de Los Hechos, tanto en la de judíos con asiento en Jerusalén, como en la de gentiles en Antioquía de Siria, se va desgranando de manera sencilla y clara.

Lo mismo se hace a nivel individual, con las figuras de Bernabé y Pablo, como varones ejemplares, escogidos por el Señor juntamente con muchos otros, y también con los tres viajes misioneros del apóstol Pablo. Los mismos, para todo hijo de Dios y siervo del Señor, deben seguir en pie como normativos para la iglesia y el ministerio de todos los tiempos, aun aceptando los cambios circunstanciales, culturales y de otra índole, impuestos por la evolución de la civilización a través de los siglos.

Se concluye con una consideración detallada y en profundidad de las dos grandes oraciones de Pablo en los capítulos 1 y 3 de Efesios. La

misma ha de presentar a cada lector un fuerte y sano desafío a remontarse a niveles más elevados en su vida y relación con el Señor.

Junto con este desafío, el saldo final para quienes lean con avidez y buena disposición, ha de ser el poder distinguir con mayor claridad las fuentes prístinas que Dios ha puesto en las Escrituras para nuestra instrucción y guía, con el consiguiente provecho y beneficio que es dable imaginar.

----- ( ) -----

## **PRIMERA PARTE**

### **EL LIBRO DE LOS HECHOS**

#### **CAPÍTULO 1. La unidad – una piedra fundamental insustituible**

Nos gusta el nombre: el libro de Los Hechos – no el de las palabras.

Aunque el nombre completo es “Los Hechos de los Apóstoles”, algunos han sugerido, no sin buena razón, que también podría llamarse “Los Hechos del Espíritu Santo.”

Efectivamente, desde un principio se lo ve como el personaje principal, actuando, por así decirlo, como el Director Ejecutivo del Trino Dios, honrando el nombre de Jesucristo y la persona de Dios el Padre con maravillosas manifestaciones de poder y gloria, a la vez que llevando las cosas con Su sabia y acertadísima dirección, en todo lo que va aconteciendo.

No cabe duda de que, a través de la pluma inspirada de Lucas el Señor nos ha querido dar en este libro, lo que es un precioso y riquísimo acopio de enseñanzas de principios básicos e inamovibles para todo lo que la obra del ministerio supone y conlleva.

En la lectura de Los Hechos, una de las primeras cosas que nos impresiona desde un principio es la forma en que se presenta y recalca la gran importancia de la unidad.

Después de narrársenos la ascensión del Señor Jesús, se pasa a consignar que, sin ninguna pérdida de tiempo, los discípulos comenzaron a congregarse en el aposento alto, y en el versículo 14 del primer capítulo leemos:

*“Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.”*

Anteriormente, como sabemos, en más de una ocasión los discípulos habían estado enfrentados en cuanto a quién sería el mayor entre ellos. Asimismo, al pedir Juan y Santiago que pudiesen sentarse a la derecha y a la izquierda del Señor en Su reino, los otros diez se enojaron con ellos sobre manera.

Ahora no se advierte nada de eso. Están unidos perseverando con toda instancia en oración y ruego, despojados de todo sentimiento egoísta o carnal, buscando el rostro del Señor y a la espera del cumplimiento de Su promesa de mandar el Espíritu Santo, para capacitarlos para la magna obra que tenían por delante.

¿Cómo sobrevino este cambio tan radical en ellos? O ¿a qué se debió?

Creemos que la respuesta se encuentra en Juan 20:22

*“Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.”*

Esta comunicación del Espíritu Santo a los discípulos, evidentemente no debe considerarse como el bautismo que les impartiría el poder para propagar el evangelio en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra, y que Él les había prometido con tanta claridad antes de ascender. (Ver Los Hechos 1:5 y 8)

Se trataba en cambio de un anticipo importantísimo, para capacitarlos para alcanzar ese lugar de estrecha unidad, que los convertiría en la tierra fértil y preparada para la venida del Espíritu en plenitud el día de Pentecostés.

Cualquiera que cuente con un poco de experiencia y madurez espiritual, sabe muy bien que cuando hombres y mujeres han estado enfrentados, y con celos, rencillas, y demás, llevarlos a un lugar de estrecha unidad, despojados de todas esas cosas tan desagradables, no es por cierto soplar y hacer botellas.

Sólo el obrar de la gracia del bendito Espíritu de Dios puede realizar semejante milagro.

Ese milagro era totalmente imprescindible, y de no haberse operado, el derramamiento del Espíritu Santo ese día de Pentecostés no habría sido posible.

Gracias a Dios por todas las veces en que Él – queriendo derramar raudales de bendición y gracia – ha realizado con tanta bondad, sabiduría y pericia esa labor preparatoria de quitar los escollos de en medio, y crear las condiciones ideales e imprescindibles a la vez, que le permitan hacerlo en forma adecuada y satisfactoria.

Muchos no comprenden la necesidad absoluta de la unidad, para que el Señor pueda derramar Su bendición sin retaceos y en forma continuada.

El conocidísimo Salmo 133 nos dice:

*“Mirad cuán bueno y cuán deleitoso es habitar los hermanos juntos en armonía.”*

*“...Porque allí envía Jehová bendición y vida eterna.”*  
(Versículos 1 y 3b)

Cuando el Señor ve a Sus hijos y siervos unidos en tierno amor que no sabe de egoísmos, envidias ni protagonismos, Él se deleita sobre manera, y se complace en enviar bendición y vida eterna.

*Pero lo que muchas veces no se comprende es que, cuando no se da ese allí tan bendito de una limpia y sincera unidad, Él se ve virtualmente imposibilitado de derramar Su bendición.*

¿Por qué razón?

Esas cosas que conspiran contra la unidad y separan a hermanos y siervos – envidias, malestar, críticas, quejas, chismes, etc. etc. – son sin lugar a dudas lo que debemos poner bajo el común denominador de *obras de la carne*. Y éstas, al final de cuentas, tienen su procedencia en la serpiente satánica y sus espíritus malvados.

Pensar o pretender que el Señor haga la vista gorda, e igualmente derrame Su bendición sin retaceos en una congregación o iglesia que se encuentre en esas condiciones, sería dar muestras de una crasa falta de criterio.

Eso equivaldría a aprobar y convalidar las obras del diablo, bendiciéndolas con lo que podría interpretarse como el beneplácito divino. Si Dios hiciese semejante cosa, dejaría de ser el Dios lleno de dignidad, honor y justicia que ha sido, es y será por siempre jamás.

Desde luego que esto no supone que en una situación como la que hemos señalado, el Señor haya de desamparar a los Suyos y retirar Sus mercedes por completo. Siendo los miembros de una tal congregación Sus hijos redimidos – y muchas veces por amor de algunos que le son especialmente fieles – incluso Él los podrá consolar y hasta alentar con alguna bendición o algún fruto aquí y allá.

Pero, no es eso de lo que estamos hablando, sino de una bendición continua y progresiva, de tal forma que resulta a todas luces evidente que Él está plenamente complacido.

No debemos perder de vista el hecho de que en la gran oración de Jesús en Juan 17, en medio de tantas cosas de gran alcance e

importancia, sobresale sin lugar a dudas Su expreso y reiterado ruego que los Suyos seamos uno.

De cómo ese ruego Suyo fue plenamente satisfecho en los albores de la iglesia primitiva, tenemos amplio testimonio en Los Hechos.

*“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.” (2:1)*

*“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas.” (2:44)*

*“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.” (2:46)*

*“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma...” (4:32a)*

Al mismo tiempo, vemos como el maligno, desde un principio buscó debilitar y aun romper esa bendita unidad, con ataques desde afuera y por dentro.

Por una parte, los gobernantes, sacerdotes, ancianos y escribas, estaban resentidos de que anunciasen la resurrección de Jesús de entre los muertos, y se llenaron de celos, al ver la forma maravillosa y milagrosa con que prosperaba el ministerio de los apóstoles y se multiplicaba el número de los creyentes. Para tratar de evitarlo o contrarrestarlo, descargaron una fuerte persecución, apresando a algunos de ellos, amenazándolos y mandándoles que no predicasen más en el nombre de Jesús.

Por la otra, se suscitaron los casos de Ananías y Safira en el capítulo 5, y el de la murmuración de los griegos contra los hebreos de que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria, lo cual se nos consigna en el capítulo siguiente.

Todo esto era parte de una malvada estrategia del enemigo, que tenía como principal objetivo frustrar el progreso del evangelio, introduciendo brechas en la unidad de los hermanos.

Como hemos visto por las citas anteriores, estos intentos no prosperaron en esos principios dorados, y la iglesia pudo superarlos, merced a la manifiesta presencia del Espíritu Santo, y al hecho de que el peso de la oración de Jesús en Juan 17 a que ya hemos aludido, evidentemente se hizo sentir en forma contundente.

No obstante, unos buenos años más tarde, en la ocasión de la llegada de Pablo a Jerusalén al final de su tercer viaje misionero, y que se nos relata en el capítulo 21, nos encontramos con un panorama muy distinto.

El crecimiento numérico de judíos que habían creído era considerable, pero ya no había el amor ni el poder experimentados en los comienzos. En cambio, había una fuerte dosis de legalismo que se aferraba a la ley de Moisés.

Esto indudablemente conspiraba contra la unidad, pues ésta sólo se puede preservar y guardar viva y fresca, perseverando en la gracia del Espíritu y en el amor, de los cuales el legalismo es un enemigo declarado.

Cuando nos salimos del bendito terreno de la gracia y el amor, por más loable y plausible que parezca lo que los sustituye, inevitablemente se resiente la unidad, y a la larga se quiebra totalmente.

Por considerar este tema como algo de fundamental importancia, pasamos a dedicarle otro capítulo entero, antes de continuar con otros aspectos de la vida y el crecimiento de la iglesia primitiva.

Lo hacemos convencidos de que la falta de unidad en muchas de las iglesias es, si no la única, por cierto que una de las principales

causas de su estancamiento, y la falta de la bendición y el fruto que son de desear.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 2 - La unidad en la iglesia local, un requisito indispensable para un sano desarrollo y crecimiento.**

Contra lo que pudiera parecer a primera vista, no nos estamos desviando de nuestro hilo central. Lo que estamos haciendo, es pasar a darle una aplicación práctica para el día de hoy, a esa verdad de la importancia capital de la unidad que se nos hace resaltar con tanto énfasis, no sólo en el libro de Los Hechos, sino también en el resto de las Escrituras.

En las varias décadas que llevamos ministrando la palabra de Dios en una gran variedad de iglesias en diversos países, hemos advertido cómo, en muchísimos casos, después de un período más o menos prolongado de fulgor, amor fraternal, gozo y abundante bendición, ha sobrevenido gradualmente una declinación espiritual.

Con el correr del tiempo, hemos visto que la misma se ha ido acentuando, para desembocar a menudo en un estancamiento que, a la postre, ha alcanzado derivaciones muy desagradables.

Al igual que muchos otros, nos hemos planteado numerosas preguntas sobre el particular, las cuales pueden sintetizarse con estas tres que siguen:

¿Tiene necesariamente que ser así, o puede evitarse?

¿Cuáles con las causas o los factores que producen esa decadencia?

¿En qué forma se puede lograr un retorno a ese principio fresco y vivo, en el cual había bendición y buen fruto?

La respuesta a la primera pregunta, por lo menos en teoría, seguramente debe ser que no tiene necesariamente que ser así. No obstante, y seguramente debido a la gran falibilidad de nosotros, los seres humanos, nos encontramos en la inmensa mayoría de los casos, con la cruda y desagradable verdad de que la decadencia espiritual, tarde o temprano, se va insinuando, a veces poco a poco, para ir en aumento, hasta llegarse a un estado de franca sequía y falta de bendición.

En cuanto a la segunda pregunta, entre las causas que la provocan, podemos enumerar las dos más evidentes:

- 1) La tendencia humana a querer organizar, estructurar, controlar y reglamentar. Los móviles que se persiguen con esto pueden ser muy loables y también razonables, tales como preservar la sana doctrina, mantener un saludable equilibrio, o salvaguardar el buen orden, etc.

Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, el resultado ha sido interrumpir, estorbar y aun impedir la primacía y la clara dirección del Espíritu Santo. Insensiblemente, la mano del hombre va tomando las riendas, y así, ese hálito celestial y esa presencia divina tan preciosa y maravillosa a la vez, se van disipando y perdiendo, con todas sus tristes consecuencias.

En el Nuevo Testamento vemos que en la iglesia del primer siglo había un orden y ciertas ordenanzas dadas por los apóstoles (ver por ejemplo Los Hechos 6:1-4; 1ª Corintios 11:2 y 34b: 16:1-2, etc.)

No obstante, esas ordenanzas y ese orden eran muy sencillos – casi mínimos en comparación con lo que vemos en muchas partes hoy en día – y no iban de ninguna manera en detrimento del control y la dirección del Espíritu Santo.

- 2) La infiltración del pecado, a veces en forma abierta y grosera, y, tal vez con más frecuencia, de una manera sutil, con cosas no tan gruesas, pero que igualmente resultan muy perjudiciales.

Entre estas últimas podemos enumerar las más corrientes:

Celos o envidias; chismes y críticas, sobre todo a espaldas de los interesados; peleas o discordias entre los niños o adolescentes, cada uno contándole a sus padres su propia versión, a menudo derivándose en enfrentamientos o distanciamientos entre estos últimos; disputas o diferencias en cuanto a doctrina, o a cómo se ha de encauzar el ministerio, etc.; rivalidades en cuanto a la conducción de la iglesia, o sobre quién ha de dirigir la alabanza; choques de caracteres y personalidades dispares, y un largo etcétera.

Todo esto equivale a una penetración del enemigo en el terreno de la iglesia, lo cual conspira contra su buen estado de salud espiritual, e introduce a la vez perniciosas cuñas divisorias que debilitan y socavan la unidad.

Como ya hemos señalado, iglesias en las cuales se presentan esos síntomas tan negativos, quedan de hecho descalificadas para recibir de lo alto una bendición genuina y duradera. Como ya puntualizamos, no quedarán desamparadas del favor divino por completo, e incluso podrán recibir alguna bendición o aliciente aquí y allá, pero, como también ya se ha dicho – evidentemente lo que se ha de desear y buscar es mucho más que eso.

Pasamos ahora a responder a la tercera pregunta, que sin duda es la más importante.

Por supuesto que no pretendemos tener la receta o fórmula segura, que garantice en todos los casos un retorno al feliz estado inicial.

Con todo, podemos aportar consideraciones y consejos que, correctamente aplicados, no dudamos que serán de provecho y beneficio.

Lo primero que corresponde en situaciones semejantes, es concienciar a la congregación o asamblea sobre la imperiosa necesidad de buscar al Señor, para lograr sanear las cosas y alcanzar una sincera y real unidad, exenta de todos esos factores adversos que hemos enumerado.

Esto no es nada fácil ni sencillo, y requerirá de parte de cada miembro un examen de conciencia franco y sincero, al igual que minucioso. En el mismo no se deberá pasar por alto ningún rencor, malestar, celo o envidia que se pudiera estar albergando contra cualquier otro hermano de la congregación, o de alguna otra iglesia.

A menudo se puede ser superficial y hasta insensible en este sentido, pensando que no hay ningún problema en ese aspecto, cuando en realidad sí que lo hay, y a veces, hasta muy serio.

La meta que debe perseguir cada uno, será saber que puede mirar a los ojos y con toda sinceridad y confianza, a todos y cada uno de sus hermanos o hermanas, en la seguridad de que no hay nada que empañe u opaque una diáfana comunión, y un limpio y sincero amor hacia ellos.

Quienes sepan que hay nubes, recelos u otras cosas de esa índole, deberán enfrentar el problema con oración, y, además, con sabiduría y humildad.

En algunas ocasiones uno ha oído manifestaciones como ésta:

“Yo lo siento, pero por mi carácter fuerte tengo que decir las cosas tal como las veo. Cuando hay algo que no me gusta, no puedo callármelo, y lo tengo que decir sin pelos en la lengua.”

Esto podrá valer para el comité político o para la vida en el mundo y fuera de Cristo. En la iglesia, la casa de Dios, semejante disposición o carácter resulta inadmisibles, y debe deponerse totalmente, para dar paso a la humildad y mansedumbre del Cordero de Dios.

Nunca debemos olvidar ni dejar de lado, el llamado que nos hace Jesús en Mateo 11:29, a aprender de Él y ser mansos y humildes de corazón.

Lo mismo se nos ratifica en la exhortación apostólica de Efesios 4:2-3

*“...con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.”*

Como el tema lo justifica por su tremenda importancia, pasamos a ser más específicos en cuanto a cómo se debe proceder, con el fin de sanear situaciones de enfrentamientos o distanciamientos entre hermanos y siervos.

Quien sepa que su relación con otro hermano no es lo que debiera ser, deberá como primera medida, presentar las cosas con toda sinceridad al Señor.

Tal vez se encuentre que alberga en su corazón un malestar o resentimiento por algo que ese hermano le ha hecho a él, o dicho de él a otros.

Una respuesta que podría recibir del Señor sería que, habiendo sido perdonado él mismo por tantas faltas y cosas incorrectas cometidas en el pasado, debería tener la bondad y altura suficiente para pasarlo por alto, perdonarlo y olvidarlo.

De ser así, encontraría que junto con esa respuesta del Señor le vendría una gracia para poder hacerlo, y así quedar en su corazón completamente despejado en cuanto a ese hermano.

Por el contrario, de subsistir el malestar y a pesar de su intento de eliminarlo no lo consiga, deberá considerar la necesidad de hablar a solas con el hermano en cuestión.

Desde luego que en esto hará falta una buena dosis de sabiduría, y sobre todo de gracia y humildad, pues de lo contrario muy bien podría resultar contraproducente.

Imaginemos el caso de dos hermanos que, a raíz de una diferencia de opinión, sostienen una discusión muy acalorada y terminan seriamente enfadados.

Pasadas unas dos o tres semanas, uno de ellos, tras leer un artículo o escuchar una predicación sobre la necesidad de perdonar y no albergar rencor contra nadie, decide escribirle al otro, y lo hace en los siguientes términos:

“Querido hermano:- acabo de leer un artículo (o escuchar una predicación) sobre la necesidad de saber perdonar y no estar enemistado con nadie. El mismo me ha impactado, y te hago llegar estas líneas para hacerte saber que de mi parte estás perdonado y puedes quedarte tranquilo, que ya no abrigo ningún malestar ni encono contra ti.”

A primera vista parece muy loable y correcto. Sin embargo, al no hacer ninguna mención de su propia culpabilidad en el altercado, tácitamente se está proclamando como la víctima inocente, que con un espíritu amplio perdona al otro que lo ha ofendido, siendo este último por ende el único culpable de lo sucedido.

La forma correcta de dirigirse al hermano debería ser algo así:

“Mi querido hermano:- te aseguro que me he sentido muy mal desde el día en que tuvimos ese desafortunado altercado. Reconozco que hice muy mal en levantarte la voz y hablarte con la dureza con que lo hice.”

“Por eso, te pido humildemente que me perdones. Deseo de todo corazón que el lamentable episodio quede borrado y olvidado, y que podamos muy pronto darnos un sincero abrazo y poder seguir unidos en el amor de Cristo.”

Esta actitud que reconoce la culpa propia, y no hace mención de la de la otra parte, y además se humilla y pide perdón, es sin lugar a

dudas la correcta y la única que habrá de llevar a una genuina reconciliación.

Siempre que el otro hermano no sea muy duro y se atrinchere en su propia justicia y razón, la misma habrá de provocar una respuesta de más o menos este tenor.

“Mi querido hermano:- ¡Cuánto te agradezco tu amable carta, que por cierto me ha hecho mucho bien! “

“Yo también reconozco que procedí muy mal al hablarte tan fuerte y decirte cosas que nunca debí decir. Te aseguro que estoy muy arrepentido, y yo también te pido humildemente que me sepas perdonar, y desde luego cuenta con que acepto plenamente tu pedido de perdón.”

“Al igual que tú, deseo que la próxima vez que nos veamos podamos darnos un sincero y fuerte abrazo, y que de aquí en adelante andemos juntos en tierno amor y humildad.”

La clave en esto es que uno se ocupe de la falta propia y no de la de la otra parte. Quien no sepa o quiera hacerlo y procede de forma contraria, nunca logrará una solución satisfactoria, y estará dando claras muestras de un espíritu opuesto al de la exhortación del Maestro de aprender a ser manso y humilde de corazón.

En una ocasión determinada, un siervo de Dios se encontró con que otro hermano y consiervo, directa o indirectamente, parecía contradecirle respecto a cosas que había afirmado en sus predicaciones.

En un principio y por un buen tiempo, optó por desechar el asunto y no darle importancia. No obstante, a raíz de algo dicho por ese hermano y consiervo en una reunión de un domingo por la tarde, a la mañana siguiente, mientras oraba, sintió un malestar para con él.

Como el mismo persistía, lo planteó delante del Señor, diciéndole que, a menos que le quitase ese malestar, se vería obligado a ir a hablar con él para aclarar las cosas.

Como el “bichito” del malestar le seguía inquietando, esa misma tarde concertó una entrevista, y se vio con él por un buen rato. Antes de hacerlo, desde luego que oró, encomendando las cosas al Señor.

Por ambas partes hubo sabiduría y gracia. No fue a él enfadado, expresándole su malestar, sino más bien como quien tenía un problema y venía en busca de ayuda para solucionarlo.

Después de explicarle que en varias oportunidades se había sentido corregido o contradicho por él, el hermano y consiervo le aseguró que no había tenido la menor intención de hacerlo.

Contra lo que su mente le indicaba, optó por creer y aceptar lo que el consiervo le decía. De este modo, pudieron orar juntos y darse un abrazo sincero, y así el malestar quedó disipado y la relación fraternal entre ambos quedó salvaguardada.

Lo más importante de todo esto es la necesidad de que se sea sensible al Espíritu en situaciones como ésta, para actuar con oración, gracia, humildad y sabiduría para superarlas.

Lamentablemente, en muchos casos semejantes o parecidos, quienes sienten malestar, o distanciamiento de otros hermanos por una causa u otra, no tienen la suficiente sensibilidad espiritual como para advertir el grave daño que supone y acarrea, y arrastran el problema sin enfrentarlo debidamente. Así, continúan viviendo en esa situación, albergando rencor y malestar contra otros, sin caer en la cuenta del perjuicio que inevitablemente resulta en todo sentido.

No deseamos abundar más en ejemplos prácticos, para no extendernos en demasía.

Concluimos señalando que, para guardar la unidad del Espíritu, como se nos exhorta en Efesios 4:2, a veces hace falta soportar con paciencia y amor los fallos de otros, teniendo bien presente las muchas faltas que tenemos o hemos tenido nosotros mismos, y la forma en que el Señor nos ha soportado y perdonado con tanta bondad.

En otras situaciones, hasta puede ser necesario que uno esté dispuesto a perder, y que la otra parte gane o se salga con la suya. Podemos afirmar sin ninguna vacilación que, en las cosas de Dios, para

obtener ganancia genuina y duradera, con frecuencia es necesario perder primero.

Esto lo tenemos ejemplificado en muchos casos de siervos insignes, como José con sus hermanos que lo vendieron como esclavo; como Job, el apóstol Pablo, que todo lo que era ganancia lo pasó a tener por pérdida y basura, y muchos más.

Por sobre todos ellos, nuestro Señor Jesús fue el ejemplo supremo. Él lo sufrió y lo perdió todo, excepto Su amor infinito hacia nosotros. Pero a cambio de todo ello, ahora ha sido ensalzado con los más altos honores, y ha ganado el trofeo maravilloso de millones y millones de almas redimidas y trasladadas a la gloria eterna.

Como bien se sabe, en Su gran oración de Juan 17 Jesús oró muy puntual y concretamente que los Suyos seamos uno.

Esta oración, como ya vimos, alcanzó pleno cumplimiento en los albores de la iglesia primitiva, que vivía y funcionaba en una estrecha y entrañable unidad – “*eran de un corazón y un alma*”, como se nos dice en Los Hechos 4:32.

Esto nos enfrenta con una reflexión y un desafío que no podemos soslayar:- ¿en cuanto a mi vida, esta oración está recibiendo una respuesta afirmativa?

Desde lo más hondo del ser nos debe brotar el deseo de que así sea, y que el Señor Jesús no se vea ni se sienta defraudado por ninguno de nosotros.

Que así sea – en tu vida, y en la de todos nosotros –querido hermano y hermana.

----- () -----

### **CAPÍTULO 3 – Pentecostés – los puntos más destacados.**

Ya hemos visto que en el relato que nos hace Lucas, se echa de ver cómo la verdadera unidad de los hermanos fijó la base segura y sólida, sobre la cual el Señor pudo derramar toda la bendición que se nos narra a partir del capítulo 2.

Ahora pasamos a entresacar los puntos principales de la misma, añadiendo una serie de consideraciones que estimamos de importancia.

Lo primero que nos llama la atención son las palabras “y *de repente*” que se encuentran al principio del versículo 2. Eso nos da a entender que, si bien estaban aguardando la promesa del Espíritu Santo, la misma comenzó a manifestarse en un momento que no contaban que sería precisamente ése, y además, de una forma totalmente imprevista.

Esa frase “*de repente*” - expresada a veces con vocablos distintos, pero con el mismo significado – la encontramos con cierta frecuencia en las Escrituras.

Veamos algunas ocasiones en que aparece

“...y *vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros.*” (Malaquías 3:1)

“Y *repentinamente* apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios.” (Lucas 2:13)

“...aconteció que al llegar cerca de Damasco, *repentinamente* le rodeó un resplandor de luz del cielo.” (Los Hechos 9:3)

“Entonces sobrevino *de repente* un gran terremoto...” (Los Hechos 16:26)

Son esos “*de repente*” de Dios, inesperados y que muchas veces toman por sorpresa a quienes los experimentan. El Señor mismo se reserva el derecho de provocarlos así – imprevistamente – cuando uno menos se lo espera, o a veces, cuando no contaba con ellos para nada.

En marcado contraste, hemos visto en tantas ocasiones que cosas que el hombre espera y predice que Dios va a hacer – en determinado tiempo y de tal o cual manera, y en tal lugar – sencillamente no suceden, y todo sigue igual, como siempre.

Concisamente, Dios se reserva el derecho de seguir siendo el Dios de lo imprevisto, y que hace todas las cosas según el designio de

Su voluntad y beneplácito, dónde, cuándo y cómo lo ve oportuno y necesario.

El hecho de que cuando sucedió ese “*de repente*” del día de Pentecostés, los discípulos estaban sentados, confirma lo que hemos estado señalando. No estaban de pie, ni de rodillas, esperándolo como algo inminente en ese mismo momento.

Tal vez estaban en una pausa – descansando después de haber orado con instancia – y con el ánimo de reanudar al poco su oración perseverante y unánime. Y en ese momento de descanso, cuando *estaban sentados* y tal vez postergando para más tarde o más adelante su expectativa del cumplimiento de la promesa, vino el “*de repente*” de Dios tan maravilloso.

Ese “*de repente*” fue “*un estruendo como de un viento recio*” venido del cielo. No era un viento recio en sí, sino algo *como un viento recio* – es decir, que se asemejaba a él, pero sin serlo precisamente.

Lo que era en realidad, era el Espíritu Santo mismo, en esa manifestación de viento, en concordancia con la acepción de la palabra espíritu, que, como debemos saber, también significa viento.

Ese viento del Espíritu llenó toda la casa en la que estaban sentados.

¡Qué cuadro hermoso y lleno de preciosa verdad e inspiración!

Al estar no sólo el aposento alto, sino toda la casa en que estaban, llena de ese viento del Espíritu Santo, lo único que tenían que hacer para ser llenos de Él era respirar.

O dicho de otra forma: sólo había una manera en que podían evitar ser llenos del Espíritu: - ¡dejar de respirar, lo que equivaldría a asfixiarse!

Muchas veces es así, cuando la tierra está bien preparada y todo está bien dispuesto. No hace falta extenderse con grandes esfuerzos – Dios derrama la bendición, y no hay más que recibirla y empezar a disfrutar de ella.

El autor recuerda la ocasión, hace ya unos cuarenta y siete años, cuando recibió un nuevo derramamiento del Espíritu en su vida. Había buscado al Señor con ahínco por un buen tiempo, y se había empapado de la palabra de Dios con avidez.

Es decir, que había efectuado conscientemente la labor preparatoria, y llegado el momento, la habitación en que se encontraba, acompañado por su esposa, se convirtió en un pequeño santuario, saturado de la presencia divina.

Fue entonces que, al abrir la boca en oración mientras se encontraba de rodillas, en seguida se encontró orando como nunca antes lo había hecho, y la bendición que tanto necesitaba y anhelaba comenzó a inundar su ser.

De ahí en más empezó a experimentar una profunda renovación en su vida, con ricas y hermosas derivaciones que continúan hasta el día de hoy.

Volviendo al día de Pentecostés, la manifestación “*como de un viento recio que sopla*”, vino acompañada de la de lenguas como de fuego, repartidas, y que se asentaban sobre cada uno de ellos.

Estas dos – el viento y el fuego – aparecieron en la memorable ocasión en que Elías estuvo en el Monte Horeb, (1ª Reyes 19:11-12) acompañada de una tercera – el terremoto – que veremos aparecer más tarde en el relato de Los Hechos.

En el Antiguo Testamento, las ocasiones en que el fuego descendió sobre seres humanos, éstos quedaron consumidos por el mismo. Los dos casos que tenemos presentes son los de los dos hijos de Aarón – Nadab y Abiú – (Levítico 10:1-2) y los capitanes con sus cincuenta soldados enviados a apresar a Elías. (2ª Reyes 1:9-12)

En el día de Pentecostés, nos encontramos con la manifestación del fuego que desciende sobre seres humanos, pero no los consume ni incinera. Por el contrario, los vivifica y los convierte en una fuerza incendiaria, destinada a inflamar los pechos y corazones de muchos

otros, con esa misma llama que había empezado a arder en ellos. Desde luego, lo que se manifestó en Pentecostés fue algo *como* fuego, pero no literalmente el fuego natural, tal como lo conocemos.

Al mismo tiempo, ese fuego iba a convertirse en ellos mismos en un poder santificador, que iba a purificar sus vidas y corazones, y que, al mismo tiempo, iba a constituirse en una llama de amor, que iba a encenderlos de una noble pasión por el Señor y por sus hermanos en la fe. Esto lo veremos con más detalle más adelante.

### **Todos hablaban en otras lenguas.-**

A continuación se nos dice que todos fueron llenos del Espíritu Santo y que *“comenzaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba que hablasen.”*

Esta fue evidentemente una manifestación singular y maravillosa – algo de lo cual no tenemos constancia que haya sucedido anteriormente en los anales de la historia.

Lo que pasó al pretender los hombres edificar la torre de Babel (Génesis 11:1-9) tiene cierta similitud externa, en que se encontraron hablando lenguas distintas.

No obstante, aquello fue para confundirlos y esparcirlos a fin de que no pudieran continuar con su designio de edificar la ciudad y la torre, lo cual iba en contra del mandato divino original de multiplicarse, llenar la tierra y sojuzgarla. (Génesis 1:28)

Lo del día de Pentecostés los encontraba a los discípulos en el lugar de la plena voluntad de Dios, y tenía las siguientes virtudes:

1) Las lenguas que hablaban proclamaban las maravillas de Dios. (Los Hechos 2:11)

2) Se constituyeron en el medio que atrajo a la multitud, al oír el estruendo de ciento veinte personas que hablaban simultáneamente en lenguas distintas. Esto fue con el fin, evidentemente buscado y logrado por el Señor, de que se les predicase la palabra de Dios.

3) Esa multitud de prosélitos *“de todas las naciones bajo el cielo”*, se vieron como testigos de algo absolutamente sobrenatural y milagroso: - hombres y mujeres galileos que hablaban con toda fluidez y corrección en una gran variedad de idiomas, proclamando, como ya hemos dicho, las maravillas de Dios.

Si bien algunos se burlaban, esto tan maravilloso que estaban presenciando, predispuso a la mayoría para escuchar con receptividad la exposición del evangelio, que a renglón seguido comenzó a hacer Pedro.

4) No se nos debe pasar por alto lo que otros ya han dicho sobre esto. Se trataba de una señal profética de que ese comienzo, con el pequeño número de unos ciento veinte humildes discípulos, iba a crecer, desarrollarse y multiplicarse por el poder de Dios de tal manera, que, a la postre, habría de propagarse en todas las naciones, pueblos, razas y lenguas del mundo entero.

### **El discurso de Pedro.-**

Solamente tomaremos algunos puntos importantes. Entre otros, resalta el ver a un Pedro tremendamente transformado, y revestido de una autoridad que no había tenido antes.

Aunque con algunos en las inmediaciones que se burlaban, lejos de negar a su Señor como lo había hecho anteriormente, ahora se pone de pie juntamente con los otros once apóstoles, y, dominando la situación, toma la palabra con toda autoridad.

En su exposición demuestra un dominio de las Escrituras que va mucho más allá de lo que había evidenciado anteriormente. De paso, debemos señalar que, a nuestro criterio, ésta es una de las marcas importantes de una verdadera experiencia de la plenitud o llenura del Espíritu Santo: – llevarnos a la palabra de Dios con mayor profundidad y entendimiento.

También se advierte una sencillez, exenta de toda retórica o elocuencia innecesaria, que en forma clara y coherente relaciona lo que estaba aconteciendo con promesas concretas del Antiguo Testamento.

Siguiendo un hilo fácil de seguir, traza las predicciones del sufrimiento, la muerte, la resurrección y la ascensión del Mesías, presentándolas como incuestionablemente cumplidas en la trayectoria de Jesucristo, de lo cual él y los demás apóstoles y discípulos eran testigos veraces.

La palabra *ciertísimamente* del versículo 36 evidencia la absoluta seguridad y convicción con que habla, algo que es propio de quien está verdaderamente lleno del Espíritu.

La experiencia demuestra que, por el contrario, quienes no lo están, aunque hagan gala de gran conocimiento, sabiduría o lenguaje florido, carecen de esa certeza y firme confianza en lo que están diciendo.

Después de darnos los que deben haber sido los puntos básicos del discurso, Lucas, autor del libro, agrega que *“con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.”* (Versículo 40)

Quien está lleno del Espíritu, como Pedro en esa ocasión, rebosa de palabra viva e inspirada, que fluye copiosamente como un río que desborda. La misma redarguye, edifica, alimenta, alienta, consuela o desafía, según la ocasión y la naturaleza y condición del auditorio.

Otra vez debemos contrastar entre este hablar vivo, rico y eficaz de quien está hablando por el Espíritu, y la disertación o exposición de quien lo está haciendo solamente con sus propios recursos de intelectualidad, conocimientos bíblicos, etc. En esto último tal vez pueda haber lenguaje pulido, oratoria brillante y muchas cosas más, pero carecerá de ese ingrediente tan especial y particular – ese “no sé qué” indefinido, pero muy real por cierto – y que se suele llamar y reconocer como la unción del Espíritu Santo.

El impacto de esa primera predicación de Pedro el día de Pentecostés fue contundente. La promesa del Señor Jesús de que recibirían poder de lo alto para ser Sus testigos, alcanzó ya en esa primera ocasión y ese mismo día, un pleno cumplimiento. Nada menos que unas tres mil almas se convirtieron al Señor. Y por lo que sigue en el relato, todas ellas perseveraban.

Verdad es que en muchas reuniones multitudinarias de cruzadas o campañas evangelísticas de hoy día, se verifican profesiones de fe que a menudo alcanzan guarismos mucho mayores. No obstante, y sin querer desmerecer el esfuerzo y trabajo de buenos siervos del Señor, con frecuencia los hechos demuestran que son muy pocos los que en verdad perseveran, se integran en las iglesias y continúan firmes en la fe.

El hecho de que Pedro pronunció ese discurso puesto en pie con los once, también nos puntualiza la estrecha unidad que ahora había entre todos ellos, otra vez en contraste con las disputas y diferencias que se habían puesto de manifiesto con anterioridad.

Todos estos puntos positivos e importantes, y varios más que hemos de ver en los capítulos siguientes, nos señalan lo que se ha de esperar – ya sea a nivel individual o colectivo - toda vez que se experimente un genuino mover del Espíritu de Dios.

----- ( ) -----

#### **CAPÍTULO 4 – La iglesia de Jerusalén nacida el día de Pentecostés.**

La descripción de lo que sucedió a continuación en Jerusalén, que se encuentra en los capítulos siguientes del libro de Los Hechos en que estamos, está saturada de los más importantes principios y verdades claves, tanto de la vida cristiana y del ministerio en general, como de la vida eclesial en particular.

Debemos tener en cuenta que éste es un modelo que se nos presenta, de la forma más vívida y detallada, pero no para que tratemos de copiar o reproducirlo con minuciosidad en sus pormenores y formas externas. En cambio, hemos de procurar comprender y absorber esos principios y verdades claves, que en realidad son fundamentales y rectores en el ámbito que ya hemos definido, para saber aplicarlos sabiamente en las condiciones, circunstancias y entornos en que nos podamos encontrar.

Pero aun esta aplicación no ha de ser mecánica, a raja tabla ni al pie de la letra, pues esto también resultaría estéril. En lugar de ello, lo que se ha de procurar con la búsqueda del Señor y Su gracia, será el emprender, o estar en algo vivo, en lo cual el obrar del Espíritu es evidente. Así, a medida que el mismo crezca y se desarrolle, y se presenten alternativas de multiplicación, conflictos diversos, etc. se habrá de proceder de la forma en que lo hicieron esos primeros discípulos – hombres incuestionablemente llenos del Espíritu Santo.

En todo caso, ha de ser un proceder sabio y flexible, apropiando el espíritu latente en cada uno de esos principios, y verdades claves – no – lo repetimos – de forma mecánica, literal y al pie de la letra. Esto último muy bien podría dar una similitud externa al patrón o modelo que se nos da, pero, al carecer de la fuerza interior viva que le dé impulso, muy pronto se evidenciará como algo más bien artificial y falto del sello distintivo del aliento creativo del Espíritu Santo.

Pasamos ahora a considerar los diversos aspectos de esa iglesia de Jerusalén, que se nos presentan como patrón o modelo.

#### Arrepentimiento y bautismo para perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo.- (2:38)

Muy concisamente, el arrepentimiento, confirmado por el bautismo, denotaba un dejar atrás la vida pecaminosa anterior y morir a ella, para emprender un camino nuevo, limpio y distinto.

Por su parte, el don del Espíritu Santo constituía la provisión divina, que los habría de capacitar para desenvolverse de forma eficaz en este nuevo camino.

El aspecto de la fe en la muerte expiatoria de Cristo y Su resurrección no está expresado en el versículo bajo revista, pero de hecho estaba presente y latente. Ello se evidencia en la reacción favorable y positiva a la parte final del discurso de Pedro, en la que él lo presenta con toda claridad y con el mayor énfasis:

La reacción de la multitud presente fue:

*“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos ¿qué haremos? (2:37)*

Aunque no entramos a considerar estos puntos en detalle, puntualizamos que los mismos, de una forma u otra, sin necesariamente seguir un orden rígido y estricto, deben conceptuarse como parte insustituible, y que debe estar presente en toda verdadera conversión.

Más tarde ampliaremos en uno o dos aspectos, pero por ahora nos limitamos a enumerarlos:

Arrepentimiento – fe en la obra redentora de Cristo (Su muerte, resurrección y ascensión) – bautismo como testimonio público de un morir al pasado pecaminoso y resucitar a una nueva vida en Cristo – el don del Espíritu Santo que capacita para vivir debidamente la nueva vida cristiana.

Al nacer de nuevo estas tres mil personas que se añadieron a los apóstoles y discípulos ese mismo día, en seguida cobró impulso la dinámica de la nueva iglesia que acababa de nacer.

Perseveraban.- es decir, que no se trataba de una decisión fugaz o de algo pasajero, sino de un rumbo nuevo en que se disponían a continuar y perseverar desde un principio.

Este rumbo nuevo abrazaba una actividad, también nueva, encaminada con firmeza hacia varios valores que, por su importancia, revisten el carácter de piedras fundamentales de la vida cristiana.

### La doctrina de los apóstoles.-

Los doce primeros, con la sustitución de Judas Iscariote por Matías, eran depositarios de la doctrina que aquí se llama “de los apóstoles”, y que en 2ª. Juan 9 se llama “la doctrina de Cristo,” impartida por Él a los primeros apóstoles.

Ésta, no la debemos entender como un credo condensado en unos diez o doce puntos, sino algo mucho más amplio y vasto, que comprende todos los aspectos prácticos de la vida, tanto en la relación vertical con Dios, como en la horizontal con el prójimo.

En este sentido debemos tener muy presente las palabras de Jesús en la gran comisión de Mateo 28:18-20

*“...enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.”*

Creemos no equivocarnos en decir que el cumplir cabalmente este mandato, supone una labor magna y gigantesca de años y años, y tal vez de toda una vida.

Hacia esto apunta el último versículo del capítulo 5, a una altura posterior, cuando ya había transcurrido un cierto período de tiempo, cuya duración no podemos determinar con precisión.

*“Y todos los días, en el templo y en las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.”*

Barajando cifras numéricas, partimos de la base que se nos da de cinco mil hombres. (4:4) Aun sin contar mujeres y niños, y considerando que la asistencia total de las reuniones caseras cada día fuese de un cincuenta por ciento del total, es decir dos mil quinientos, y calculando también que en cada reunión casera se congregasen una cifra media de cincuenta, tenemos que llegar a dos conclusiones, sencillas pero muy significativas.

La primera es que se trataría de un total de cincuenta reuniones caseras, diseminadas por toda la ciudad, desbordando muy probablemente por los alrededores de Jerusalén también.

La segunda conclusión es que, para llevar o liderar esas cincuenta reuniones, más las del templo, que como ya hemos visto eran “*todos los días*”, haría falta un plantel bastante numeroso de discípulos idóneos para ello.

Los doce apóstoles no podrían de por sí cubrir todas esas reuniones, más las del templo, y seguramente que deben haber dado cabida a muchos más discípulos.

Entre éstos, bien podríamos considerar a los setenta que Jesús había designado y enviado con anterioridad a Su crucifixión, según consta en Lucas 10:1. También debemos tener en cuenta el número de unos ciento veinte que perseveraban unánimes en oración después de la ascensión y antes de Pentecostés. (Los Hechos 1:14-15)

Y desde luego, también contamos a Bernabé, Esteban, Silas y Judas Barsabás, quienes, sin ser de los primeros doce apóstoles, figuran en el relato como varones principales entre los hermanos.

Además de todos éstos, muy probablemente deben haber surgido muchos más, para poder atender a diario y adecuadamente toda esa actividad.

Esto echa de ver cómo en la hora de Dios, Él consigue movilizar a los Suyos para afrontar las grandes exigencias de la hora de la visitación divina.

Sobre esto, también hemos de ampliar más adelante, pues hay mucho más que agregar. Aquí sólo añadimos que otra diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es que en este último Dios pasa al plural, dejando atrás el singular que a menudo se daba en la historia de Israel (un rey, un juez, muchas veces sólo un profeta, etc.)

### En la comunión unos con otros.- (1:42)

Cuando hay bendición de lo alto y la vida nueva se manifiesta, vibrante y pujante como es, lo normal es que los creyentes se deleiten en

estar juntos, compartiendo con gozo sus experiencias y su amor fraternal.

Sin temor a equivocarnos, podemos tomar esto como un índice cierto del estado espiritual de una iglesia o congregación. Cuando esto no sucede, y al terminar las reuniones hay prisa por marcharse, o bien la conversación se encauza por otros rumbos ajenos al Señor y las cosas eternas, es sin lugar a dudas una mala señal.

La comunión de los santos, rica y sabrosa, es uno de los ingredientes vitales de la vida eclesial. Se la puntualiza en el relato de Los Hechos como algo muy importante, y que debe ser potenciado y alentado por todo liderazgo con aspiraciones de enriquecer la grey.

En esa comunión unos con otros de la iglesia primitiva, había algo distintivo que es en muchos casos otro sello con que Dios rubrica lo que verdaderamente procede de Él:

*“...comían juntos con alegría y sencillez de corazón.” (2:46b)*

Este sello es la alegría, sana y espontánea, que se deriva de la bendición divina, y que va acompañada de *la sencillez de corazón*.

Debemos recordar lo que Jesús nos dijo en Mateo 18:3

*“...y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.”*

Acababan de entrar en el reino de los cielos en virtud de su conversión, y sin que lo intentasen deliberadamente, ni se lo propusiesen como una meta a alcanzar, su actitud y disposición de carácter sufrió un brusco pero muy hermoso cambio.

Dejaron de ser adultos, llenos de preocupaciones y complicaciones. La luz, el amor y la gracia que llenaron sus corazones, los transformaron en niños, con todo el candor de la inocencia. Al igual que un niño normal, tenían ahora una bendita alegría, y sus preocupaciones y complicaciones habían sido totalmente disipadas, de manera que vivían en una dichosa sencillez de corazón. Es decir, con corazones en que no había lugar para la desconfianza, las complejidades de diferencias de criterios o incompatibilidades los unos con los otros, ni nada de esa índole.

El amor divino había invadido sus almas y eliminado todo eso, para transformarlos en unos benditos inocentes, exentos de las complicaciones que tantas veces abruman y aun atormentan al ser humano – y en esa preciosa sencillez rebotaban de alegría y satisfacción.

¡Qué contraste entre esto y lo que pasa cuando se pierde o desconoce el rumbo del Espíritu! Fuera de él, se cae casi siempre en un laberinto de preocupaciones, complicaciones e interrogantes, en los cuales la genuina alegría de la bendición divina no tiene cabida. En cambio, la ansiedad, la frustración y la desorientación, se anidan tristemente en el alma, y se desemboca en tinieblas, confusión y cosas peores.

Que sepamos siempre conservarnos en la dicha de esa sencillez, propia de niños que confían implícita e incondicionalmente en la bondad infinita del amantísimo Padre celestial.

Y al mismo tiempo, que seamos sabios y prudentes, para no dejarnos envolver en los vericuetos y las complicaciones de cosas novedosas y extrabíblicas, que buscan extraviarnos de la sincera y sencilla fidelidad a Cristo. (2ª. Corintios 11:3)

*“...perseveraban... en el partimiento del pan y en las oraciones.” (2:42b)*

En los evangelios y en 1ª. Corintios 11:23-32, se nos da amplia constancia de que Jesús instituyó el partimiento del pan, comúnmente conocido por la Cena del Señor, instando a los discípulos a que participasen de él y lo hiciesen en memoria de Él, en particular de Su muerte expiatoria.

Al mismo tiempo, les explicó el significado del pan y de la copa, que representaban, y representan hasta el día de hoy, Su cuerpo ofrendado y Su sangre derramada, respectivamente.

La interpretación al pie de la letra de que el pan pasa a ser literalmente el cuerpo Suyo y la copa Su misma sangre – es decir la transustanciación – apenas si resulta necesario puntualizar que constituye un evidente error.

En primer lugar, esa tesis supone una repetición continua de un sacrificio sagrado, perfecto y todo suficiente, que las Escrituras afirman con todo énfasis que fue hecho una sola vez y para siempre. (Ver Hebreos 9:26 y 28)

En segundo lugar, debemos tener bien presente las palabras del mismo Jesús en Juan 6: 63:-

*“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”*

Si, por ejemplo, al participar del pan, aplicando la interpretación al pie de la letra, a uno le tocara un meñique o el pulgar derecho de Jesús – lo decimos con mucha reverencia y sumo respeto, pero en aras de la pura verdad - ¿ese meñique o ese pulgar derecho nos harían más santos, más humildes, o más semejantes a Jesús en Su carácter y naturaleza perfecta? Por supuesto que no.

Esa clase de razonamiento literal raya en cierta forma en la superstición, que podría compararse, por así decirlo, con haber encontrado una sandalia de San Pedro o del mismo Jesús, y atribuirle poder sobrenatural para impartirnos gracia y bendición.

La interpretación correcta a todas luces es que, al comer del pan y beber de la copa, debemos apropiarnos por fe y con nuestra clara comprensión, el espíritu y la vida latentes en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Es decir, debemos comer y beber por fe y con la gracia del Espíritu Santo, para nutrirnos de Él mismo, que es nuestra vida, según se nos dice en Colosenses 3:4.

Los discípulos de la iglesia primitiva también perseveraban en esto, como en los demás puntos ya señalados. Y en los albores tan frescos y vivos de ese comienzo tan propicio, no nos cabe duda de que lo hacían con unción y virtud de lo alto. De esta forma, lejos de resultar un mero rito litúrgico, era un acto solemne y a la vez muy significativo, que les reportaba evidente beneficio espiritual.

Las oraciones también ocupaban un lugar preponderante. Había una hora fija y concreta en que lo hacían – la novena, la de la oración – es decir aproximadamente a las 6 de la tarde – y cada día.

No obstante, el hecho de que se las señale en el plural – las oraciones – denota que esa hora no era la única. Seguramente que a lo largo de cada día, en distintos lugares había focos de comunión en que la oración también fluía a raudales como un río caudaloso.

Esto, digámoslo de paso, suele acontecer en todo genuino y vivo mover de Dios.

Por otra parte, ya antes de Pentecostés perseveraban unánimes en oración, ruegos y súplicas. (1:14) Al presentarse ahora la nueva situación, con todas sus demandas y desafíos – con el agregado, poco después, de los ataques del enemigo desde afuera y por dentro – tenían plena conciencia de que la oración, fervorosa y continua, era el arma insustituible que el Señor les había dado. No podían ni debían de ninguna manera dejar de seguir orando como al principio, ni darle a la oración un lugar secundario.

Como bien se sabe, cuando se insinúa o produce una decadencia espiritual, lo primero que se resiente es la oración. Por el contrario, cuando la vida espiritual es sana y robusta, y la bendición del Señor está siendo derramada en un lugar determinado, sin desmedro – claro está – de las muchas otras facetas también importantes del ministerio, la oración siempre habrá de ocupar un lugar de primordial importancia.

## **CAPÍTULO 5 – La iglesia de Jerusalén (2)**

*“Y sobrevino temor a toda persona, y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.” (2:43)*

Cuando la presencia y el poder del Señor se manifiestan de verdad, es algo tan sagrado y asombroso que infunde un muy saludable temor de Dios a todos los presentes.

En algunas ocasiones, personas endurecidas en su corazón han intentado burlarse o actuar deliberadamente en forma despreciativa, y les ha costado muy caro – a veces incluso les ha acarreado la misma muerte.

Alguien ha puntualizado algo que consideramos muy acertado y pertinente, en cuanto a tantas reuniones en que se crea artificialmente una atmósfera de aparente avivamiento y gran presencia de Dios. A veces, en las mismas se producen actuaciones, intervenciones o interrupciones de asistentes, que son claramente carnales e inclusive ofensivas y fuera de lugar.

Sin embargo, las cosas siguen su curso como si no hubiera pasado nada, y eso no puede ser sino un claro indicio de que lo que se está experimentando no es la genuina presencia de Dios.

Cuando la sagrada y divina manifestación está presente, por cierto que es muy peligroso y arriesgado burlarse u oponerse deliberadamente, o bien actuar carnalmente. Por todo concepto, corresponde en cambio que haya un comportamiento sobrio y del mayor respeto y reverencia.

Las muchas y grandes maravillas y señales, constituían sin duda un sello que autentificaba el mensaje del evangelio, que tenía como elemento vital la crucifixión y muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesús.

Rechazado Él por los sacerdotes, ancianos y escribas, y por la multitud que pidió que se soltase a Barrabás y se lo crucificase a Él, Dios desde lo alto daba ahora una rúbrica contundente e incontrovertible de Su absoluta autenticidad como el Mesías prometido – el Hijo de Dios enviado a salvar al género humano.

Sin descartar, ni mucho menos, la manifestación del poder milagroso de Dios en la vida normal de la iglesia, hemos de decir que también muchas veces es en lugares nuevos – tierra virgen donde no se ha predicado el evangelio antes – que el Señor lo avala con sanidades y milagros que lo acreditan y autentifican ante quienes no lo han oído antes.

*“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.” (2:44-45)*

Esta vida comunitaria de la más estrecha solidaridad y apoyo mutuo, era otra faceta destacada de la iglesia primitiva. Brotaba del amor que había nacido en sus corazones al entrar en una nueva vida en Cristo Jesús, lo cual es muy distinto de algo impuesto por disposiciones, mandamientos o reglamentos en tal sentido.

Vemos en esto a la iglesia en su proyección social, pero - justo es consignarlo – la misma iba dirigida a sus propios miembros, no al mundo exterior.

Esto último habría representado un medio para ganar el favor y el apoyo de los de afuera, haciendo aparecer a la iglesia más bien como una sociedad o entidad de beneficencia, en detrimento de su fin y propósito primordial de presentar el mensaje más urgente e importante para el ser humano – el de la salvación y la vida eterna en Cristo Jesús.

La situación imperante en Jerusalén hacía viable y aun muy aconsejable esta hermosa expresión de vida comunitaria. Más adelante, en el capítulo 4 versículo 32, se nos dice que “...ninguno decía ser suyo

*propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.”*

Esto demuestra que era un principio firmemente establecido en esa iglesia de Jerusalén, pero, como hemos dicho, brotado del amor puro y desinteresado que reinaba en los corazones de cada uno.

El hecho de que no era nada impuesto ni obligatorio se desprende claramente de las dos preguntas que Pedro le hizo más tarde en el relato a Ananías (5:4):

*“Reteniéndola ¿no se te quedaba a ti? Y vendida ¿no estaba en tu poder?”*

Se ha visto a través de la historia, que ha habido quienes han querido o buscado implantar esto como un sistema, con resultados bastante negativos. La razón – claro está – es que la fuerza propulsora no ha sido el verdadero amor, noble y abnegado. A la larga, el egoísmo, la ambición personal y muchas cosas más, se han encargado de echarlo todo por tierra y llevarlo al fracaso total.

Otro punto importante, y que no se nos debe quedar en el tintero, es que esta expresión de vida comunitaria de la iglesia de Jerusalén, no parece que funcionaba en la de Antioquía de Siria, ni en ninguna otra de las iglesias del Nuevo Testamento. O por lo menos, si funcionaba, en las Escrituras no se consigna ningún indicio al respecto.

Esto confirma el hecho de que, en Su sabiduría, el Señor ha dado y sigue dando a las distintas iglesias que Él ha levantado y levanta, una gran variedad de matices, propósitos y metas – todo esto, desde luego, sobre la misma base de esos lineamientos generales de doctrina y principios de la iglesia toda, que son insustituibles e inamovibles.

No han faltado quienes, al embarcarse con éxito en un plan de vida comunitaria y disfrutar de la bendición de Dios sobre el mismo, han creído y hasta propuesto o proclamado que las demás iglesias hiciesen lo propio.

Es por ello que nos hacemos un deber puntualizar que, lo que es aconsejable e indicado en algunos casos, en otros sencillamente no lo es, y puede resultar muy contraproducente, y aun, hasta catastrófico.

Tomemos por ejemplo una comunidad de rehabilitación de marginados, drogadictos o alcohólicos. Por muchas razones que resulta innecesario enumerar, lo más indicado y efectivo es que se desenvuelvan en esa forma, para convivir en una atmósfera que los aparta de su viejo mundo y les permite afirmarse en la fe. Al mismo tiempo, ellos estarían bien dispuestos para ese tipo de vida, en la cual se sentirían arropados y protegidos, y bien tutelados por los siervos idóneos al frente de la comunidad, y adicionalmente, les sería más fácil darse a ella, por no tener nada que perder, dada la situación caótica a que los había llevado su vida anterior.

No obstante, el mismo criterio nunca podrá aplicarse satisfactoriamente con otro tipo de personas, de condición y trasfondo distintos.

Pensemos en matrimonios bien formados, con hijos en edad escolar, y el marido con un buen puesto de trabajo en su especialidad particular – digamos, por ejemplo, química industrial, farmacia o veterinaria.

Por supuesto que sería a todas luces desacertado desarraigar familias que se encuentran en esa situación, para sumergirlas en una vida comunitaria. La identidad de matrimonio, de relación entre padres e hijos, etc. etc., se vería seriamente resentida, con consecuencias muy desagradables y hasta peligrosas.

Algunos que lo han intentado han tenido luego que volver a su nivel y estilo de vida anterior, a menudo escarmentados e incluso con muchas heridas.

En esta línea de diferencias de matices, notemos también que de la iglesia de Jerusalén no se nos dice nada respecto a la práctica del ayuno, mientras que en la de Antioquía de Siria era algo que evidentemente se practicaba. No descartamos que en Jerusalén también se haya ayunado, pero como decimos, no se lo consigna.

Esto, dicho solamente a los efectos de reafirmar esa variedad que el Señor ha querido imprimir a Sus diferentes iglesias locales – tema sobre el cual volveremos con mayor amplitud más adelante.

“En el templo y en las casas.”

*“Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.” (5:42)*

Aquéllos que conocen bien al autor, saben que a menudo visita iglesias gitanas del movimiento Filadelfia en España. Como entre las iglesias no gitanas son muy pocas las que celebran reuniones generales a mitad de semana – aunque muchas tienen reuniones caseras o celulares – le resulta una forma propicia de llenar los huecos entre los fines de semana, ya que los queridos gitanos se reúnen todos o casi todos los días.

Como vemos por el versículo que encabeza esta sección, la iglesia primitiva de Jerusalén hacía lo propio. También leemos en Los Hechos 19:9 que, estando en Éfeso, Pablo predicaba la palabra *cada día*

Por lo cual, sin pecar de irreverentes, y con un sentido del humor quizá un poco osado o inusual, hemos señalado en más de una oportunidad al predicar en las reuniones de esos hermanos, que, visto el hecho de que tanto Pablo como los creyentes primitivos de Jerusalén se reunían o predicaban cada día, sólo cabía una conclusión: *¡ellos también eran gitanos!* Payos desde luego que no podían ser, pues los payos, salvo algunas pocas excepciones, no funcionan en ese régimen de *cada día*.

Pero, entrando ahora decididamente en materia, señalamos que en esta actividad diaria en la iglesia y en las casas, tenemos otro aspecto muy importante de la iglesia primitiva: la de ser el lugar de formación de siervos y siervas del Señor, es decir, lo que hoy se conoce corrientemente como la escuela o el instituto bíblico.

Toda esa actividad casera y en el templo, evidentemente tenía como meta primaria, por medio de la enseñanza, consolidar a los ya convertidos, y llevar a nuevas almas a los pies del Señor a través de la predicación.

No obstante, mirando y sopesando las cosas detenidamente, vemos que el Espíritu Santo tenía en esto una estrategia de largo alcance que iba mucho más allá, y que, a la postre, iba a rendir resultados muy efectivos y maravillosos.

Hace muchos años, cuando el autor apenas contaba con uno o dos años de convertido, un siervo del Señor bastante anciano, le expresó su punto de vista de que, en vez de permanecer tanto tiempo en Jerusalén, los primeros apóstoles debían haber marchado a predicar el evangelio en otros lugares, y que debido a que no lo hicieron, el Señor permitió que se desatase la feroz persecución que se nos consigna en Los Hechos 8:1, la que los obligó a salir de Jerusalén, y así obedecer al Señor, llevando el evangelio a otras ciudades y poblaciones.

Por su falta de conocimiento en ese entonces, y al mismo tiempo, por respeto al anciano y fiel siervo del Señor, el autor se limitó a escuchar esa afirmación sin hacer ningún comentario.

Sin embargo, con el correr del tiempo, reflexionando sobre el tema, llegó a una conclusión bastante distinta.

Notó, en primer lugar, que según el mismo versículo – 8:1 – fueron todos esparcidos salvo los apóstoles.

En segundo lugar, en el estudio de Los Hechos le llamó la atención el versículo 31 del noveno capítulo.

*“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria, y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo.”*

La pregunta a la cual este versículo da lugar es la siguiente:

¿De dónde y cómo surgieron estas iglesias, diseminadas por toda Judea, Galilea y Samaria? - puesto que no encontramos ninguna referencia directa anterior a ellas.

Creemos que, sin lugar a dudas, la respuesta está en Los Hechos 8:4:

*“Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.”*

Y así comprendemos mejor y con toda claridad la sabia y muy eficaz estrategia del Espíritu Santo.

Durante el tiempo que medió entre Pentecostés y la persecución que se desató a partir de la muerte de Esteban – un período que estimamos a grosso modo de 3 a 4 años – el Señor estaba levantando una legión de siervos y siervas idóneos para propagar el evangelio y levantar nuevas iglesias.

Para ello, se valía de la enseñanza y predicación de los apóstoles, y de los varones más destacados de entre las filas de la iglesia – entre otros Bernabé, Judas Barsabás y Silas (ver Los Hechos 15:22) – que desempeñaban esta importante labor a diario, en el templo y en las casas.

Al mismo tiempo, surgían las dificultades y problemas propios de esa situación y de la persecución de los ancianos, sacerdotes y saduceos. En medio de todo ello, podían ver y aprender cómo hombres llenos del Espíritu, enfrentaban esas situaciones y zanjaban las dificultades y superaban las pruebas que se iban presentando.

De esta manera, sin una organización deliberada, y quizá en forma inconsciente, pero evidentemente bajo la guía del Espíritu Santo, estaban levantando, adiestrando y equipando a muchos creyentes para la obra de propagación del evangelio y de levantar iglesias por doquier.

Consideramos que, en la economía divina, transcurrido ese período de tiempo – que, como hemos dicho, lo estimamos de tres a cuatro años – el Señor consideraba que todos esos “soldados rasos” ya podían salir como obreros aprobados y cosechar una mies rica y abundante.

En efecto: iban por todas partes anunciando el evangelio, y en el versículo ya citado se nos da la gratísima y alentadora noticia del fruto de sus labores.

Como resultado de ellas había muchas iglesias en toda Judea, Galilea y Samaria. Cuántas no podemos afirmar a ciencia cierta, pero deben haber sido muy numerosas, ya que se nos dice que se encontraban en *toda esa gran región de Judea, Galilea y Samaria*. (Para mayor abundamiento, ver el mapa)

Desde luego que, normalmente, habría sido imposible que los doce apóstoles levantasen todas esas iglesias, y el Señor, en Sus sabios designios, formó y lanzó ese ejército de hombres y mujeres, logrando con ellos lo que de otra forma habría sido imposible de lograr, o bien hubiera llevado muchísimo más tiempo.

Así vemos cómo esta iglesia madre de Jerusalén constituía, además de todo lo que hemos visto, una escuela de formación ministerial, con enseñanza diaria de la doctrina y las verdades de la vida cristiana, junto con la práctica de cómo enfrentar las dificultades y problemas que se iban presentando.

Creemos firmemente que éste es un modelo que el Señor nos ha dado, y que en Su plan para Su iglesia, debe haber aquéllas que, por su buen desarrollo, amplitud y riqueza, levantan, adiestran y equipan siervos y siervas, sin necesidad de mandarlos para ello a otras instituciones u organizaciones para que ellas lo hagan.

Que esto no se interprete como una desaprobación de los institutos, seminarios o colegios bíblicos. El autor y su esposa, cuando aún eran solteros, cursaron estudios bíblicos en un buen centro destinado para ese fin en el Sur del Gran Buenos Aires, y desde luego que le están muy agradecidos al Señor por el ejemplo y la buena enseñanza del excelente elenco de profesores con que contaba.

No obstante, estimamos que el ideal del Nuevo Testamento es que esa labor se haga dentro del ámbito de la misma iglesia. De hecho, eso es lo que sucedía en ese colegio bíblico particular al que asistieron, pero esto no es la norma, sino más bien la excepción.

En efecto: la mayoría de los seminarios o institutos bíblicos funcionan en lugares aparte de la iglesia, y el alumnado se aísla dentro de ellos para estudiar todas las asignaturas que se dictan.

Para ser justos, quizá corresponda decir que los seminarios e institutos bíblicos han surgido para solventar la necesidad creada por la falta de visión y de correcto desarrollo de las iglesias. Si entre ellas hubiese una buena proporción que estuvieran funcionando en el ideal bíblico que hemos señalado, no habría necesidad de que se fundasen seminarios o institutos, para cumplir ese importantísimo cometido de levantar y formar hombres y mujeres para el ministerio.

Que sepamos reconocer esta faceta tan importante como una meta que se ha de procurar alcanzar:- una iglesia que también sea un centro de formación ministerial. Así se podrán evitar inconvenientes que, a veces, surgen del envío a seminarios de jóvenes con aspiraciones de servir al Señor.

Uno de ellos – quizá el que sucede con más frecuencia – es que, al venir de regreso por vacaciones o la finalización del curso, el alumno tenga nociones y una visión muy distintas de las que se tienen en su iglesia de origen, y tal vez superiores a ellas.

Como se comprenderá, esto puede acarrear problemas tales como la posibilidad de que busque otros horizontes, porque su iglesia de procedencia “le queda chica”, o le parece que la visión que se tiene en ella es muy estrecha y rudimentaria.

De esta manera, el pastor o liderazgo que lo envió con el deseo de que fuese pulido y equipado mejor para su labor *dentro de la iglesia*, se encuentra con el desagradable y triste resultado de que se marcha, y así se pierde la aportación de un joven que con tanto trabajo y cariño se había ganado para el Señor, y en cuya vida se habían invertido largas horas de labor para tutelararlo y afirmarlo.

Esto no deja de ser un tema delicado, y lo que hemos consignado expresa la frustración y tristeza de no pocos pastores que se han sentido defraudados.

Sin embargo, la culpa no puede achacarse al seminario por inculcar enseñanza y visión más avanzadas. En aras de estricta justicia, también hemos de decir que en muchos casos este problema no se ha presentado, y los resultados han sido muy satisfactorios y felices.

----- () -----

### **CAPÍTULO 6 - La iglesia de Jerusalén (3)**

Como ya vimos al principio, en esos capítulos iniciales de Los Hechos resalta con mucha claridad el lugar céntrico y directivo que ocupaba el Espíritu Santo.

Su presencia, aunque invisible a los ojos naturales, era muy real y hartamente evidente. Hablaba, dirigía y actuaba, ejerciendo una incuestionable primacía en todo.

El caso de Ananías y Safira que se encuentra en la primera parte del capítulo quinto, lo ejemplifica a la perfección.

Al obrar engañosamente Ananías, fingiendo que daba todo lo obtenido de la venta de una heredad, cuando en realidad sólo estaba dando una parte, esa presencia y primacía del Espíritu a que nos estamos refiriendo, se puso claramente en evidencia.

Pedro, lleno del Espíritu Santo – al que por algo Jesús lo llamó en varias oportunidades el *Espíritu de verdad* - no tuvo que interrogar a Ananías ni hacer deducciones para darse cuenta de que estaba mintiendo.

Ese Espíritu de verdad que lo impregnaba, en seguida detectó la mentira, y de sus labios bien pronto brotaron las palabras:

“Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?”  
(5:3)

Esto denota a las claras que para Pedro el personaje principal que estaba en medio de todo era el Espíritu Santo, y a Él le había mentido Ananías al fraguar juntamente con su mujer ese engaño tan malvado.

Como se ve por el versículo siguiente, mientras retuviese la heredad, ella quedaba en su poder, y lo mismo sucedía con el dinero obtenido de la venta.

No tenía ninguna obligación de desprenderse de ella ni del dinero, pero lo que resultaba engañoso e inadmisiblemente era el hecho de afirmar que la había vendido por una cierta cantidad, que entregaba a los apóstoles, cuando en realidad se estaba quedando escondidamente con una buena parte, y esto en complicidad secreta con su mujer. Era una soberana mentira, pero además, con la hipocresía de querer hacer creer que lo estaba dando todo, al igual que los demás.

Acostumbrado a mentir como estaría en su vida pasada, pensaba que su mentira pasaría desapercibida.

En una comparación no del todo exacta, pero que sí viene al caso, hemos contado cómo en por lo menos una ocasión, a poco de concluida una reunión, y mientras todavía nos encontrábamos dentro del recinto del culto, comenzamos a oler el humo del cigarrillo.

Extrañados, mirando en derredor, no pudimos ver a nadie que estuviera fumando. No obstante, al salir a la acera notamos un hermano que, saludando a los demás, estrechaba su mano derecha, mientras que, deliberadamente escondida detrás de su espalda, en la izquierda, tenía el cigarrillo encendido.

Seguramente pensaba que al no verse el cigarrillo, no se darían cuenta de que era él quien estaba fumando, cosa que sabía muy bien que como creyente e hijo de Dios él no debía hacer.

Sin embargo, quizá por el hecho de no haber fumado nunca, uno tiene una sensibilidad extrema en cuanto al humo del tabaco. Aunque no veía el cigarrillo por ningún lado, su olfato y su predilección por el aire puro y exento de contaminación, le hacían detectar de inmediato y sin lugar a dudas que alguien estaba fumando.

La comparación – que como dijimos no es del todo exacta - nos llevó a pensar en el ambiente de la iglesia de Jerusalén en ese entonces, saturado por la presencia del Espíritu de verdad.

Esa mentira de Ananías - procedente de Satanás, como con tanta precisión señaló Pedro, y a quien Jesús, con todo peso y propiedad llamó el padre de mentira (Juan 8:44) – no fue una mentira expresada en palabras, y se la quiso mantener en secreto. Pero la atmósfera estaba tan llena de la verdad y del Espíritu de verdad, que quedaba clarísimamente en evidencia – no se podía mantener oculta.

Por eso Pedro, lleno del Espíritu de verdad como estaba, no sólo detectó de inmediato la mentira de Ananías. Inspirado por el Espíritu, en las palabras de reprensión expresó varias verdades de suma importancia, de las cuales extraemos la que más sobresale.

Veamos:

*“... ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo y sustrajeses del precio de la heredad?” (5:3)*

*“... ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.” (5:4)*

Estas dos preguntas, a primera vista parecen contradecirse la una a la otra – y uno se podría preguntar:

¿Fue Satanás el que llenó su corazón, o fue él mismo que puso la mentira en su corazón?

La respuesta, clara y segura, es que sucedieron las dos cosas. Evidentemente, en su corazón, así como en el de Safira, había algo proclive a la mentira y al engaño, que les instigó a tomar lo que habían considerado como una medida preventiva, guardándose una parte, pero pensando ocultarlo de Pedro y los demás. Así, tanto él como ella, pusieron y albergaron eso en su corazón.

Pero, al mismo tiempo, al hacerlo se colocaron en el terreno de Satanás, a quien, como ya hemos visto, Jesús calificó con todo énfasis

como el padre de mentira. Y entrando en ése, su terreno, el diablo, ni lero ni perezoso, de inmediato llenó su corazón con la misma mentira, agrandándola digamos, con su veneno infernal.

La verdad es la parcela de Dios y la mentira la de Satanás. Quien entra o se abre a esta última, lo hace con todas sus consecuencias, y lo que empieza siendo una mentira humana y carnal, pasa a ser también una mentira diabólica. Esto se debe a que el diablo se ha metido en ella, como ya hemos dicho, agrandándola y cargándola con su horrible ponzoña

No pocas veces, intentando ministrar a personas problemáticas, uno ha visto que se advierten dos factores que no pueden pasarse por alto.

Por una parte, en las tales personas uno nota actitudes, palabras o actuaciones, según el caso, que son claramente de índole carnal o egoísta – en otras palabras, su temperamento carnal y su ego, que se ponen en evidencia.

Por la otra, también aparecen manifestaciones que, a todas luces van más allá, y que uno sabe que son de malos espíritus que obran u operan en las tales personas.

Y el dilema, muchas veces, está en saber dónde termina lo primero y dónde empieza lo segundo.

Así como las águilas son atraídas por los cadáveres de animales muertos (ver Lucas 17:37), los malos espíritus lo son por las obras de la carne, pues ése es el mundo y el terreno que a ellos les pertenece.

Sin negar de ninguna manera que, en algunos casos, la primera medida bien podría ser reprender y expulsar el mal espíritu actuante, como norma general habrá que buscar llevar a personas que están en esas condiciones a un arrepentimiento real y sincero, y un abandono absoluto de esas actitudes y actuaciones carnales.

Si eso no se hace, a la larga el problema puede bien pronto volver a presentarse, aun después de la expulsión o reprensión, por no haberse eliminado lo que le da derecho y cabida al mal espíritu. (Ver 2ª. Timoteo 2:25-26).

No deseamos internarnos más en esto, para no desviarnos demasiado del tema central. No obstante, no lo hemos querido pasar por alto, pues como ya señalamos, es algo importante, y quien lo ignore o desconsidere en la práctica, se encontrará en evidente desventaja para enfrentar situaciones de esa naturaleza.

La muerte instantánea de Ananías y Safira fue una clara señal, y una pauta muy importante fijada por el Señor desde un principio.

Un razonamiento bondadoso y humanista, pero falto de la iluminación divina, muy bien llevaría a plantear las cosas en forma totalmente diferente..

Tratándose de un convertido reciente, que estaba dando sus primeros pasos en la vida cristiana, habría correspondido ser tolerante y magnánimo, tomándole aparte y haciéndole entender que en el nuevo camino que había emprendido no cabía la mentira. Así, se le daría una oportunidad de corregirse, ponerse a tono con los demás y no reincidir.

¡Cuán distintos fueron el juicio y la sentencia divina!

En medio de la grandiosa manifestación de la sagrada presencia y del poder de Dios que se estaba viviendo, de ninguna manera podía tolerarse esa mentira tan engañosa y perversa. Ananías no le estaba mintiendo a los hombres, sino al mismo Dios, como ya hemos recalcado, y según Pedro lo puntualizó categóricamente

De haberse tolerado eso, hubiera sentado un precedente totalmente negativo, que habría fijado un nivel moral muy bajo para el futuro.

Era además una infiltración diabólica, con la cual Satanás buscaba envenenar la nueva creación que había nacido con la iglesia primitiva.

Por lo tanto, el Señor sabía que correspondía una reacción muy drástica – la muerte de Ananías en el acto, y la de su mujer tres horas

más tarde, cuando ella evidenció que estaba en total complicidad con su marido.

Este hecho tan radical tuvo un efecto muy saludable, según vemos en el versículo 11:

*“Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.”*

El Señor estaba dando a todos una señal muy clara de que se habían metido en algo muy sagrado y solemne, en lo cual se debía andar con total verdad, limpieza y transparencia. Y desde luego, que quienes estamos en el mismo camino hoy día, debemos tomar cuidadosa y cumplida nota de ello.

Al mismo tiempo, no debemos dejar de señalar que esta primera intentona satánica de invadir y envenenar la iglesia, estaba encarrilada en la línea del dinero, el amor al cual es (una) raíz de todos los males, según Pablo nos puntualiza en 1ª. Timoteo 6:10.

Lamentablemente, no son pocas las veces en que han surgido problemas, y algunos de ellos gravísimos, en torno al tema del dinero, de tal suerte que, creyentes o iglesias enteras que han delinquido en ese terreno, han llegado a un triste y doloroso fin.

Que todo esto nos estimule y motive a todos a ser absolutamente irreprochables en el manejo de las finanzas – y desde luego, en todo lo demás tocante a nuestra vivencia práctica.

#### *El señorío del Espíritu Santo y la rutina.-*

Cuando el Espíritu Santo está de veras en control, debemos esperar que, a veces, deseche la rutina, cosa a la cual podemos ser tan proclives. En más de una ocasión muy bien podrá desprogramar lo que nosotros hayamos programado, o bien la repetición de aquello que en el pasado Él había programado, y que ahora lo queremos repetir por haber sido de bendición anteriormente.

Ya hemos visto cómo, al subir Pedro y Juan juntos al templo a la hora de la oración, hubo un brusco cambio de frente.

A pesar de la importancia capital de la oración, esa tarde quedó desprogramada, y en vez, merced a la sanidad milagrosa del cojo de nacimiento, tuvo lugar una inesperada reunión de proclamación del evangelio, al concurrir buena parte del pueblo, atraído por el portentoso milagro.

La feroz persecución que se desencadenó tras el martirio de Esteban, también ocasionó un vuelco total de la situación imperante. Se nos dice que fueron esparcidos todos, salvo los apóstoles.

Como resultado, las reuniones diarias de enseñanza y predicación en las casas y en el templo, prácticamente dejaron de celebrarse. En cambio, como ya hemos visto anteriormente, los esparcidos, que en su gran mayoría serían “soldados rasos” que asistían a ellas en Jerusalén para alimentarse y aprender, ahora pasaron a ser evangelistas, yendo por todas partes anunciando el evangelio. De hecho también, muchos de ellos, por el feliz resultado de sus labores, pasaron a ser fundadores de iglesias, según Los Hechos 9:31, como ya vimos.

Sin lugar a dudas, esto fue echar por tierra toda la rutina y el esquema que habían llevado desde el principio – rutina y esquemas, digamos de paso – que eran sanos y que habían sido implantados por el mismo Espíritu Santo, *pero por un tiempo solamente.*

Se puede argumentar que la nueva situación se debió obligatoriamente a la fuerte persecución, pero no cabe duda que la misma muy bien pudo haberse producido anteriormente. Sin lugar a dudas, fue la soberanía de Dios lo que la postergó hasta ese punto de tiempo clave, en que los creyentes ya estaban preparados y equipados para ser lanzados a la cosecha.

También llama la atención el caso de Felipe en Samaria. Visto el éxito de su ministerio en esa ciudad, se podría pensar que, como el padre de la obra, habría correspondido que se estableciese allí para llevarla adelante.

Tal vez él mismo había pensado hacerlo, pero el Espíritu Santo le habló, diciéndole inesperadamente que marchase hacia el Sur, por el desértico camino que conducía de Jerusalén a Gaza.

Tras su encuentro con el eunuco, funcionario de la reina de Etiopía, al cual guió al Señor y bautizó, el mismo Espíritu lo arrebató y condujo hasta Azoto. De ahí, tomando conciencia ahora de que su verdadero llamamiento era el de evangelista, siguió proclamando el evangelio en todas las ciudades hasta llegar a Cesarea.

Esto nos lleva también a otra conclusión interesante e importante. *En estas desprogramaciones o cambios de frente, el Espíritu Santo incluso puede muy bien cambiar y ampliar la vocación y la función de los hijos y siervos de Dios.*

Siguiendo la trayectoria de Felipe, todo indica que se radicó allí, en Cesarea, y según vemos en Los Hechos 21:8-9, tras entrar en relación matrimonial, había pasado a ser padre de cuatro hijas que profetizaban. Aun después de los muchos años transcurridos, él seguía operando en la función de evangelista de que había tomado conciencia en la ocasión ya señalada, aunque, muy posiblemente, ahora era mucho menos móvil que en un principio.

En el resto del libro hay muchas más ocasiones en que se advierte con claridad que no había una planificación humana, sino que era el Espíritu Santo Quien planificaba y daba impulso a todo lo que se hacía.

Sobre esto hemos de ver más a medida que avancemos, sobre todo en el nacimiento y desarrollo de la otra iglesia modelo que hemos de considerar – la de Antioquía de Siria – y también en los viajes misioneros de San Pablo.

Por ahora, agregamos que no se nos pasa por alto que eran tiempos y ocasiones muy especiales, y que no se puede ni se debe esperar que continuamente se den estos cambios de frente, con bruscas alteraciones en el régimen de la obra y del ministerio.

No obstante, debemos guardarnos de caer en una rutina estrecha y fija, que prácticamente le cierra la puerta al Espíritu Santo.

Aun sin los vuelcos fundamentales o espectaculares que hemos señalado, hemos de estar abiertos y dispuestos a que el Espíritu nos corrija, reencauce o dirija por senderos nuevos o distintos.

Esto debe ser aplicable no sólo a la obra del ministerio en general, sino también a nuestra relación personal con el Señor, sobre todo en el terreno de la oración – cómo, por quién o quiénes, y cuándo y cuánto orar. Asimismo, en el de compartir la palabra de Dios, en vez de tener una programación previa, debidamente agendada y preparada, esperar en Dios para cada ocasión, a fin de recibir la palabra fresca y en sazón para cada ocasión y situación en que tengamos que actuar. Sólo así seremos auténticos voceros del Señor.

#### *La alabanza en la iglesia primitiva.-*

Al entrar en este tema, somos muy conscientes de que no pocos podrán estar en desacuerdo con lo que vamos a comentar, y a algunos incluso no les caerá nada bien.

Sin embargo, nos hacemos un deber expresar lo que entendemos que es la verdad bíblica incuestionable, aunque procuraremos presentarla con tacto y un espíritu humilde y exento de cualquier acritud o aspereza.

Por empezar, después de leer el libro de Los Hechos en particular, y en realidad todo el resto del Nuevo Testamento, creemos que nadie podrá negar que en la iglesia primitiva, la alabanza con canciones acompañadas por instrumentos musicales, por cierto que no ocupaba el lugar preponderante que se le ha venido dando en muchísimos lugares de un tiempo a esta parte.

Bien es verdad que la encontramos muy profusamente en tiempos de David, quien mandó que se designasen levitas cantores y

músicos, con una variedad de instrumentos musicales:- salterios, arpas, címbalos y trompetas, para alabar al Señor.

También es verdad que los salmos – especialmente los de David – contienen una alta proporción de alabanza, y sobre todo en el último salmo se nos exhorta a alabar al Señor con instrumentos y danza, y termina diciendo:

*“Todo lo que respira alabe a Jah.”*

No obstante, examinando la gran profusión de enseñanza impartida por Jesús a los discípulos y a las multitudes, nos encontramos con muy poco – o casi nada – en ese sentido.

En Mateo 26:30, después de la institución de la cena del Señor, se nos dice muy escuetamente:

*“Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.”*

En el resto de los evangelios, no encontramos nada que se pueda tomar como base firme y seria para justificar el uso de tantos instrumentos musicales, y la dedicación a la canción y la alabanza musical de un gran porcentaje del tiempo que duran las reuniones, de la forma que está sucediendo en muchísimas iglesias hoy en día.

No deseamos ser tan estrechos como algunos, que llegan a descartar por completo el uso de cualquier instrumento musical. Pero por otra parte, no podemos soslayar el claro testimonio que nos dan las Escrituras en este aspecto: en la iglesia primitiva, la oración y la palabra del Señor, junto con la proclamación ungida del nombre del Señor Jesús, eran las armas principales que ocupaban un lugar preponderante.

En contraste, no se encuentran evidencias de la alabanza con canciones e instrumentos musicales por ratos prolongados. Y no podemos aceptar de ninguna forma la tesis que algunos podrían presentar, de que en estos tiempos, el Espíritu Santo está impartiendo una visión más avanzada y mejor que la que tenían Jesús y los primeros apóstoles.

En aras de procurar encontrar una verdad limpia y equilibrada sobre el tema, enumeramos a continuación los pros y los contras de este fuerte hincapié en la canción y la alabanza musical.

#### Pros.-

- 1) Nos exhorta y nos impulsa a alabar al Señor con fervor, lo cual no puede ser sino algo positivo.
- 2) Si lo hacemos correctamente, nos ayudará a salir del círculo vicioso de nuestro pequeño mundo, problemas y necesidades, y a situarnos en vez en la esfera del amor y la grandeza de Dios.
- 3) Cuando todo esto se hace con la unción del Espíritu, muy bien pueden derivarse bendiciones de sanidad y liberación, y quitarse cargas de desánimo, tristeza y dolor.
- 4) Es una forma de incentivar a los jóvenes. A menos que estén bien afirmados en el Señor, las reuniones de iglesia con poca o ninguna canción, les pueden resultar aburridas y totalmente inatractivas. Al dárseles una participación en la alabanza, se les puede animar y tal vez, en algunos casos, evitar que dejen de asistir y se marchen al mundo.

No obstante, este último aspecto – el de darles una parte activa en la alabanza – puede ser un arma de doble filo, sobre lo cual comentaremos en la parte siguiente – la de los contras.

- 5) En ocasiones en que la alabanza fluye con unción, evidentemente tiene la virtud de “despejar la atmósfera”, por así decirlo, estableciendo claramente el señorío de Cristo en la reunión, y a continuación la palabra de Dios también suele fluir con más riqueza y poder.

#### Contras.-

- 1) A menudo el alto volumen de la música, sobre todo del tambor, el bombo y los platillos, casi impide que se distinga bien la letra de lo que se está cantando, que queda prácticamente ahogada.
- 2) Como la alabanza prolongada está tan en boga, se ha convertido en una costumbre y una rutina destinarle una hora de la reunión, y a veces más también. En no pocas oportunidades hemos visto a mucha gente

aburrida y hasta bostezando, mientras el equipo de alabanza insistía en repetir una y otra vez la misma canción, y esto sin ninguna unción del Espíritu.

En tales situaciones, nos ha sorprendido que quien o quienes estaban presidiendo la reunión, no hayan sido capaces de interrumpir para encauzar las cosas correctamente, en busca de la verdadera dirección y unción del Espíritu.

- 3) Las reuniones se pueden volver demasiado largas, la gente estar cansada al tiempo de darse la palabra, y muchas mujeres con maridos inconvencionales pueden tener que marcharse sin poder escuchar la palabra.
- 4) Al darse participación activa a los jóvenes es imprescindible que sus vidas estén acorde con la responsabilidad y el privilegio que ello supone. Ha habido muchos casos en que esto no ha sido así. Como resultado: mal o pésimo testimonio – engreimiento pensando que son muy importantes (caso típico: el del joven que le da con toda su fuerza a los platillos o al tambor, ¡para que se sepa que él es el principal!)

Aparte de esto, el autor tiene presente lo que le manifestó un pastor hace 4 ó 5 años: la puja por dirigir la alabanza, o bien estar al frente participando en ella de forma activa, a menudo ha acarreado celos, envidias y contiendas, al punto que sostenía que este tema – el de la alabanza y quién la lleva, y quién participa y quién no participa – es el que más problemas le ha creado.

Debemos tener muy en cuenta que antes de poner a un siervo ante el púlpito para dar la palabra de Dios, debido a la gran responsabilidad que ello representa, el Señor a Sus voceros auténticos los hace pasar previamente por un trato especial y a menudo muy severo, a fin de que se mantengan humildes y vivan siempre muy cerca de Él.

Considerando esto, hay quienes consideran que es más sabio y acertado que los músicos y cantores no estén sobre la plataforma como en un espectáculo, a la vista de todos los demás. En lugar de ello, disponen que canten y toquen desde sus lugares, de frente a la plataforma y el púlpito, preferentemente en las primeras filas para una mejor sincronización, mientras que un siervo maduro y probado – anciano, pastor o lo que fuere – preside desde la plataforma.

En ocasiones, hemos visto con claridad que la alabanza se ha vuelto en un fin en sí, como un festival para deleitar a los asistentes con buena música y canciones. También debemos señalar que muchas veces se emplean instrumentos musicales de mucho precio, y uno se pregunta si la fuerte inversión hecha para adquirirlos, no se podría haber destinado a necesidades más importantes y urgentes, como ser para financiar a evangelistas o esfuerzos evangelísticos en la esfera local, o apoyar a siervos necesitados que se encuentran en el campo misionero.

Recordamos el caso de un festival de música cristiana en una importante ciudad, con participación de jóvenes de varias iglesias de la zona. Aprovechando que un siervo del Señor bien conocido y valorado se encontraba de visita, uno de los pastores sugirió que se podría hacer una pausa a una altura determinada, para que ese siervo presentase de forma breve un mensaje evangelístico, teniendo en cuenta que se esperaba una buena asistencia de personas inconvencionales.

Aunque cueste creerlo, los jóvenes que dirigían el evento se negaron a ello, y su decisión pudo más que el pedido del pastor.

La única conclusión que cabe, es que querían deleitar a los concurrentes con su brillante música y sus canciones, y que pensaban que una predicación del evangelio desluciría la fiesta, y no caería bien con los asistentes.

Se podrá argumentar que ya estaban proclamando el evangelio con sus canciones. Reconocemos que Dios también puede usar la canción para llevar almas a Cristo, pero que no nos quepa ninguna duda de que Él ha establecido la proclamación de Su palabra como pieza clave. Cuando se la desecha o relega a un plano secundario, sólo podrá redundar en evidente pérdida y perjuicio, en términos de genuina espiritualidad y resultados sólidos y duraderos.

Por otra parte, recordamos un caso muy positivo de la forma en que el Señor utilizó la alabanza – muy sabiamente encaminada - hace unos buenos años en la localidad de General Alvear, en la provincia de Mendoza, República Argentina. Hermanos y hermanas de procedencia ucraniana, radicados en ese lugar, cantaban a varias voces, armonizando melodiosamente y con poco o ningún acompañamiento musical. No obstante, se nos dijo que era todo un deleite escuchar sus canciones, y el Señor las usaba como medio maravilloso para atraer a la gente, después de lo cual, al oír la proclamación del evangelio, un buen número se convertía al Señor.

Otro caso interesante fue el de una visita de unos veinte hermanos de una iglesia de Andalucía, a la congregación a la cual pertenece el autor, con asiento en la ciudad de Reading, Inglaterra

Fue una ocasión de mucha cordialidad y muy buena comunión, en que los visitantes entonaron varias canciones muy hermosas – algunas de ellas en estilo flamenco – las cuales fueron de mucho agrado y edificación.

Al mismo tiempo, les llamó la atención a ellos la forma en que se desenvolvía la alabanza en nuestras reuniones. Notaron que no había un grupo de alabanza en sí, y que cualquier miembro podía intervenir, ya sea pidiendo o comenzando una canción, o un himno determinado, con alguien al piano inmediatamente confirmando o corrigiendo la nota, y acompañando la letra melodiosamente. También vieron que algunas veces, un miembro cualquiera, después de que se hubiera cantado una canción dos o tres veces, por considerar que la misma estaba fluyendo en el Espíritu, la reiniciaba para que se cantase una vez más.

Le agradó al Señor en esa oportunidad dar una unción especial a la canción – a veces a dos voces – y el líder del grupo visitante nos manifestó después que, tanto él como los diecinueve restantes, en esos momentos se habían sentido movidos a una adoración muy sublime, al encontrarse envueltos en una atmósfera de alabanza en la que advertían que había una deleitosa nota celestial.

Después de consignar estos pros y contras, pasamos a puntualizar algunas pautas que creemos que son importantes y que habrán de contribuir a que se logre una alabanza correcta y edificante.

- a) Evitar caer en la rutina de que debe ser por un período determinado de tiempo (como ser, una hora o más). Sobre todo, cuando se ve que no fluye ni hay unción, animar a que se la interrumpa con oraciones, acciones de gracias, testimonios y otras participaciones, dentro de la modalidad de la congregación.

El Espíritu muy bien puede alterar las cosas, para que se presente una necesidad de oración urgente, por ejemplo; y después de habérsela presentado al Señor, se compartan testimonios, o bien que se pase directamente al ministerio de la palabra. Tal vez, al finalizar, los cantores y músicos se podrían encontrar con la agradable sorpresa de que en ese punto sí fluye la alabanza, con rica unción. Esto incluso puede ser no en torno a las canciones que se habían previsto de antemano, sino sobre otras, alusivas o bien a los testimonios compartidos, o al tema de la palabra.

- b) Motivar lo más posible a que canten todos los asistentes, y no solamente el equipo de alabanza, mientras los demás quedan como meros espectadores, como no pocas veces sucede. Para esto es muy importante que la letra, o sea bien conocida, o de lo contrario esté bien al alcance de cualquiera que no la conozca, ya sea en himnarios, coritarios o la pantalla. En el caso de los dos primeros, anunciar en voz alta y con toda claridad el número de la canción que se va a entonar.
- c) Cuidar que el volumen de la música no sea excesivo – especialmente donde se emplean tambor, bombo y platillos – para no ahogar la letra. El propósito de la música debe ser acompañar

- melodiosamente la letra, permitiendo que esta última sea oída y bien entendida, aun por quienes la desconocen y la oyen por primera vez.
- d) Después de una canción que se ha entonado bien y con fervor, se acostumbra a decir: “Fuerte ese aplauso, que es para el Señor”, o cosas parecidas. Exhortar a todos – y particularmente a los músicos – *que así sea de verdad*. Sin pecar de mal pensados, creemos que muchas veces el sutil sentir de algunos corazones, muy bien puede estar deleitándose en lo bien que se ha tocado y cantado, y no verdaderamente en el Señor y en Su grandeza y amor.
  - e) Tener mucho cuidado de no dar protagonismo ni cabida en el grupo de alabanza a quienes no ostenten un testimonio limpio y satisfactorio. Asimismo, velar porque no haya celos, envidias ni contiendas, sino que impere en todos un espíritu noble, manso y humilde.
  - f) Evitar la infiltración de música de rock o mundana en sus diversas formas. En cambio, cuidar de que haya una buena variedad de buena música, para canciones vibrantes cuando corresponda, pausada para los momentos de adoración, y melodiosas y bien acompañadas para acompañar debidamente la letra que proclama y ensalza la gloria de Dios y las virtudes de Su palabra, Sus juicios y Sus caminos.
  - g) Velar porque la letra de las canciones que se entonen sea de un contenido bíblico y edificante, evitando aquéllas más bien insípidas e innecesariamente repetitivas, y faltas de profundidad y riqueza, de las cuales, lamentablemente, en los últimos tiempos ha aflorado un buen número.
  - h) Finalmente, cuidar celosamente de que la alabanza nunca desplace a la oración y al ministerio de la palabra, relegándolas a un lugar de menor importancia. El libro de Los Hechos en particular, pero todo el resto del Nuevo Testamento en general, le dan a estas dos últimas un papel claramente prioritario. Quien desatienda esta verdad incuestionable, a la larga, y tal vez después de un tiempo de aparente éxito, habrá de cosechar los tristes resultados de su mala siembra.

En otro orden de cosas, cabe señalar que, a pesar de la magnitud del poder de Dios desplegado, y la pureza de la iglesia primitiva de Jerusalén, ciertas costumbres y tradiciones que no conciben ni concuerdan con la pura verdad del cristianismo, seguían en pie.

Entre ellas citamos la de hacer gran llanto sobre Esteban, al enterrarlo, en consonancia con la costumbre imperante desde tiempos antiguos. Como ejemplo sobresaliente del Antiguo Testamento, tenemos el entierro de Jacob, que fue precedido por siete días de duelo y endecha con gran llanto. (Génesis 50:9-11)

La verdad que encontramos en el Nuevo Testamento es que, sin dejar de sentir dolor por el fallecimiento de un ser querido que ha vivido en la fe, no debemos entristecernos como los otros que no tienen esperanza.

Para los que somos Suyos, la muerte se ha transformado en un dormir, cuando el alma abandona el cuerpo mortal y es recogida por el Señor para entrar en un dulce reposo. (Ver 1ª. Tesalonicenses 4:13)

La tradición más fuerte que se conservaba en muchos de los creyentes era la de no comer y convivir con gentiles, junto con la de la circuncisión y guardar la ley de Moisés.

Debemos tener presente que esa iglesia primitiva de Jerusalén estaba integrada casi totalmente por judíos o prosélitos, y estas tres cosas estaban profundamente arraigadas en ellos.

No pudieron desprenderse de ellas de inmediato ni mucho menos, y muchos las continuaron observando por un buen tiempo. En el concilio de Jerusalén (Los Hechos 15:1-29) se decidió no imponer el guardar la ley mosaica ni la circuncisión a los gentiles. Además, se dejó claramente establecido que ni lo uno ni lo otro era necesario para ser salvo, bastando la fe en la obra redentora de Cristo a favor nuestro.

Que estas tradiciones y costumbres se siguieran observando por un tiempo por parte de los judíos, y también de los prosélitos, resulta

muy comprensible, por estar arraigadas profundamente en ellos por siglos, como ya hemos dicho.

Posteriormente, merced de manera especial a la pluma de Pablo, particularmente en sus epístolas a los Gálatas y Romanos, y también por la enseñanza del libro de Hebreos, estas costumbres y tradiciones quedaron definitivamente eliminadas, para ceder paso a la verdad sencilla, amplia y gloriosa del evangelio y el régimen de la gracia en que nos encontramos.

No hemos agotado el tema por supuesto, pero el contenido de estos capítulos abarca los puntos principales que hemos querido comentar.

Resumiendo: como la primer iglesia modelo que el Señor nos ha querido presentar, vemos a la misma, por así decirlo, como la madre de todo.

Dentro y desde ella se levanta el evangelismo para la propagación del mensaje de salvación; en ella se discipula, forma, adiestra y equipa a los que han de levantarse como apóstoles, profetas, maestros y pastores; también dentro de ella brota la financiación, y el sustento de la ayuda material a los necesitados de entre sus filas (*pero no necesariamente a los de afuera*).

De ella salen los ministerios reconocidos, para la labor de expansión y consolidación, y en su seno se dirimen y resuelven temas polémicos de doctrina o de procedimiento.

También es la esfera en la que se manifiesta el poder de Dios para sanar enfermos, y liberar los cautivos; el lugar en el cual el Espíritu Santo, en el rol de Ejecutivo de la Deidad, gobierna, planifica e impulsa toda la actividad en los diferentes niveles. Como el personaje máximo, está al frente de todo, infundiéndole vida, sentido y propósito.

También es depositaria de la doctrina de los apóstoles, recibida por los doce directamente del Señor Jesús, y que el apóstol Juan, en su segunda epístola llama con más exactitud la doctrina de Cristo, pues Él es Quien la trajo.

Aunque por el contexto resulta obvio que Pablo se está refiriendo a la iglesia universal y de todos los tiempos, bien podemos citar acá lo que nos dice en Efesios 1:22-23:

*“...la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.”*

En efecto: la visión que el Nuevo Testamento nos brinda, es la de una iglesia destinada a manifestar en este mundo toda la infinita y maravillosa plenitud de Cristo. Que el Señor nos ayude a ampliar y ensanchar nuestros horizontes, y que por Su gracia podamos ver una manifestación cada más creciente de esa gloriosa grandeza y plenitud.

----- () -----

## **CAPÍTULO 7 – La iglesia en Antioquía de Siria (1)**

Al comenzar este tema lo hacemos con una cándida reflexión: ¡cuán poco amigo de la rutina y de la repetición es nuestro Dios!

En cambio, Él ama la variedad, casi diríamos, apasionadamente.

Aun al crear el género humano, ha dispuesto que la procreación de los millones y billones de hombres y mujeres, se desarrolle de tal manera que en todo el globo terráqueo y en toda la historia, no haya habido dos absolutamente idénticos.

La iglesia de Antioquía de Siria nació unos pocos años después que la de Jerusalén. Las dos se nos presentan como iglesias modelo, y en cuanto a los principios y valores fundamentales, ambas fueron hermanas gemelas, basadas en la misma doctrina de Cristo y levantadas, sustentadas y equipadas por el mismo Espíritu.

La de Jerusalén, como hemos visto, estaba integrada, por lo que sabemos, casi totalmente por judíos o israelitas, aunque algunos, como Bernabé, por ejemplo, no habían nacido en el territorio de Israel.

La de Antioquía de Siria estaba compuesta mayoritariamente por griegos, según Los Hechos 11:20, aunque no ha de entenderse por ello que serían nacidos dentro del territorio de lo que hoy día es Grecia, sino en lugares donde imperaba la hegemonía griega.

No fue, estrictamente hablando, la primer iglesia gentil, pues la que se fundó en Cesarea en la casa de Cornelio con motivo de la visita de Pedro, le precedió por algún espacio de tiempo. No obstante, de esta última no se nos consigna información posterior alguna, mientras que de la de Antioquía tenemos un buen caudal de constancias de aspectos de sumo interés, que nos permiten presentar un cuadro bastante completo y muy instructivo.

A diferencia de la de Jerusalén, que fue fundada por el apóstol Pedro y los otros once a su lado, la de Antioquía fue levantada por unos varones de Chipre y de Cirene. Inicialmente, no se los identifica individualmente y no habían tenido un reconocimiento previo como apóstoles – más bien, se los contaría como “soldados rasos”, si cabe, de entre las filas de los esparcidos con motivo de la fuerte persecución que hubo tras el martirio de Esteban.

Al levantar la iglesia en Antioquía, de hecho realizaron una fecunda labor apostólica, aunque no hay ningún indicio de que buscasen o anhelasen que se les otorgara el título de apóstoles.

Resulta interesante seguir la trayectoria de esos varones hasta donde se puede, desde su huida de Jerusalén. Ya vimos que en los sabios designios de Dios, esta legión de esparcidos estaba previamente siendo preparada, adiestrada y equipada dentro de la escuela teórica-práctica de formación ministerial, que surgió dentro de la iglesia madre de Jerusalén.

También vimos que al ser esparcidos, iban por todas partes anunciando el evangelio, y que, como resultado de ello, se levantaron numerosas iglesias, diseminadas por toda Judea, Galilea y Samaria.

Por un tiempo, parece que permanecieron dentro de esos territorios, consolidando y extendiendo la obra. Al mismo tiempo, debemos señalar que esa labor de consolidación y extensión también pasó pronto a ser efectuada por Pedro, Juan, y casi seguramente los otros apóstoles, según se desprende de Los Hechos 8:14-25, 9:32-43, etc.

Pero ahora, los esparcidos, evidentemente movidos por el Espíritu Santo, continúan hacia el Norte (Fenicia, con Tiro y Sidón como ciudades principales), Chipre, hacia el Noroeste, en el Mediterráneo, y Antioquía, en Siria.

No teniendo conciencia plena todavía de que Dios está por abrir de par en par los brazos de Su amor, para acoger también a los gentiles, se limitan en un principio a proclamar el evangelio solamente a los judíos.

No obstante, había entre ellos unos varones que se nos identifican como oriundos de Chipre y de Cirene, pero de sangre judía. Quizá sintiéndose frustrados por la escasísima respuesta de parte de los judíos, deciden romper con el estrecho esquema de que la salvación es solamente para los judíos, y con ánimo pronto y muy bien dispuesto pasan a intentar abrir surcos nuevos, testificando a los griegos – es decir, a los no judíos.

Para su gratísima sorpresa, y tal vez su asombro también, se encuentran con una maravillosa respuesta. Lucas nos dice escuetamente:

*“Y la mano del Señor estaba con ellos y gran número creyó y se convirtió al Señor.”* (Los Hechos 11:21)

En vez de la total apatía y aun el abierto rechazo de los judíos, se encuentran con que los griegos reciben con avidez y corazón sincero la grata nueva de salvación.

De esta forma, de la noche a la mañana se levanta una iglesia numerosa, sobre la cual la gracia del Señor se derrama a raudales desde un principio.

Esto, al parecer no entraba dentro de los cálculos de los apóstoles que se encontraban en Jerusalén. El Señor les había anticipado que le serían testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra (1:8)

Visto que tanto en Jerusalén, como en Judea y Samaria, el evangelio de Cristo ya se había difundido y arraigado firmemente, lo lógico habría sido esperar que algo de esa naturaleza acaeciese más o menos pronto.

Quizá les haya tomado por sorpresa que fuera precisamente en Antioquía, situada en Siria, que a través de la historia había sido - y sigue siendo - enemiga acérrima de Israel.

Pero, con buen tino, decidieron enviar a Bernabé, comisionado evidentemente para investigar y cerciorarse de que se trataba de algo auténtico.

Él era, sin duda, el más indicado para esa misión, siendo un hombre de absoluta confianza, y sobre todo porque era oriundo de Chipre, de donde procedían algunos de los varones que estaban al frente de la situación.

*“Éste, cuando llegó y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor.”*

*“Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue añadida al Señor.” (11:23-24)*

No nos cabe duda de que la manera de funcionar de esta iglesia tan nueva, sería, por lo menos en los detalles de forma, muy distinta de la de Jerusalén. Las canciones que entonaban, el estilo, el idioma en que hablaban y cantaban, etc., para Bernabé resultaría muy diferente de lo que él había conocido y experimentado en Jerusalén.

No obstante, lo que él vio con toda claridad fue la gracia de Dios, que fluía abundantemente. Y evidenciando madurez y percepción espiritual, eso él lo valoró muy por encima de esas diferencias de forma y estilo, que a otros de menos discernimiento y madurez les habrían extrañado y aun chocado.

¡Qué importante es que sepamos distinguir y atesorar esa gracia de Dios en acción, y no dejarnos cegar u ofuscar por matices secundarios, no de fondo, sino de forma!

Un par de reflexiones de importancia se deriva del resultado de la aportación de Bernabé en esa ocasión, que produjo un incremento considerable de almas añadidas al Señor.

Por lo que nos dice el versículo anterior, entendemos que su palabra estaba dirigida, por lo menos principalmente, a los creyentes, exhortándoles a que permaneciesen firmes en su lealtad al Señor. Y sin embargo, el resultado fue que muchas más almas entraron en el reino de Dios.

La experiencia nos ha permitido comprobar que, cuando se está en la época de crecimiento de una iglesia, por así decirlo, está fluyendo en ella el Espíritu de salvación. Así, aun cuando no se prediquen mensajes expresos de evangelización, de cara a los inconversos, sino palabras de ánimo, exhortación y edificación, igualmente se suelen convertir nuevas almas.

En Antioquía esto se dio con toda claridad y fuerza, y debe haber sido un gran estímulo tanto para Bernabé como para todos los demás.

Lo mismo también sucede cuando en una iglesia, el pastor o el liderazgo, y los miembros, se preocupan de verdad por las almas inconversas, y se potencia debidamente el evangelismo.

Recordamos la ocasión - hace ya más de dos décadas - en que el autor y su esposa, fueron hospedados en el hogar de un matrimonio que se congregaba en una iglesia de una ciudad de bastante importancia en el Norte de España. La comunión con ellos fue sumamente grata, y al preguntarles cuándo se habían convertido al Señor, contestaron que

había sido en la ocasión de nuestra visita anterior a la misma iglesia, unos seis meses antes.

En esa oportunidad el autor recordaba haber compartido verdades sobre la vida cristiana, enfocadas a la santidad y la entrega total de la vida al Señor, y sin presentar lo que se suele denominar un mensaje de evangelización.

Con todo, siendo el pastor de esa iglesia un hombre de loable espíritu evangelístico y gran celo por las almas perdidas, el Espíritu Santo operaba igualmente para salvación de nuevas personas, aun cuando el ministerio de la palabra iba dirigido a los ya convertidos.

Digamos también, de paso, que el agregado de nuevas almas es algo con lo cual el Señor a menudo rubrica las labores de Sus siervos translocales, como señal de que en realidad son Sus voceros y han sido enviados por Él.

También resulta de interés y valor notar y comparar Los Hechos 2:47 – *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”* con Los Hechos 11: 24 *“Y una gran multitud fue agregada al Señor.”*

Al convertirse de verdad, uno queda añadido a la iglesia universal y única del Señor, no a una denominación, o meramente a una iglesia local determinada.

Recordar en ese sentido lo que se nos puntualiza con tanto énfasis en 1ª. Corintios 12:13

*“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres...”*

Por otra parte, el nuevo nacimiento o la conversión, nos une de forma directa, entrañable y eterna al Señor mismo – una verdad que nunca debemos perder de vista.

*“El que se une al Señor, un espíritu es con Él”* (1ª. Corintios 6:17)

Si tenemos las dos cosas claras, como así también una comprensión sana y correcta del ámbito local en que el Espíritu nos ha colocado (ver 1ª. Corintios 12:18), ello nos permitirá pisar tierra firme, y nos evitará caer en sectarismos, denominacionalismos y otros “ismos” afines, que en muchos casos han resultado tan perjudiciales y divisivos.

Pero ahora continuamos considerando algunos de los aspectos más destacados que encontramos en esta etapa temprana de esta iglesia modelo.

*“Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo, y hallándole, le trajo a Antioquía.”* (11:25)

Tenemos aquí un rasgo de nobleza por parte de Bernabé, sobre el cual habremos de tratar en un capítulo posterior, en el que habremos de comentar sobre su personalidad y carácter.

Guiado por el Señor, emprendió el no corto camino hasta Tarso, comprendiendo que Saulo, como entonces todavía se llamaba Pablo, iba a ser una pieza clave en esa hermosa nueva situación que había surgido en Antioquía.

Esto nos señala un principio importante: cuando el Señor levanta una obra nueva de cierta envergadura, en Su sabia economía prepara con anticipación siervos idóneos de Su elección, para que sean puntales en la misma.

Pablo iba a ser el gran apóstol a los gentiles, y nada más acertado y consecuente que injertarlo – como lo hizo el Señor por mediación de Bernabé - en la iglesia gentil modelo establecida en Antioquía.

Cabe también citar aquí algo digno de destacarse, que oímos puntualizar no hace mucho a un hermano y consiervo, en cuanto a los caminos a veces extraños del Señor, que se salen de la lógica humana, pero que, a la postre, por ser de Dios, resultan más sabios y eficaces para los fines que Él persigue.

Siendo Pablo hebreo de hebreos, y tan docto en la doctrina de la ley mosaica, enseñado como había sido a los pies del venerado maestro Gamaliel, nuestro razonamiento normal y lógico habría sido el de

encargarle a él el ministerio a la circuncisión, es decir, al pueblo de Israel.

Sin embargo, el Señor razona de forma totalmente distinta, y en vez, elige especialmente para ello a Simón Pedro, y también a Juan y a los otros diez, mayormente humildes pescadores de Galilea, sin letras y del vulgo. (Los Hechos 4:13)

Llegados a Antioquía, Bernabé y Saulo se congregan con la iglesia por un año entero y enseñan a mucha gente. (11:26)

Esto nos subraya la importancia de que toda obra nueva sea debidamente consolidada, antes de que se pueda pasar debidamente a la etapa de propagación y reproducción.

Algunos, no entendiendo bien esto, han querido adelantarse con prisa, con resultados muy magros y desfavorables.

Otro punto importante que se nos presenta en los versículos siguientes, es el de la generosidad puesta de manifiesto en Antioquía.

Después de pronunciar Agabo, uno de los profetas que habían descendido de Jerusalén, la profecía de que habría de venir una gran hambre, la reacción de los creyentes y discípulos de Antioquía fue muy encomiable.

Debemos tener en cuenta que eran mayoritariamente nativos de Siria, que como ya dijimos anteriormente, era – y sigue siendo – enemiga declarada de Israel.

No obstante, la nueva vida en Cristo pone fin a todo eso, uniéndolos en un vínculo de amor con los que ahora son sus hermanos en Cristo – los creyentes judíos que habitaban en Judea.

De esta manera, aportan cada uno según sus medios y posibilidades, y deciden enviarlo como ofrenda de amor por mediación de Bernabé y Saulo.

El amor y la gracia les han enseñado a esta altura temprana, que más bienaventurado es dar que recibir. (Ver Los Hechos 20:35)

Se trataba de una generosidad que trascendía los confines propios, alcanzando a los necesitados en otras tierras, a diferencia de la estrechez que a menudo se manifiesta en algunas partes, y que sólo abarca el ámbito propio de las necesidades de la iglesia local.

No hace mucho tiempo, oímos que un siervo del Señor comentó en una situación en que las ofrendas no eran lo suficientemente abundantes - a pesar del hincapié que se había estado haciendo en las predicaciones – que los bolsillos de los hermanos todavía no estaban convertidos.

Consciente de que del corazón mana la vida, como se nos señala en Proverbios 4:23, el autor se permitió comentarle al que le había comunicado eso, que en realidad el problema no estaba en el bolsillo, sino en el corazón. Sin llegar al extremismo de decir que sus corazones no estaban convertidos aún, evidentemente lo que se evidenciaba era que hacía falta una obra de gracia más profunda en ellos – en sus corazones - de modo que la mezquindad y el egoísmo, se transformasen en una generosidad desprendida y abundante, síntoma inequívoco de que se está viviendo en el verdadero amor.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 8 – La iglesia de Antioquía de Siria (2)**

Después del paréntesis del capítulo 12 de Los Hechos, en el que se nos narra el encarcelamiento y la milagrosa liberación de Pedro, el relato retoma el tema de Antioquía, y cómo se van desarrollando las cosas en ese nuevo centro de testimonio que Él Señor había levantado.

Tras consignar el regreso de Bernabé y Saulo, acompañados de Juan Marcos, Lucas abre el capítulo 13 dándonos un pantallazo de suma importancia en cuanto a los ministerios y el gobierno de la iglesia de Antioquía.

*“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.”*

Evidentemente, éstos eran los varones principales que estaban al frente.

Tenemos aquí el principio de la pluralidad, que también funcionaba en Jerusalén. Esa pluralidad no descarta el hecho de que un siervo determinado dentro de un liderazgo colectivo, tome la iniciativa y sea, por así decirlo, el líder.

No obstante, se encuentra apoyado y respaldado por los demás, que a su lado pueden servir también para equilibrarlo, complementarlo y aun frenar o corregirlo cuando sea necesario. Nunca debemos perder de vista la contundente sabiduría expresada en Proverbios 11:14 *“...en la multitud de consejeros hay seguridad.”*

En Jerusalén, en los comienzos el liderazgo de Pedro aparece con mucha claridad, aunque acompañado y secundado por Juan y los otros diez apóstoles.

En Antioquía, *a esta altura*, creemos que Bernabé era el más destacado, aunque su posición como líder no aparezca con tanta nitidez como la de Pedro en Jerusalén.

Sin embargo, debemos notar que a él se lo menciona en primer lugar en la lista que aparece más arriba, y que también se lo nombra primero en 11:30; 12:25 y 13:2.

Más adelante, al estar él y Saulo en Pafos durante el primer viaje misionero, tras consignarse el detalle de que este último también es llamado Pablo, se nos hace ver que ahora es él quien toma la iniciativa. Asimismo, después del regreso de ambos a Antioquía tras haber completado el primer viaje, a Pablo se lo menciona primero dos veces en el versículo segundo del capítulo 15.

No obstante, lo concreto e indiscutible es que en ambas iglesias modelo había un liderazgo en el plural, integrado por los siervos más destacados de cada una.

El liderazgo, tanto de Pedro en Jerusalén como el de Bernabé en Antioquía, no fue vitalicio. Más tarde, en Los Hechos 21, vemos que Jacobo estaba al frente, mientras que Pedro, según los indicios con que contamos, ya no se encontraba en Jerusalén. En cuanto a Bernabé, su liderazgo en Antioquía cesó de hecho al salir con Pablo en el primer viaje misionero.

Esto es importante, porque nos muestra que, si bien los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables (Romanos 11:29), el hecho de que el Señor tenga a un siervo en un determinado cargo en un cierto lugar, no quiere decir que eso ha de continuar por todo el resto de la vida.

Con el mismo llamamiento, el Señor muy bien puede trasladar a ese siervo a otro lugar, e incluso ampliar la proyección de su ministerio y llamamiento.

Un caso puntual es el de Felipe, que encontramos en el mismo libro de Los Hechos. Reconocido como diácono en el capítulo 6, a raíz de la dispersión abandona su cargo en Jerusalén, y, honrado por el Señor, pasa de ahí en más a desempeñarse como un evangelista sobresaliente. (Ver Los Hechos 6:5-6; 8:5-40 y 21:8.)

Esto nos permite ver que el llamamiento no es algo estático e inamovible, sino que en él siempre hay posibilidades de crecimiento, cambio de lugar, ampliación y “ascenso.”

La pluralidad de ministerios en Antioquía evidentemente traía aparejada una sana diversidad, lo cual es tan importante para el logro de una ministración rica y equilibrada.

Cuando una iglesia se alimenta exclusivamente de la dieta de un solo siervo, por más eminente que sea, inevitablemente, a la postre se llega a un punto de saturación, aburrimiento o falta de absorción, según el caso.

Dios nos ha hecho a todos, tanto en lo natural como en lo espiritual, personas necesitadas de la variedad en la comida, aunque se

sobreentiende que dentro de esa variedad, lo que comamos debe ser sano y saludable, con el agregado de ser también mutuamente compatible.

Algunos han pensado que su posición o cargo en la iglesia es inamovible y para el resto de la vida.

El ministerio que el Señor da a Sus siervos no es algo estático, sino vivo, progresivo y que va evolucionando.

Ya hemos citado el caso de Felipe. También hemos visto y conocido casos de siervos que en un cierto tiempo han realizado una labor apostólica o profética en uno o varios lugares determinados. Posteriormente, el Señor los ha trasladado a otras esferas o círculos para continuar su ministerio, mientras que el hueco que han dejado ha sido bien cubierto por otros.

Es importante comprender bien esto, para no caer en el error de algunos que, al asumir, por ejemplo, el pastorado, han creído y deseado que el mismo continúe todo el resto de la vida.

En algunos casos esto puede ser así, pero en otros el Señor muy bien puede destinarlos después de un tiempo a otro lugar, habiendo dado y agotado todo su caudal en la iglesia en que han estado sirviendo.

Al entrar entonces en una nueva situación, podrán encontrarse con personas que no los han conocido ni oído antes, ávidas de escucharlos y recibir de ellos, con el consiguiente beneficio y aliciente para ambas partes.

Al mismo tiempo, aquéllos que han quedado atrás en la iglesia anterior, podrán beneficiarse con oír una o más voces nuevas y frescas, que, traídas en sazón por el Señor, pueden tener una aportación muy oportuna y efectiva.

De la lista de los cinco profetas y maestros que había en Antioquía, y que se mencionan en Los Hechos 13:1, sólo tenemos más información y detalles de Bernabé y de Saulo. A los otros tres – Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene y Manaén, que se había criado junto con Herodes el tetrarca – no se los vuelve a mencionar.

Con toda seguridad, ellos también eran varones de gran calibre, y en ese quinteto que formaban con Bernabé y Saulo, también con toda seguridad había una rica gama y una hermosa variedad.

Aunque en esto nos estamos adelantando un poco, acotamos que más tarde tuvieron la distinguida y eficaz aportación de Judas Barsabás y Silas, varones principales entre los hermanos de la iglesia madre de Jerusalén. (15:22 y 32)

Y como si esto fuera poco, en el versículo 35 del mismo capítulo se nos dice:

*“Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos.”*

Entre estos “*otros muchos*” debe incluirse al apóstol Pedro, que también visitó a la iglesia en Antioquía, según sabemos por Gálatas 2:11-14, si bien no podemos aseverar con precisión si fue en ese entonces, o en una oportunidad anterior o posterior.

Lo que sí es evidente, es que esa iglesia de Antioquía recibió un riquísimo y variadísimo ministerio de la palabra de Dios a través de muchos siervos de primera línea, lo que hizo de ella una iglesia altamente privilegiada.

Vemos en esto algo importante que ya hemos esbozado en una obra anterior, pero que viene al caso reiterar aquí: el plan o diseño de Dios que vemos en Los Hechos, tiene como parte importante levantar iglesias modelo grandes y fuertes, y consolidarlas con una ministración rica, abundante y sólida, para luego usarlas como centros de los cuales han de salir siervos y siervas idóneos, bien formados y equipados para realizar una labor de propagación efectiva y fructífera.

Como reflexión final sobre esto, señalamos que muchas veces ha habido una prisa por pasar a la etapa de propagación, lo cual ha emanado así de iglesias todavía en formación, y a veces, tristemente, débiles o enfermizas. Huelga decir que en tales casos, los resultados en términos de fruto sano y duradero, casi siempre han sido muy magros.

El señorío del Espíritu.-

Al igual que la iglesia de Jerusalén en sus principios, la de Antioquía daba muestras evidentes de estar regida en forma muy real por el Espíritu Santo.

Los Hechos 13:1-4 lo pone claramente de manifiesto. Citamos el pasaje completo, para luego pasar a desgranarlo desde la perspectiva en que estamos, según el subtítulo.

*“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.”*

*“Ministrando éstos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.”*

*“Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.”*

*“Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre.”*

Tenemos aquí el precioso cuadro de cinco varones de muchos quilates, apartados para la hermosa y principalísima tarea de ministrar al Señor ayunando.

Por *ministrar al Señor* entendemos estar en Su presencia, con gratitud y alabanza, como así también en adoración, para luego pasar a la oración en el Espíritu.

El hecho de que lo hacían con ayuno, nos da a entender el propósito firme y resuelto con que lo hacían, dejando de lado el alimento diario para centrarse en ello en óptimas condiciones.

Digamos, de paso, que el ayuno constituye una faceta importante que aparece tanto en la iglesia de Antioquía, como posteriormente en los viajes misioneros, y asimismo en la vida toda de Pablo desde su conversión. (Ver Los Hechos 14:23 y 9:9; 2ª. Corintios 6:5 y 11:27)

Como contraste, no tenemos ninguna constancia del ayuno en Jerusalén, aun cuando puede igualmente darse por sentado que allí también se lo practicaba.

Este ministrar al Señor de esos cinco varones, sin duda los movía a buscar con mucho anhelo la voluntad del Señor y el rumbo que Él quería dar a la iglesia, y a ellos, Sus siervos.

En otras palabras, no tenían su propia agenda o programa con planificación a corto y a largo plazo, estrategia a emplearse, y metas a alcanzarse para una fecha determinada.

Todo esto, y mucho más, están muy en boga hoy día en muchos círculos. Sin embargo, estos varones nada sabían de todo eso, ni querían tener nada que ver con lo que no fuese buscar con sencillez el programa divino.

Esto de saber cuál era la voluntad expresa de Dios, claro está que se encuentra en marcado contraste con el crear el programa propio, y pedirle a Dios que lo bendiga, lo cual, en algunas partes, es lo más corriente en estos tiempos.

En esas condiciones, en Antioquía el Espíritu Santo tenía vía libre y total libertad de acción para revelar el plan divino a Sus siervos, e invitarlos a brindarse a él.

Lo que Él estaba diciendo, representaba para la iglesia desprenderse de dos de sus hombres claves. Un razonamiento humano podría entrar en cálculos y barajar posibilidades, en cuanto al efecto que eso pudiera tener sobre la congregación, reduciendo el potencial ministerial de la iglesia, el hecho de que muchos miembros echarían muy de menos a Bernabé y a Saulo, etc. etc.

Sin embargo, nada de esto parecía preocuparles – estaban bien dispuestos a dejar que marchasen esos dos puntales, seguros de que se trataba de un verdadero llamamiento de lo alto, y creemos que con la fe de que en lugar de ellos, el Señor ya tenía preparados a otros, y los levantaría para llenar el gran hueco que dejaban.

Bien podemos preguntarnos de qué manera les habló el Espíritu Santo para comunicarles ese llamamiento, y el mandato de apartar a esos dos varones para el mismo.

¿A través de una profecía pronunciada por uno de los tres restantes del quinteto? Muy bien puede haber sido de esa forma.

¿Por una visión dada a uno o varios de ellos? También es posible que así haya sido.

Y aunque algunos lo rechacen con cierto escepticismo, no nos atrevemos a descartar como una posibilidad, que en un momento muy sagrado y profundo de Su ministración al Señor, el mismo Espíritu Santo se los haya dicho con una voz audible, e inconfundible para ellos.

Lo cierto es que el Espíritu Santo se los dijo con toda claridad, y ellos lo reconocieron sin ningún inconveniente ni duda.

En Los Hechos 8:29 se nos hace ver que Felipe ya había tenido anteriormente una experiencia similar, en la cual el Espíritu le habló con toda claridad, instándole a acercarse al carro en el cual viajaba el eunuco, funcionario de la reina de los etíopes.

Lo normal en la vida de un verdadero hijo de Dios es que el Espíritu Santo le hable y le guíe.

En la epístola a los Hebreos leemos:

*“Por lo cual, como dice el Espíritu Santo...” (3:7)*

*“...dando el Espíritu Santo a entender...” (9:8)*

*“Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo...” (10:15)*

Las tres citas relacionan el hablar del Espíritu Santo con las Escrituras, y nadie podrá discutir con fundamento serio, que en la actualidad ésta es una de las formas más habituales, aunque por cierto, no la única.

Otra muy corriente es por el testimonio que el mismo Espíritu nos da en la conciencia, sobre lo que debemos o no debemos hacer. (Ver Romanos 9:1)

Lo cierto es que el hablar del Espíritu Santo – de una forma u otra – resulta imprescindible para que la vida que llevamos, y el ministerio que cumplimos tengan solidez y verdadero sentido.

Y a través de ese hablar, Él guía, dirige, redarguye, alerta contra peligros, etc., estableciendo Su señorío.

En Antioquía, como ya hemos señalado, ese señorío era muy claro y evidente.

Todo siervo consciente y deseoso de trabajar con miras a resultados fructíferos y duraderos, debe tener esto muy en cuenta. Y por supuesto que ni el uso de los adelantos de la tecnología, ni los mejores recursos humanos, pero exentos de Su señorío, pueden resultar un sustituto satisfactorio.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 9 - La iglesia en Antioquía de Siria. (3)**

### **La propagación.-**

En lo natural, desde un comienzo Dios ha establecido para el reino vegetal y animal, y el género humano, el principio de la reproducción.

Ese mismo principio está latente en el reino espiritual, y todo cristiano verdadero, y toda iglesia normal y sana, debe ser consciente de ello y potenciarlo debidamente.

Resulta de sumo interés ver que tanto la iglesia madre de Jerusalén, como la de Antioquía que estamos considerando, a su debido tiempo pasaron a la etapa de propagación y reproducción, pero de formas diferentes.

Como ya vimos, la de Jerusalén fue, por lo menos inicialmente, en base al desplazamiento, con motivo de la persecución, de los creyentes – soldados rasos como ya los hemos llamado – aunque bien preparados y equipados.

En cambio, en Antioquía la propagación se hizo “desde arriba”, por así decirlo, con el llamamiento a la obra misionera de dos puntales y directivos: Bernabé y Saulo.

En la experiencia práctica, estas dos formas también han seguido operando a través de la historia.

Un caso bien conocido es el de la “manada pequeña” en tiempos de Watchman Nee, en la China. Después de un tiempo de consolidación y mucha bendición, tomaron conciencia de la necesidad de ir a otras regiones de su vasto país a propagar el evangelio.

Como consecuencia de ello, un buen número de creyentes se desplazó a otras ciudades y poblaciones, llevando el mensaje de salvación y ganando almas para Cristo.

Con posterioridad, los ministerios principales de la iglesia madre comenzaron a visitar esos puntos, para consolidar la obra que se había empezado a levantar en todos ellos.

Esto guarda un paralelo bastante aproximado con lo que sucedió en Jerusalén, y la propagación que ya hemos visto en Judea, Galilea y Samaria.

En cuanto a la otra forma – la que denominamos “desde arriba” – el autor pudo verla desenvolverse hace cerca de cuatro décadas en la ciudad de Liverpool, en la iglesia en la cual él era un miembro activo del presbiterio.

Hacia el otoño del año 1970 él sintió el llamamiento al campo misionero, y simultáneamente otro anciano, que era a la vez el líder de la congregación, sintió un llamado similar, aunque a una parcela distinta.

Otro siervo que anteriormente había tenido una aportación muy valiosa en el levantamiento de esa iglesia, le preguntó a quien esto escribe qué sería de la iglesia al marchar él y el otro anciano, ya que eran quizá los dos que sobresalían dentro del presbiterio de cuatro en total.

La respuesta dada fue muy sencilla – casi ingenua:

“El Señor sabe y Él se hará cargo.”

Efectivamente, al marchar ambos, dos nuevos ancianos fueron reconocidos, y bien pronto dieron evidencia de contar con quilates muy apreciables.

Todavía más tarde, estos dos nuevos ancianos fueron llamados a la obra misionera, uno a Zimbabue, en el África, y el otro a la zona occidental del Canadá. Y en su lugar, fueron reconocidos otros dos, que igualmente demostraron tener muy buen talante.

El principio importante que hay que tener presente en esto, es que si siervos de madurez y experiencia permanecen indefinidamente en una iglesia, muy bien pueden estorbar o impedir que se levanten y desarrollen otros siervos.

En el caso particular que hemos narrado, al estar presentes en la iglesia el otro anciano–líder y el autor, por un sano respeto hacia ellos, otros valores más jóvenes tendían a abstenerse en el ministerio.

Al marcharnos el otro anciano y un servidor, muy pronto los dos que nos sucedieron ocuparon el lugar que había quedado vacante, y pudieron con libertad dar del rico caudal que ya poseían. El mismo ciclo reproductivo también continuó posteriormente para gran satisfacción de todos.

Sin embargo, para ser francos y sinceros, la marcha de el o los ministerios más destacados de una iglesia, no siempre produce resultados tan felices. Tristemente, en muchos casos aquéllos a los cuales se les da, o les toca, el relevo, no dan la talla, ni muestran poseer el mismo peso y autoridad que sus antecesores.

En esa misma iglesia en Liverpool, unos pocos años más tarde, también se experimentó una enjambrazón masiva de algo así como la cuarta parte de la congregación.

Residían todos en una zona algo apartada, en otra parte de la ciudad, y la distancia fue el factor práctico que la provocó. La

separación – que de ninguna manera se podía conceptuar como una división - se hizo de común acuerdo y de buen grado por todas las partes, y uno o dos hermanos idóneos fueron designados para pastorear la nueva iglesia que así quedó formada.

Los vínculos de amor y comunión quedaron intactos, y hasta el día de hoy las dos iglesias - la madre y la hija, en otra zona de la ciudad – mantienen una relación sana y correcta, con mutua colaboración y a veces intercambio de ministerios también.

Es muy importante que se comprenda la diferencia abismal que existe entre una salida para propagación efectuada con un espíritu correcto, y aquella que en realidad está motivada, y a veces también precipitada, por desacuerdo y contenciones.

El principio que tenemos en Génesis 1:11 de que cada planta reproduce según su género, tiene asimismo aplicación en todo esto.

Toda propagación que se origine en desavenencias y enfrentamientos, tristemente, a la larga, habrá de reproducir situaciones de la misma índole, con el desafortunado saldo de iglesias divisivas y conflictivas.

Por otra parte, de propagaciones sanas y correctas, como las que hemos comentado anteriormente, felizmente han de surgir nuevas iglesias, sólidas y bien fundadas.

Las abejas tienen mucho que enseñarnos en este terreno. Hay colmenas cuyas abejas tienden a enjambrar prematuramente, dejando atrás una colonia débil y sin el debido almacenamiento de polen, néctar y miel, aun cuando nunca sin celdas reales, para que las que queden puedan levantar una nueva reina.

Como resultado, además de quedar muy debilitada y disminuida la colmena de la cual salieron, en la nueva que pasan a formar bien pronto se repite una enjambrazón prematura, quedando así, con el tiempo, una pequeña cadena de colmenas raquíticas y de muy poca producción.

Por el contrario, cuando se produce una enjambrazón correcta, la colmena dejada atrás queda abundantemente surtida, para que pueda seguir desenvolviéndose satisfactoriamente.

Como detalle adicional y de mucho interés, el autor recuerda haber recogido muchos años atrás, para colocar en una nueva colmena vacía, una enjambrazón que tenía la forma de un gran ovillo, con miles y miles de abejas.

No tuvo ningún inconveniente en recogerlas. Estaban muy tranquilas y satisfechas, en un todo de acuerdo con lo que el bien conocido escritor Maeterlink afirma en su clásico “La Vida de las Abejas” – es decir, que el día de la enjambrazón están muy ilusionadas y felices, por la gran perspectiva de la nueva aventura a la cual se lanzan.

Y desde luego, en su abandono de lo que ha sido su propio hogar, no se advierte ninguna muestra de enfado o contienda con las que quedan atrás.

Esta es otra muestra de la gran sabiduría del Creador y Ser Supremo, al establecer tan preciosa armonía entre lo natural y lo espiritual.

Con razón que Jesús, en tantas de Sus parábolas, se valía de lo natural y temporal, para ayudarnos a comprender mejor lo espiritual y eterno.

Lástima grande que Maeterlink, cegado por la incredulidad y el escepticismo, al descubrir tantas asombrosas maravillas en la vida de las abejas, se las atribuyó como una conjetura suya a lo que él llamó “el espíritu de la colmena”, en vez de reconocer lo que es palpablemente evidente – la creación y obra maravillosa del único y sapientísimo Dios.

#### *La iglesia probada y confirmada.-*

Creemos que toda iglesia verdaderamente levantada por el Señor, debe, casi necesariamente, pasar por la prueba.

La misma, que en realidad el Señor muchas veces permite deliberadamente, tiene la virtud de purificarla, para luego consolidarla y llevarla a una mayor madurez y productividad.

La de Jerusalén fue fuertemente probada por ataques del enemigo tanto desde afuera como del interior de sus filas, como ya hemos visto.

La de Antioquía tuvo que afrontar una crisis muy seria, que se presentó con matices muy diferentes. No se trataba de amenazas de las autoridades religiosas, ni de mentiras y engaño, como en el caso de Ananías y Safira, sino de la infiltración insidiosa y sumamente maléfica de los judaizantes.

*“Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.”* (Los Hechos 15:1)

*“Es necesario circuncidarles, y mandarles que guarden la ley de Moisés.”* (15:5)

A primera vista, podría parecer algo mucho menos malo y peligroso que los ataques por fuera experimentados en Jerusalén, o lo de Ananías y Safira.

Sin embargo, se trataba de algo muy sutil, proveniente, más allá del legalismo de los judaizantes, de la misma serpiente diabólica.

El añadir la circuncisión y el guardar la ley como requisito para ser salvo, equivalía a minar y socavar la base y la misma esencia del evangelio de gracia.

Por una parte, el sacrificio expiatorio de Cristo ya no era suficiente, y como Pablo bien dice en Gálatas 2:21

*“...si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”*

Por la otra, el gozo y la paz de saberse totalmente perdonados de pura gracia por un Dios de amor e infinita misericordia, se diluían y disolvían. Ahora había que empezar a cumplir los requisitos legales de la ley mosaica y acumular méritos, y se quedaban con la incertidumbre de no saber si sus esfuerzos en tal sentido bastaban o no.

Como sabemos, Pablo y Bernabé tuvieron una contienda no pequeña con ellos, y fueron a Jerusalén, acompañados por otros, para esclarecer las cosas debidamente, en consulta con Pedro y los demás primitivos apóstoles.

El concilio de Jerusalén de que se nos da cuenta en Los Hechos 15, dirimió la polémica felizmente, dictaminando que no se debía inquietar a los creyentes gentiles, poniendo sobre ellos tan pesado yugo. Solamente se les exhortaba a abstenerse de fornicación y de comer lo sacrificado a ídolos, ahogado y sangre.

Esto definió la cuestión con toda claridad y de una vez para siempre. No obstante, la enseñanza de los judaizantes ya había causado muchísimo daño. En Antioquía, y sobre todo en las iglesias de Galacia, el amor y el gozo de la salvación se habían disipado, cundiendo el desánimo y la desorientación. Después de un comienzo dichoso y bendito en el evangelio, se encontraban ahora con la muy mala noticia de que la salvación no era algo que ya les había sido otorgado de pura gracia, sino que debían emprender el sendero incierto y difícil de tratar de cumplir con toda la ley de Moisés.

Bien podemos imaginar la desorientación y tristeza que esto les debe haber traído.

Afortunadamente, al volver Pablo y Bernabé a Antioquía junto con Silas y Judas Barsabás, y leerse la carta apostólica con el dictamen alcanzado en Jerusalén, los hermanos se regocijaron grandemente. Esa levadura judaizante que tanto les había inquietado, quedaba totalmente desautorizada y podían desentenderse de ella por completo.

*“Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras.”* (15:32)

En situaciones semejantes a la que nos ocupa, se debe comprender que no basta aclarar las cosas a nivel mental para que queden bien entendidas y afirmadas.

El daño causado había llegado a los espíritus y la conciencia. Había que sanarlos con una fuerte infusión de la verdad gloriosa y riquísima de la redención plena en Cristo Jesús, y esto con la unción y la gracia del Espíritu Santo.

Cualquier novato, inmaduro o carnal, fácilmente puede causar perjuicios incalculables, sembrando dudas, polémicas, legalismo u otras cosas perniciosas.

En cambio, traer a los necesitados los benditos consuelos de Dios, es algo que sólo pueden hacer quienes viven cerca de Dios y son realmente enviados por Él, como vasos maduros y aprobados.

Judas y Silas respondían a esta categoría, siendo, como se nos dice en Los Hechos 15:22 “*varones principales entre los hermanos.*”

Con su ministración sana y muy rica, supieron traer esa bendita consolación de lo alto que restaura la confianza y disipa las dudas y temores.

Pero además de eso – consolarlos – leemos que también *confirmaron* a los hermanos, de manera que quedaron sólidamente arraigados y afirmados.

Para ello no se valieron de medios tales como la psicoterapia, la psicología pastoral, u otros, tan en boga en algunos círculos hoy día.

En cambio, esgrimieron el arma que Jesús mismo había empleado y que había prometido dar a los Suyos.

“*porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan.*” (Lucas 21:15)

En el original griego, en Los Hechos 15:32 citado más arriba, en vez de “*con abundancia de palabras*” como pone la revisión de 1960 de la traducción de Casiodoro de Reina, lo que dice literalmente es “*con mucha palabra.*”

¡Cuán acertada la lógica – sencilla y clara - de usar el singular y no el plural!

Hay tantas palabras hoy día: la del político, el intelectual, el periodista, el psicólogo, el psiquiatra, el filósofo, el sabio de este mundo, etc.

Sin desmerecer el valor relativo que cada una de ellas puede tener, aplicada a su esfera particular, a los fines nuestros – los valores espirituales y eternos de Dios – sólo hay una palabra: la que viene auténticamente de lo alto, traída por varones llenos del Espíritu.

Y en ese singular de esa *única* palabra, siempre cabe una rica abundancia, pero no la propia de quien sea locuaz, docto o elocuente, sino de quien tiene el corazón lleno de Dios, y de Sus verdades contundentes y maravillosas.

Silas y Judas Barsabás eran, sin duda, de esa clase de siervos, y, como ya hemos visto, su ministerio fue sumamente beneficioso, sirviendo para sanear la situación y restaurar la confianza y el buen ánimo de los hermanos.

En esto también advertimos el buen efecto que surte oír voces nuevas, siempre y cuando, claro está, hablen en consonancia con las anteriores que se hayan oído, corroborando y reforzándolo.

Los fieles de Antioquía habían recibido anteriormente una abundante ministración de Pablo y Bernabé. En esta coyuntura, las voces nuevas de Judas Barsabás y Silas se prestaron admirablemente, llegando con mucho peso, autoridad, y también, seguramente, con mucha frescura.

A menudo las mismas verdades, pero traídas por otros con estilos y expresiones y lenguaje distintos, resultan muy refrescantes y, al mismo tiempo, muy efectivas.

Antioquía se caracterizó desde un principio por ser una iglesia que se abría con amplitud y generosidad a otros ministerios. En la hora de dar, supo desprenderse, también con generosidad, y por mandato del Espíritu Santo, de dos de sus mejores valores – Pablo y Bernabé.

Este dar y recibir – como hemos dicho, con amplitud y generosidad – es propio de toda iglesia sana y bien fundada, sin que haya para nada por parte de su liderazgo lo que tristemente se suele presentar en algunos lugares:- un aferrarse a la situación, no dando paso ni cabida a otros ministerios, que muy bien podrían ser de buena edificación y enriquecer la grey.

Unos versículos más abajo leemos:

*“Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos.”*  
(15:35)

Un nuevo hincapié, con los dos aspectos fundamentales de enseñar la palabra, para arraigar y madurar a los ya convertidos, y anunciar el evangelio, siempre con la expectativa de que se conviertan nuevas almas.

Esta doble función la desempeñaron no sólo Pablo y Bernabé, sino también muchos otros, lo cual refuerza todavía más lo que venimos diciendo.

En suma, que esta iglesia en Antioquía de Siria, estaba ricamente dotada y muy favorecida por todo el abundante caudal que el Señor derramó sobre ella a través de tantos grandes siervos.

Era también la puerta de salida de cada viaje misionero que emprendía Pablo, y la de entrada a su regreso. Él siempre salió encomendado por ella a la gracia del Señor, y al retornar daba cuenta de cómo le había ido y de los muchos milagros y bendiciones con que Dios había honrado sus labores.

Todo esto nos presenta los lineamientos limpios y claros que deben caracterizar la vida eclesial, ministerial y la labor misionera.

Sobre esto último habremos de extendernos en capítulos posteriores, al estudiar los viajes misioneros de Pablo.

Aun cuando indudablemente se podría agregar bastante más, nos damos por satisfechos con esto, resumiendo que por todo lo que hemos visto, Antioquía constituye un modelo precioso que el Señor nos ha legado como ejemplo, para nuestra guía, instrucción y edificación.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 10 – Bernabé, el varón bueno y lleno del Espíritu Santo**

En nuestro estudio y análisis de las fuentes prístinas que se nos presentan en las Escrituras, debemos también dar lugar a la consideración de las virtudes y el calibre espiritual de los siervos de Dios de aquella época.

No cabe duda de que las bases y principios establecidos por Dios en el patrón bíblico que nos ha dado, para que puedan funcionar satisfactoriamente, necesitan el complemento de siervos dignos, *realmente levantados y equipados por el Espíritu Santo*.

Esto bien puede tener la apariencia de una perogrullada, pues con razón alguien podría preguntar:

¿Pero es que acaso, esas bases y principios del Espíritu Santo, podrán ser implementados y administrados por hombres y mujeres cuyo talante, y cuyas virtudes, no guarden una buena relación con ellos?

La respuesta es – por supuesto que no.

Sin embargo, tenemos presente algún caso en que los principios bíblicos han sido presentados y examinados de forma bastante correcta y acertada. No obstante, se lo hizo en el contexto de hombres y mujeres que, con ser muy sinceros y de testimonio limpio y ejemplar, no tenían, no obstante, ese soplo y esa gracia indefinibles del Espíritu Santo, para poder traducir a la experiencia práctica todo ese caudal de buena enseñanza.

A la postre, el resultado fue tener una teoría muy sana y correcta, pero que, lamentablemente, no se cristalizó en el terreno de la experiencia vivida.

La figura de Bernabé, se presta muy adecuadamente para delinear el carácter y el calibre que ha de esperarse de siervos a quienes Dios habrá de levantar, para una obra encarrilada de verdad en la línea del Espíritu y de las Escrituras.

La primera mención que tenemos de él nos da un buen punto de apoyo para empezar.

*“Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido es, Hijo de consolación), levita, natural de Chipre, como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles.”* (Los Hechos 4:36-37)

Significativamente, esto se consigna inmediatamente antes de la narración de lo sucedido con Ananías y Safira.

En muchísimas ocasiones, para enseñarnos y alertarnos, en la Biblia Dios se vale del contraste. El mismo se presta idealmente para esos fines.

Aquí tenemos un ejemplo de noble desprendimiento y transparencia, en abierta contraposición con el engaño y la hipocresía que aparecen en la continuación del texto bíblico.

Siendo el amor al dinero una raíz de todos los males, según 1ª. Timoteo 6:10, tenemos aquí a un varón que, enseñado por el Espíritu unos buenos años antes que Pablo le escribiese esas palabras a Timoteo, se encamina en sentido diametralmente opuesto.

En efecto: en vez de codiciarlo y guardarlo para sí mismo, generosamente se desprende de él y lo pone a los pies de los apóstoles. Provieniendo el dinero de una heredad que él poseía, podemos decir que, al hacer lo que hizo, Bernabé voluntariamente se desheredó a sí mismo.

No en vano se nos consigna que era levita. Como bien sabemos, o tal vez mejor, como debiéramos saber, los levitas no tenían parte ni heredad en Israel – el Señor era su heredad. (Ver Deuteronomio 18:1-2, etc.)

Con esta acción y con este paso que dio, se constituyó en un levita, no meramente de sangre, sino en uno que de verdad renunció deliberadamente a lo terrenal, para poder abrazar de lleno las cosas sagradas y eternas de Dios como su dichosa heredad.

De paso, agradecemos mucho al Señor que, unos buenos años ha, nos haya puesto el mismo ánimo de tener en poco una carrera, los bienes y posesiones materiales y la prosperidad con que contábamos, para dárselo todo a Él y a Su obra. Así, tuvimos desde entonces la enorme dicha de ser levitas espirituales, con el alto honor y privilegio de poder brindarnos de lleno a los valores imperecederos y eternos del Señor.

Algo así como unos cinco años atrás, alguien nos preguntó si no nos lamentábamos de habernos despedido de esa forma de todo lo material que teníamos.

Nuestra respuesta fue un no rotundo. Además de encargarse de que nunca nos falte cosa alguna, el Señor a lo largo de los varios decenios transcurridos, con Su fidelidad y grande amor, ha sido de verdad la dichosa porción de nuestra vida.

A menudo las palabras de David en el Salmo 16:5-6 han tenido un eco profundo en nuestro fuero interno.

*“El Señor es la porción de mi herencia y mi copa;*

*Tú sustentas mi suerte.*

*Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos,*

*Y es hermosa la heredad que me ha tocado.”*

Es posible que Bernabé, y seguramente muchos otros de la misma estirpe, también se hayan hecho eco de estas hermosas palabras de David, con la más íntima satisfacción.

En las Escrituras, el cambio de nombre es casi siempre algo que encierra puntos de importancia y cosas muy suculentas.

Este caso de José, cambiado por Bernabé por los apóstoles, nos ayuda a identificar una faceta muy preciosa de su carácter, a la par que

nos señala proféticamente algo que iba a estar muy latente en su trayectoria, a saber, el ministerio de la consolación.

El significado del nombre que nos da Lucas – *Hijo de consolación* – nos habla de un varón nacido espiritualmente de los consuelos divinos, con toda la ternura, gracia y bondad que los caracterizan.

Esto iba a ser sin duda algo que lo iba a distinguir en toda su trayectoria, y sobre lo cual habremos de extendernos más dentro de poco.

La siguiente oportunidad en que se lo menciona está en Los Hechos 9.27

*“Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús.”*

Aquí nos encontramos con que, otra vez, el Señor había hecho algo que por cierto no entraba en los cálculos de los apóstoles.

Saulo de Tarso había perseguido con tanta saña y crueldad a los creyentes, que, al tratar después de su conversión de juntarse con ellos, le tenían miedo. Seguramente pensaban que era un ardid para apresarlos y tratar de hacerlos renegar de su fe, como había hecho reiteradamente en el pasado.

Sin embargo, Bernabé estaba bien enterado de lo que en realidad le había pasado – ese encuentro tan maravilloso con el Señor que había tenido en el camino a Damasco, y la transformación radical que se había operado en su vida.

No sabemos cómo Bernabé sabía tan bien esto, mientras que todo indica que los demás lo ignoraban.

Lo cierto es que, haciendo gala de un precioso espíritu de amor y unidad, hizo de puente para unirlos con los que ahora de hecho eran sus hermanos, disipando con su testimonio fiable y veraz todo el temor y recelo que albergaban en sus corazones.

¡Cuánta falta hacen en el cuerpo de Cristo varones de ese espíritu! - los que, sin ninguna segunda intención, de puro amor y sin buscar nada para sí, sirven de puente de unión entre preciosos siervos, distanciados entre sí por malentendidos, desencuentros y tantas otras cosas que el enemigo usa para enfrentar, enemistar y separarlos.

Ahora pasamos otra vez a la coyuntura en que Bernabé fue enviado a Antioquía por la iglesia de Jerusalén, seguramente, como dijimos antes, para cerciorarse bien de lo que estaba aconteciendo.

Después de contarnos cómo él se había regocijado, y animado a todos a que con propósito de corazón perseverasen en ser fieles al Señor, Lucas nos da en el versículo siguiente tres hermosas pinceladas de su persona y de su carácter.

*“Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe...”*  
(11:24)

Nos encantan estas palabras. En primer lugar nos hacen pensar en un hombre entrañable y bondadoso – un osito Panda, por así decirlo – lleno de cariño y nobleza, totalmente incapaz de jugarle una mala pasada a nadie, y que a poco de estar a su lado, nos haría sentir el calor de su cariño y amor fraternal.

Jesús dijo en una oportunidad:

*“Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.”* (Marcos 10:18)

En otra ocasión dijo:

*“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno...”* (Lucas 6:45)

Hilando las dos sentencias del Maestro, interpretamos que la verdadera bondad sólo se encuentra en Dios. No obstante, el varón – o la mujer – que vive cerca de Él, en comunión asidua y anhelante, absorbe casi insensiblemente, gota a gota, día a día, diríamos, esa

bondad divina, y bien pronto comenzará a ser bueno o buena, así como Dios lo es.

Tal el caso del amado Bernabé, y de muchos y muchas de su misma estirpe, transformados por la gracia exquisita del Espíritu del Dios viviente.

Entre los que hemos podido conocer, nos viene al recuerdo un querido anciano de una iglesia madrileña, que falleció hace unos diez años. Antes de convertirse era de una fuerte tendencia política, y solía llevar encima una pistola, por si tuviera algún altercado con alguien.

Los que lo tratamos de cerca, si no se nos hubiera dicho nada en cuanto a su pasado, jamás lo habríamos imaginado. Su tierna bondad, su humildad y su carácter afable y apacible, eran tales, que hacían que fuese impensable que en una etapa anterior haya sido tan distinto – casi un hombre peligroso.

Sólo el milagro de ser una nueva criatura en Cristo Jesús, puede operar tan tamaña y preciosa transformación.

Seguidamente se lo describe como un varón *“lleno del Espíritu Santo”*. Más de una vez nos hemos preguntado cuándo por primera vez había recibido la plenitud del Espíritu.

No es posible precisararlo con exactitud, pero a grosso modo estimamos que debe haber sido entre tres y cinco años antes – tal vez más.

Usando la imaginación, como lo solemos hacer, pensamos en algún hermano entrañable en la fe que lo conoció desde un principio en Jerusalén, pero que más tarde perdió el contacto con él con motivo de la persecución.

Por fin, después de varios años se encuentra con otro hermano que regresa de Antioquía, y que trae noticias de lo que ha estado ocurriendo allá. Al oír que lo ha visto a Bernabé, pregunta con inquietud y preocupación sobre él, tal vez temiendo que el fuego y empuje inicial que tenía en un principio hayan menguado, como lamentablemente sucede con algunos tan a menudo.

Mas la respuesta es clara y rotunda:

“Nada de eso, querido hermano. Está más lleno de Dios que nunca, y es una gloria oírlo hablar con un fuego, un amor y una gracia todavía mayores que cuando le viste hace unos años.”

Con esto, queremos subrayar que la plenitud del Espíritu es una experiencia, por una parte repetible, pero por la otra, también retenible. Y esto es de suma importancia, pues, como ya inferimos, algunos después de haberla conocido han caído más tarde en un decaimiento espiritual, quedando tristemente como tan solo un pálido reflejo de lo que fueron antes.

Que no seas tú uno de ellos, caro lector. Con todo, si, desafortunadamente, esto te ha acontecido, busca al Señor con toda solicitud y diligencia para que te restaure esa gracia que has perdido.

Recuerda lo que un famoso general dijo a sus tropas al pasarles revista:

“Serás lo que debes ser, o si no, no serás nada.”

Cobra ánimo de la promesa de Isaías 42:3

*“No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare...”*

Temblorosamente arrepentido por aquello en que le puedes haber desobedecido y fallado, preséntale tu pábilo humeante con humildad y fe, y también con perseverante persistencia.

Verás que con amor te enviará, en respuesta a tu súplica diligente, el suave soplo de Su Espíritu, que habrá de comenzar a reavivar en tu corazón la llama del amor y la fe, hasta que vuelvas a arder con el fuego divino como antes, y tal vez más aun.

En tercer y último lugar, aunque no en importancia, se nos dice que era un varón *“lleno de fe.”* Es decir que para él no cabían ni la duda ni la incredulidad. Su hablar no sólo destilaba amor y bondad

entrañable, sino también convicción y plena confianza, y quienes le escuchaban, seguramente que recibirían a través del Espíritu Santo del cual estaba impregnado, una fuerte comunicación de esas tres gracias.

Aunque adelantándonos un poco, consignamos algo que viene muy al caso y que se nos consigna en el relato de su primer viaje misionero con Pablo.

*“Aconteció en Iconio que entraron juntos en la sinagoga de los judíos, y hablaron de tal manera que creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos.”* (Los Hechos 14:1)

Muchos de sus oyentes posiblemente nunca habían oído el nombre de Jesús, ni nada acerca de Él. Otros tal vez habían oído malos informes, así como los romanos que fueron a escuchar a Pablo muchos años más tarde. (Ver Los Hechos 28:22) y tantos otros en tantas partes, por esa malicia del enemigo que tergiversa las cosas y hace que se calumnie a los santos.

Sin embargo, el tono de voz, el fuego que había en los corazones de Bernabé y Pablo, y la convicción y seguridad absoluta que irradiaban, surtieron tal efecto, que una gran multitud, tanto de judíos como de griegos, creyó y se convirtió al Señor.

¡Bendita gracia de lo alto! El Señor nos la conceda a nosotros también, para que en estos tiempos de tanta incredulidad y escepticismo, podamos tener un hablar de las sagradas cosas de Dios que infunda una fe viva y real.

Como contraste, recordamos que hace unos buenos años, en una campaña evangelística que tuvo lugar en el Levante de España, usándose para ello una carpa gigante, fueron invitados a predicar varios oradores de distintos lugares de la península ibérica.

Uno de ellos recibió la invitación en base a que era un expositor muy docto de las Escrituras. Sin embargo, su disertación, aunque de sana y bien ordenada ortodoxia, no convenció para nada a una persona inconversa que había asistido.

Al final de la reunión, dirigiéndose al hermano que lo había invitado y llevado, preguntó:

“Pero ese hombre ¿de verdad cree lo que está diciendo?”

Dios nos libre de una teología bíblica correcta, pero desprovista de ese ingrediente fundamental de la fe, sin la cual es imposible agradar a Dios. (Hebreos 11:6)

No descartamos, sino que valoramos plenamente lo primero, pero – eso sí – debidamente acompañado por lo segundo.

#### *En busca de Pablo.-*

*“Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía.”* (11:25)

Este versículo tan escueto encierra todo un cúmulo de hermosos indicios de la persona y el carácter de Bernabé.

Alguien ha dicho que:

“La ausencia hace al amor, lo que el viento al fuego;

Apaga el pequeño y enciende y aviva el grande.”

Bernabé y Saulo, como todavía se lo llamaba, estaban indudablemente hermanados por un profundo amor fraternal desde que se conocieron en Jerusalén, tras la conversión del segundo.

La forma en que Bernabé se relacionó con él y le trajo a los demás, que dudaban de su sinceridad y le temían, tiene que haber servido para cimentar ese entrañable amor fraternal.

No obstante, la relación se interrumpió cuando los griegos que oían a Pablo predicar a Cristo con tanto denuedo, intentaban matarlo, y los discípulos tomaron la decisión de llevarlo a Cesarea y enviarlo de allí a Tarso.

Sin duda que ese tiempo en que estuvieron separados, hizo que Bernabé lo echase de menos. Encontrándose ahora en esta nueva y hermosa situación en Antioquía, sintió que debía ir a Tarso a buscarlo y traerlo.

Tengamos en cuenta que muy probablemente Pablo había compartido con Bernabé en Jerusalén la palabra que él había recibido del Señor de que Él lo enviaría a los gentiles. (Los Hechos 22:21)

Así, al saber de ese llamamiento, y al encontrarse en medio de la flamante iglesia gentil en Antioquía, supo a ciencia cierta que Pablo era una pieza clave que el Señor quería colocar en la misma.

También tenemos que considerar la afortunada y bendita situación en que Bernabé se encontraba. Dentro de esa nueva iglesia, su figura seguramente sobresalía por encima de los demás directivos, por sus quilates, experiencia y procedencia de la iglesia madre en Jerusalén.

Muy bien se podría haber establecido como el protagonista principal. Otro en lugar suyo, podría ver en Pablo un rival en potencia, que tal vez con el tiempo pudiera igualarlo y aun desplazarlo de ese lugar de primacía. Por lo tanto, la idea de ir a buscarlo no entraría ni remotamente en sus deseos y planes.

Pero Bernabé no sabía nada de esos razonamientos, y con gran nobleza emprendió el largo viaje de Antioquía a Tarso, donde sabía que estaba Pablo.

Estimamos que la distancia sería de unos 300 kilómetros aproximadamente, recorridos no en avión o automóvil, sino en parte a pie, y en parte tal vez en camello o borrico.

Tarso era una ciudad grande, pero buscándole, le halló.

Bien podemos suponer el entusiasmo con que Bernabé le habrá contado la maravilla que estaba aconteciendo en Antioquía, instándole a que fuera con él, que allí tendría un papel muy importante que desempeñar.

Pablo no se hizo rogar, y así partieron de Tarso a Antioquía – un viaje de unos 300 kilómetros como ya dijimos – pero para Bernabé había que sumar los 300 de la ida – es decir 600 en total.

Fue un sacrificio noble de un varón que entendía los tiempos y los designios de Dios, y que amaba desinteresadamente a Pablo, de quien iba a ser compañero y camarada entrañable en su épico primer viaje misionero.

*“Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente.” (11:25)*

Logrado un crecimiento numérico considerable, ahora era el tiempo de consolidar a los discípulos, arraigándolos sólidamente en las verdades del evangelio y la vida cristiana.

Para esa tarea tan importante, seguramente que Bernabé encontró en Pablo en ese período de tiempo el complemento ideal.

Anteriormente había discernido por el Espíritu que faltaba una pieza clave, y había que buscarla y traerla a toda costa. Ahora veía y comprobaba que su percepción había sido muy acertada, y Pablo encajaba perfectamente en Antioquía.

El próximo episodio que se nos relata es el viaje de ambos – Bernabé y Pablo – para llevar la ofrenda a los hermanos necesitados en Judea, con motivo de la profecía de Agabo que predecía que iba a haber un gran hambre. (11:27-30)

Cumplido este servicio, regresaron de Jerusalén a Antioquía después de no mucho tiempo, acompañados por Juan, que tenía por sobrenombre Marcos.

Reincorporados a la iglesia, se unen sin demora a los otros varones principales de la misma, para darse de lleno a la labor de ministrar al Señor con ayuno.

Es entonces que el Espíritu Santo sella esa estrecha relación entre ambos, significando a ese colectivo de ministerios que ellos dos debían ser apartados para la obra a la cual Él los llamaba.

Sobre este punto particular nos ocuparemos en detalle al tratar específicamente los viajes misioneros. Mas continuando con el perfil de Bernabé, debemos aquí señalar dos aspectos más sobre su personalidad.

El primero es el que lo muestra a esta altura como el que toma la iniciativa, optando – posiblemente dirigido por el Espíritu – por empezar la labor misionera en la isla de Chipre, su tierra natal.

El segundo tiene que ver con Juan Marcos. Al final del versículo 5 se nos dice:

*“Tenían también a Juan de ayudante.”* (13:5)

Al anunciar el llamamiento, el Espíritu nombró a Bernabé y Saulo, pero no a Juan Marcos. No es muy aventurado ni rebuscado colegir que esto haya sido también por iniciativa de Bernabé, visto su vínculo de sangre con él, (ver Colosenses 4:10) y seguramente el deseo de que pudiera serles útil como ayudante, y al mismo tiempo, que se pudiese foguear en el ministerio.

Tal vez estemos hilando bastante fino en esto, pero creemos que fue su carácter entrañable y afectivo lo que lo movió a tomar estas dos decisiones.

A la primera – empezar por Chipre, de donde él era oriundo – tal vez no se la pueda objetar con mayor fundamento, si bien, por lo que sabemos, los resultados en la isla no fueron de la misma envergadura que en el resto del viaje.

En cuanto a la segunda, nuestra opinión es que fue dictada por una razón afectiva, y desprovista del grano puro de lo que de veras viene de lo alto.

Los hechos posteriores confirman esta conjetura, pues se vio a las claras que Juan Marcos no estaba lo suficientemente maduro ni capacitado. En Panfilia abandonó a Bernabé y Pablo, y regresó, pero no a Antioquía de donde habían partido, sino a Jerusalén.

Esta primer expedición misionera emprendida por Bernabé y Pablo fue realmente épica, y siempre nos ha resultado de mucha inspiración el leerla, cosa que hemos hechos repetidas veces con el correr de los años.

Entre otras cosas, quizá sobresalga la referencia a ambos que se hace en la carta apostólica emanada del concilio de Jerusalén, que se nos narra en Los Hechos 15.

*“...nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.”* (15:25-26)

Otro rasgo singular y que habla con peso contundente del valor y la entereza de Bernabé, y desde luego, de Pablo también.

Sobre el viaje en sí y sus muchos incidentes y pormenores, con la enseñanza e inspiración que contienen, hemos de explayarnos más adelante, al tratarlo específicamente, junto con el segundo y tercero de Pablo.

Pero ahora pasamos a un punto posterior. Terminado el primer viaje, y después del concilio de Jerusalén y el regreso de Pablo y Bernabé a Antioquía, pasado un tiempo Pablo le expresó a Bernabé su deseo de visitar a los hermanos en las ciudades en que habían anunciado el evangelio, para ver cómo estaban.

Al proponer Bernabé que los acompañase otra vez Juan Marcos, como bien sabemos, Pablo no lo veía bien y se suscitó un desacuerdo tan fuerte que se separaron el uno del otro.

Esta fue la primera ruptura de que tenemos registro en los anales del cristianismo, y por cierto que comentarla siempre nos trae bastante tristeza.

Eran dos varones llenos del Espíritu (ver Los Hechos 11:24, 9:17 y 13:9) que se habían amado de verdad, y habían sido unidos por el Espíritu Santo para una obra particular, en la que habían compartido jornadas inolvidables.

Sin embargo, en esa coyuntura crucial ninguno de los dos quiso ceder, y lamentablemente se separaron, quizá para no volver a verse más. Con todo, debemos conceptuarlos *no como enemistados*, sino distanciados, con motivo de sus criterios opuestos sobre un punto que para ambos era de suma importancia.

En nuestro libro “Hora de Volver a Dios”, en el capítulo III de la segunda parte, titulado “Juan Marcos y Demas – un contraste a tenerse muy en cuenta”, hemos expuesto en detalle nuestro punto de vista de que en ese desacuerdo, Pablo era el que tenía razón, si bien la forma en que ambos actuaron en la disyuntiva, pudo y debió ser más espiritual y prudente.

Con esto queremos decir que, al advertir el fuerte desacuerdo en que estaban, debieron hacer un alto en el camino, y buscar saber en oración, incluso con ayuno, cuál era la voluntad del Señor en el tema.

Y aquí, siguiendo con el hilo del perfil de Bernabé, señalamos un punto delicado que merece nuestra atención.

Creemos que el vínculo de sangre con Juan Marcos y su disposición de hombre entrañable y lleno de bondad, fueron el motivo que lo indujo a querer llevar a Juan Marcos, y no entristecerlo o herirlo dejándolo atrás.

Tengamos en cuenta que, de haber continuado con Pablo y Bernabé en el primer viaje, las feroces persecuciones que enfrentaron en Antioquía de Pisidia, Iconio y Listra, habrían sido demasiado fuertes para Juan Marcos – no creemos que las hubiera podido sobrellevar.

Sentimos lo mismo en cuanto a las tal vez más violentas del segundo viaje misionero, que tuvieron lugar en Filipos, Tesalónica y Berea.

Redondeamos diciendo que la bondad y el amor entrañable deben ir de la mano de la verdad, la justicia y lo que es la genuina voluntad de Dios. Cuando por el factor afectivo de no querer ofender o entristecer a alguien, se consiente algo que no es lo verdaderamente correcto, se pasa, tal vez inconscientemente, a un amor falso, que a la larga traerá perjuicios y no beneficios, tanto al que otorga como al que recibe el consentimiento.

Debemos buscar, pues, que el Señor nos ayude siempre a equilibrar lo uno con lo otro, y cuando de veras hay que decir que no, no dejar de hacerlo por no ofender o entristecer a alguien.

Después de la separación poco sabemos de Bernabé, si bien podemos hacer algunas conjeturas razonablemente bien fundadas.

Lo primero que hizo fue tomar a Marcos y navegar otra vez a Chipre.

Las únicas referencias posteriores están en 1ª. Corintios 9:6 y Colosenses 4:10.

Nos parece muy razonable afirmar que, además de continuar su labor misionera de anunciar el evangelio y enseñar la palabra de Dios a los creyentes, se encontró con la necesidad de restaurar a Juan Marcos, que seguramente se encontraría traumatizado, y tal vez hasta maltrecho, al ser rechazado por un hombre del peso y la talla del apóstol Pablo.

Sobre esto hemos comentado con bastante extensión en el capítulo ya citado de “Hora de Volver a Dios.”

Por Colosenses 4:10 y también 2ª. Timoteo 4:11, sabemos a ciencia cierta que Juan Marcos alcanzó un grado de madurez y responsabilidad, que motivaron que Pablo lo considerase útil para él en el ministerio.

Sin duda, esto se debe haber debido, por lo menos en gran parte, a la labor sabia y perseverante de Bernabé para ayudarlo a ser estable y responsable, de manera que se pudiese confiar en él como un siervo digno, que no volvería a defraudar a sus consiervos abandonándolos.

Si nos ceñimos a las Escrituras, no podemos avanzar más en la trayectoria de Bernabé.

Como señalamos antes, lo último que se nos dice de él es que navegó con Marcos por su cuenta, por así decirlo, sin ser encomendado por la iglesia, como lo hizo Pablo al partir con Silas. A partir de ahí el relato de Lucas lo deja de lado por completo.

Esto nos da una nota algo opaca, pero justo es mencionar que no hay en ella nada que manche o enturbie el testimonio en sí de Bernabé, ni de su limpia persona. Más bien se trata de una bifurcación en el camino de él y Pablo, por la diferencia de criterios ya comentada.

Por todo lo demás, y la excelencia de las virtudes desplegadas en su hermosa y brillante trayectoria anterior, la figura de Bernabé queda firmemente en pie como la de un siervo insigne y ejemplar, digno de ser emulado.

----- ( ) -----

### **CAPÍTULO 11 – Los viajes misioneros de Pablo (1)**

Ahora pasamos a comentar los viajes misioneros de Pablo. Como el primero de ellos fue con Bernabé, algunas de las cosas que iremos diciendo en este capítulo se entrelazan y superponen con lo ya dicho en el anterior, pero confiamos que no resultarán repetitivas. Antes bien, podrán tratarse de las mismas cosas, pero vistas desde una perspectiva distinta.

Lo primero que debemos señalar es el hecho de que ese primer viaje misionero fue algo emanado de lo alto. No se trataba de un deseo particular de algunos, ni de una visión o programación del cuerpo de profetas y maestros que había en Antioquía, con la mira de propagar el evangelio.

Ese cuerpo ministerial se encontraba abocado a la tarea, sagrada y muy dichosa por cierto, de *ministrar al Señor*.

Conceptuamos que esto significa que estaban alabando y expresando su gratitud al Señor, como así también adorándole, y al mismo tiempo inquiriendo de Él cuál sería Su voluntad. De ningún modo podemos concebir que le estuvieran presentando un plan de acción ya elaborado por ellos mismos.

Y toda esa actividad, que podríamos calificar de *entrar en el sacerdocio en profundidad*, la reforzaban con ayuno, para asegurarse de que sus facultades espirituales estuvieran totalmente despejadas, y al mismo tiempo agudizadas, para percibir el silbo apacible de la voz divina.

Un terreno ideal, como vemos, que se prestaba a las mil maravillas para que el Espíritu Santo pudiese tener plena libertad de acción.

Digamos también que esto guardaba una estrecha concordancia con los albores de la iglesia primitiva en Jerusalén, en la cual el señorío del Espíritu se había manifestado claramente desde un principio.

¡Qué marcado contraste con mucho de lo que se ve en el cristianismo de hoy en día!

En muchas partes, todo o casi todo está tan programado, esquematizado, reglamentado, estructurado y hasta mecanizado, que el Espíritu se debe sentir excluido, y casi ni siquiera necesitado, excepto para responder a la oración que toda esa actividad brotada de la mente humana, reciba el sello aprobatorio de Su bendición.

El despacho pastoral con todos los archivos y ficheros minuciosamente ordenados; el organigrama, el plan de acción inmediato, a corto y a largo plazo; el ordenador cargado con una vasta programación de lo más avanzado en hermenéutica, exegética, homilética, exposición bíblica, psicología pastoral, psicoterapia, y un sin fin de renglones afines... en fin, todo eso y a veces mucho más.

No hemos de ser estrechos y desechar el buen uso y provecho que se pueden derivar de un buen número de adelantos tecnológicos. Bien empleados, evidentemente pueden ser útiles y eficaces, pero *nunca debieran convertirse en sustitutos de esas columnas inamovibles que Dios ha establecido tan claramente en Su palabra.*

Nos tememos que en no pocos casos es eso lo que sucede.

Aunque parezca innecesario para algunos, citamos tres de las principales columnas, a saber: la oración con búsqueda asidua y diligente de la voluntad de Dios, en vez de la elaboración de nuestros propios planes; el estudio personal con avidez y esmero de la maravillosa herramienta de trabajo que el Señor nos ha dado – las Sagradas Escrituras; y una dependencia sencilla, humilde y real del

Espíritu de Dios para todo, con la convicción clarísima de que sólo lo que nace de Él y lleva el hálito de Su inspiración y Su unción santa, puede reportar resultados auténticos y duraderos.

La imposición de manos, tras el ayuno y la oración antes de despedirlos, (13:3) denota la total identificación de la iglesia, y el apoyo absoluto de la misma con que contaban.

Esto nos da un hermoso cuadro de una iglesia regida desde lo alto, que sabe percibir la voz de Dios y obedecerla de forma consecuente y sin vacilaciones ni retaceos.

*“Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo...” (13:4)*

La pluma inspirada de Lucas nos hace ver con todo hincapié Quién disponía y ordenaba las cosas – el Espíritu Santo los había llamado a una obra concreta y precisa; Él mismo se lo hizo saber al cuerpo ministerial, y tras encomendarlos ellos (o la iglesia toda) a la gracia de Dios con oración, ayuno y la imposición de manos, el Espíritu Santo mismo los envió – es decir que salieron como genuinos enviados del Espíritu.

Por todo concepto, tenemos aquí un precioso ejemplo del reino de los cielos operando limpia y libremente, en una iglesia que se sabía dejar regir de lo alto, y que funcionaba y fluía en esa tónica tan maravillosa.

Bien podemos orar:

“Bendito Señor, danos en nuestra vida y en nuestras iglesias, la gracia y humildad necesarias para volver a esas fuentes prístinas tan puras y maravillosas.”

La primera etapa de este viaje se desarrolló en la isla de Chipre. Lo más destacado de ella que se nos narra acaeció en Pafos, en el extremo occidental de la isla.

Al oponerse el mago y falso profeta Barjesús a que el procónsul Sergio Paulo pudiese escuchar y recibir la palabra de Dios, Pablo, lleno del Espíritu, tomó cartas en el asunto.

Esta coyuntura, en la que como un detalle incidental se nos dice que Saulo también era llamado Pablo, nos marca algo de mucha importancia. En efecto: aquí comienza a insinuarse el liderazgo suyo, mientras que anteriormente, como ya lo señalamos en el capítulo anterior, los indicios son de que la iniciativa estaba de parte de Bernabé.

La dirección de un siervo dentro de un colectivo ministerial de dos o más, no contradice en absoluto el señorío del Espíritu Santo, ni conspira contra el mismo, siempre y cuando, claro está, el siervo que lidera sea un hombre lleno del Espíritu.

En Jerusalén, en el principio Pedro era el líder, levantado evidentemente por el Señor, y secundado y apoyado totalmente por Juan y los demás apóstoles.

De aquí en adelante, en lo que respecta a este viaje, el relato de Los Hechos señala a Pablo como el líder, entendiéndose que su ministerio estaba enfocado a los gentiles, siguiendo el de Pedro de cara a los judíos.

La intervención de Pablo ante el Mago Barjesús (traducido Elimas) merece unos párrafos. Lleno del Espíritu, lo reprendió con toda severidad y le hizo saber que por un tiempo quedaría ciego.

*“E inmediatamente cayeron sobre él oscuridad y tinieblas; y andando alrededor, buscaba quién le condujese de la mano.”*

*Entonces el procónsul, viendo lo que había sucedido, creyó, maravillado de la doctrina del Señor.” (13:11-12)*

Los milagros no siempre conducen a las almas a la conversión, como se ha comprobado en muchísimas ocasiones. Sin embargo, éste que nos ocupa sí que valió para ese fin.

Pero lo que llama poderosamente la atención es que el procónsul, tras ver lo sucedido, creyó maravillado de la doctrina del Señor. Es decir

que lo que más lo impactó fue la *didaje* (Griego), o sea la doctrina o enseñanza.

La misma puede haber discurrido en parte a través de lo que en un principio le hablaron Pablo y Bernabé, mientras el mago y falso profeta les resistía. Sin embargo, lo más evidente es que los términos con que Pablo lo reprendió resultaron una enseñanza contundente y además, maravillosa para él.

Debemos tener en cuenta que fueron palabras dichas por un varón lleno del Espíritu de Dios.

En primer lugar, en tono exclamativo lo denuncia como un personaje lleno de todo engaño y de toda maldad – un hijo del mismo diablo y enemigo de toda justicia.

Seguidamente, en tono interrogativo inquiriere si no ha de cesar de trastornar los caminos rectos del Señor.

Y en tercer lugar, pronuncia la solemne sentencia de que la mano de Dios estaba contra él y se quedaría ciego, cosa que quedó inmediatamente corroborada ante los ojos de todos los presentes.

¡Qué enseñanza y qué demostración palpable de la verdad, la luz y el bien, contrastados con el engaño, las tinieblas y el mal!

Ante ellas – la enseñanza y la demostración – Sergio Paulo quedó convencidísimo y creyó, realmente maravillado.

Cuando Dios de veras enseña en un trato personal con una persona, el resultado siempre ha de ser transformador y algo que deja huellas indelebles.

De Pafos navegaron a Perge de Panfilia, en la costa meridional de lo que hoy es Turquía, y donde se produjo la deserción de Juan Marcos, que ya comentamos.

De allí se internaron tierra adentro hacia el Norte, llegando a Antioquía en la provincia de Pisidia, que fue el escenario de un mover poderoso del Señor, y también de una fuerte persecución.

Al asistir a la sinagoga y ser invitados a compartir cualquier exhortación que pudieran tener para el pueblo, fue Pablo quien tomó la palabra, pronunciando la sustanciosa predicación que tenemos del versículo 16 al 41 del capítulo 13.

Como vemos, el liderazgo de Pablo se acentúa de aquí en más. No obstante, hay un factor importante que debemos tener en cuenta. Lucas no los acompañaba en este viaje, y seguramente él debe haber recogido toda la información que nos da del mismo, de boca de Pablo y a posteriori.

Cabe suponer con buen fundamento, y como una cosa natural, que Pablo recordase mejor sus propias intervenciones que las de Bernabé. Así, las de este último pueden y deben haber sido mayores que las que nos narra el relato, lo que nos ayuda a ver las cosas con quizá un mayor equilibrio en este aspecto particular de la iniciativa y el liderazgo.

El resultado de esa predicación de Pablo fue que muchos judíos y prosélitos se allegaron a los apóstoles, quienes les exhortaron a permanecer en la gracia del Señor.

Empero, más importante aun que esto fue que, al salir de la sinagoga los gentiles les rogaron que el siguiente sábado les hablasen a ellos la palabra de Dios. Y en esa ocasión se juntó casi toda la ciudad para oír el mensaje que tenían y traían.

De veras que es maravilloso cuando el Señor despierta en los corazones un vivo deseo de escuchar Su palabra. La satisfacción y el gozo de Pablo y Bernabé deben haber sido muy grandes. Estaban constatando qué bien sabía el Espíritu Santo a lo que los había llamado, y qué gran cosecha les esperaba.

*“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.”*

*“Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia.”*  
(13:48-49)

A esta altura se desató la primera fuerte persecución, y al ser expulsados, se marcharon al siguiente punto, la ciudad de Iconio, sacudiendo contra sus perseguidores el polvo de sus pies.

Se nos hace la hermosa salvedad de que los discípulos, lejos de encontrarse consternados o temerosos, estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

Ya hemos comentado en el capítulo anterior la forma en que hablaron en la sinagoga en Iconio, con esa fuerte infusión de fe, que tuvo como resultado que una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos, creyó, muchos de los cuales, según dijimos, probablemente nunca habían oído antes el evangelio ni el nombre de Jesús.

Otra vez tuvieron que enfrentar una fuerte oposición, instigada nuevamente por judíos que no creían. Sin embargo, continuaron en ese lugar por mucho tiempo.

*“Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios.”* (14:3)

Como ya hemos señalado en alguna otra oportunidad, en muchas ocasiones en que la palabra de Dios es predicada en algún lugar por primera vez, Él la autentifica y confirma con milagros, mayormente sanidades. Vemos en esto su deseo, justo y bondadoso, de asegurar a quienes no la habían oído ni conocido antes, que en verdad se trata de la auténtica y verdadera palabra de Dios.

Al intensificarse más tarde la persecución, por parte ahora no sólo de judíos y gentiles, sino también de sus gobernantes, y lanzarse todos ellos a afrentarlos y apedrearlos, se vieron precisados a huir.

Los puntos siguientes a los cuales llegaron fueron Listra y Derbe, en la provincia de Licaonia, y también se extendieron a toda la región circunvecina – *“...y allí predicaban el evangelio.”* (14:7)

No podemos menos que admirar el temple y la valentía de estos dos bizarros misioneros. Lejos de amilanarse por tanto hostilidad y el evidente peligro que corrían sus vidas, continuaban con todo valor proclamando el glorioso mensaje de salvación y vida eterna que se les había encomendado.

En Listra tuvo lugar el portentoso milagro de la sanidad del cojo de nacimiento, que nunca había andado.

La gente quedó tan impresionada, que los tomaron por dioses que habían descendido a ellos bajo la semejanza de hombres. El hecho de que a Pablo lo llamaran Mercurio, porque era el que llevaba la palabra, robustece lo que hemos venido diciendo, en el sentido de que su liderazgo se iba acentuando.

La muchedumbre hasta quiso ofrecerles sacrificios, liderada por el sacerdote de Júpiter, y con mucha dificultad lograron impedirlo, afirmando que eran hombres semejantes a ellos, y que les anunciaban que debían convertirse de sus vanidades al Dios vivo y Creador Supremo.

Otra vez se hizo sentir la feroz persecución de los judíos. Esta vez Pablo fue apedreado y arrastrado fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto.

Felizmente, la gracia y el poder del Señor volvieron a ponerse de manifiesto, y rodeado por una rueda de amor de los discípulos, se levantó, entró en la ciudad, y al día siguiente partió con Bernabé hacia el punto siguiente, la ciudad de Derbe – casi agregaríamos “fresquito como una lechuga” – como si no hubiera pasado nada.

En Derbe la labor de ambos resultó muy fructífera, pues se nos dice que hicieron muchos discípulos.

Éste fue el punto más distante de este primer viaje. De allí emprendieron el regreso, volviendo en orden inverso a las tres ciudades anteriores, sin estar intimidados ni atemorizados, siendo ellas como habían sido, escenarios de violentas persecuciones.

En el relato de este trayecto de retorno, se nos presentan dos puntos importantes, a saber, el de confirmar los ánimos de los discípulos, y el de constituir ancianos en cada iglesia que habían levantado.

Sobre el primero de ellos abundaremos más adelante, cuando, a la luz de acontecimientos posteriores, irán surgiendo consideraciones de sumo interés.

En cuanto al segundo, notemos que el número era en plural, nunca en singular, concordando con esto referencias posteriores como Los Hechos 20:17 y Tito 1:5.

*“Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos los encomendaron al Señor en quien habían creído.” (14:23)*

Por constituir ancianos, entendemos que habrían identificado a aquéllos que eran idóneos y sobre los cuales se veía que estaba la mano de Dios. De esta manera, pasarían a reconocerlos ante la iglesia respectiva como llamados a desempeñar ese cargo.

Además de esto, evidentemente habrán pasado un buen tiempo con ellos, asesorando y fortaleciéndolos, incluso con oración y ayuno, y casi seguramente la imposición de manos, ya sea en el acto público ante la iglesia, o a solas con ellos con anterioridad, o en ambas ocasiones.

Una pregunta que bien nos podemos formular a esta altura es, si este reconocimiento y constitución de ancianos, a poco tiempo de convertidos (máximo, estimamos unos pocos meses) no está en contradicción con lo que Pablo mismo establece mucho más tarde en 1ª. Timoteo 3:6

*“...no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.”*

Para sopesar mejor las cosas, tenemos que postergar el comentario sobre esto para más adelante, invitando al lector a que, entre tanto, recapacite sobre el tema.

Completada la labor confirmatoria en los tres lugares, pasaron por la provincia de Pisidia, y marchando ahora de Norte a Sur llegaron a Panfilia, predicando la palabra en Perge, para descender de ahí a Atalia, de donde navegaron a Antioquía de Siria, el punto de origen.

Con mucha razón podrían sentir la íntima satisfacción de haber dejado atrás iglesias con discípulos confirmados en la fe. Asimismo, tendrían recuerdos inolvidables de muchos momentos muy difíciles, en los cuales empero el Señor los sacó airoso, corroborando también su proclamación del evangelio con muchos milagros y señales.

El reencuentro con los consiervos y hermanos de la iglesia de Antioquía de que habían salido, seguramente que habrá sido también memorable.

Por una parte, el gozo de reunir a la iglesia y poder contarles las grandes cosas que el Señor había hecho a través de ellos. Por la otra, la gran dosis de edificación, fortaleza y consuelo que de seguro ello habrá infundido a la iglesia toda.

A esto debemos agregar la confirmación definitiva e inequívoca de que Dios había abierto de par en par la puerta de la fe a los gentiles. En ese entonces, eso constituía algo de trascendental importancia, y que sin duda habrá llenado de gozo a la iglesia entera.

En suma, este viaje les resultó a Pablo y Bernabé una experiencia riquísima y gloriosa desde todo punto de vista.

Empero, todavía les aguardaban dificultades y problemas nuevos que no esperaban. Y como hemos de ver, en el terreno de fundamentar las iglesias sólidamente y confirmar a los discípulos, todavía había bastante que aprender.

Esto y mucho más lo iremos desgranando en los capítulos venideros.

----- ( ) -----

Entre el primer y segundo viaje ocurrieron cosas de suma trascendencia, que no sólo afectaron el segundo viaje, sino que dejaron huellas y secuelas, junto con un caudal de enseñanza y advertencia para la iglesia de todos los tiempos.

Notemos que, después de compartir con la iglesia todo lo que Dios había hecho en ese primer viaje, “*se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos.*” (14:28)

Una de las muchas cosas que la experiencia nos ha enseñado, es que, en su gran malicia, el enemigo siempre busca llevar su veneno *cuanto antes* a las vidas y los lugares en los cuales el Señor ha estado obrando y bendiciendo.

El maléfico fin que persigue en esto es el de frustrar el desarrollo y crecimiento, e introducir a una etapa muy temprana cuñas diabólicas que, de ser posible desde el mismo principio, han de debilitar esa obra e impedir que logre pleno fruto y maduración.

En ese “*mucho tiempo*” en que Pablo y Bernabé se detuvieron allí con los discípulos, todos los indicios apuntan a que el maligno estaba muy activo, tramando y haciendo de las suyas. (No por eso queremos dar a entender que hicieron mal en detenerse todo ese tiempo, lo cual sin duda les sería necesario, entre otras cosas, para reponerse de semejante viaje y recuperar energías.)

Aprovechando el atrincheramiento de muchos judíos, particularmente los de la secta de los fariseos, en la circuncisión y el guardar la ley de Moisés, instigó a algunos de ellos a realizar una falsa labor misionera.

La misma consistía en inculcar la necesidad de agregar esos dos ingredientes – la circuncisión y el guardar la ley de Moisés – pues, según ellos, de no hacerlo no se podía ser salvo.

Esto era un horrible veneno y engaño, que negaba la absoluta suficiencia del sacrificio redentor de Jesucristo, y socavaba y negaba la misma esencia del evangelio de salvación por pura gracia, según ya hemos señalado anteriormente.

Si bien el versículo a que hemos hecho referencia, sólo nos habla de este proceder de los judaizantes en Antioquía de Siria, no se puede descartar que algunos de ellos ya se estaban internando en la región de Galacia, en las provincias de Pisidia y Licaonia, donde se habían levantado las iglesias de Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe en el primer viaje misionero.

Muchos sostienen – y creemos que, con buen fundamento – que la epístola a los gálatas fue escrita por Pablo antes del concilio de Jerusalén, del cual se nos da cuenta en Los Hechos 15.

De ser así, tendríamos una clara confirmación de que así había sido, lo que no nos ha de extrañar, pues sabemos bien que el malvado enemigo de Cristo y de Su iglesia no se duerme, ni pierde el tiempo ni se toma vacaciones.

Pablo y Bernabé enfrentaron a los judaizantes, estando en total desacuerdo con lo que enseñaban, y se nos dice que tuvieron una discusión y contienda no pequeña con ellos.

Se dispuso entonces que subiesen a Jerusalén ellos dos, y algunos otros con ellos, con el fin de tratar esa delicada cuestión con los apóstoles y ancianos.

En el viaje, pasando por Fenicia, el Sur de Siria y por Samaria, Pablo y Bernabé contaron la conversión de los gentiles, lo que trajo gran gozo a todos los hermanos. (15:3)

Esto último, debemos notar que estaba en abierto contraste con el efecto que surtían los judaizantes, que era el de inquietar con palabras, perturbando las almas de los discípulos (15:24). En el caso de las iglesias de Galacia, por la epístola que les escribió Pablo, sabemos que el perjuicio fue mucho mayor, quitándoles el gozo y la libertad del amor y la gracia, reduciéndolos a la esclavitud de un legalismo totalmente estéril, y en algunos casos, hasta llevándolos a morder y comerse unos a otros. (Gálatas 5:15)

El Señor nos dijo con todo énfasis que “*por sus frutos los conoceréis.*” Pocas veces han estado más en sazón estas palabras, las cuales debemos adoptar como normativas para sopesar el valor y la legitimidad de cada ministerio.

El concilio de Jerusalén en el que se dirimió el asunto, merece unos buenos párrafos.

Tras afirmar algunos de la secta de los fariseos que habían creído, que era necesario circuncidar a los gentiles y mandarles que guardasen la ley de Moisés, se produjo un intenso debate.

Después del mismo, las figuras principales – Pedro, Pablo, Bernabé y Jacobo – hicieron uso de la palabra en ese orden. Aunque expresándose en términos distintos, los cuatro concordaron totalmente en que de ninguna manera había que imponer a los gentiles ese pesado yugo.

Como sabemos, finalmente la propuesta de Jacobo de que solamente se debían apartar de fornicación, de las contaminaciones de los ídolos, de ahogado y de sangre, tuvo plena aprobación.

La carta en que se comunicó esto resulta sumamente suculenta y aleccionadora. Lo que más resalta es la afirmación:

“*Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias.*” (15:28)

Vemos con sumo agrado la forma en que todavía estaba presente y latente en medio de ellos la persona y el señorío del Espíritu Santo.

Digamos que muchas veces – aunque no siempre – cuando hay situaciones con criterios opuestos, lo mejor es – previa oración y búsqueda del Señor – hablar las cosas cara a cara, a la luz de la presencia divina y en amor.

Habiendo sinceridad de las dos partes en discrepancia, muy bien puede alcanzarse un consenso que lleve a un acuerdo para continuar en unidad. En el mismo, en realidad es el Espíritu Santo Quien está estableciendo Su señorío y la voluntad de Dios.

Dos párrafos más arriba hemos puesto “aunque no siempre”, porque desde luego que hay situaciones en que el acuerdo no se logra, como lamentablemente sucedió más tarde con Pablo y Bernabé en cuanto a Juan Marcos.

También debemos tener presente el hecho muy importante de que, para robustecer el mensaje de la carta y evitar toda duda o suspicacia, se dispuso que dos varones principales de la iglesia de Jerusalén – Judas Barsabás y Silas - acompañasen a Pablo y Bernabé en su regreso a Antioquía.

Por razones obvias, mucho menos sabio habría sido enviar la carta solamente por intermedio de Pablo y Bernabé.

Ya hemos visto en un capítulo anterior el regocijo y la consolación que trajo la carta al ser leída en Antioquía.

Al mismo tiempo, aprovechando la presencia de Judas Barsabás y Silas, se les dio la oportunidad de ministrar la palabra. Siendo ambos profetas, y de muchos quilates, tuvieron una aportación muy valiosa y provechosa, que, como ya hemos visto con anterioridad, sirvió no sólo para consolar, sino también para confirmar a los hermanos. (15:32)

¡Cuanto nos habla el comprobar que de esa iglesia madre de Jerusalén, amén de los doce apóstoles, y hombres como Esteban y Bernabé, podían salir también otros del calibre de Silas y Judas Barsabás, *varones principales entre los hermanos*, con un caudal tan rico, abundante y variado que aportar!

Como nos señala el relato de Lucas, después de un tiempo ambos fueron despedidos en paz por los hermanos, para que pudieran retornar a Jerusalén. Sin embargo, a Silas le pareció bien permanecer en Antioquía, y en esto había una razón que evidentemente la providencia de Dios ya preveía.

Pero no nos adelantemos. A renglón seguido se nos dice que “*Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos.*” (15:35)

Aquí resaltan tres cosas, que si bien ya las hemos tocado, conviene que las reiteremos: la doble proclamación de la palabra

- 1) para enseñar, fortalecer y confirmar al pueblo de Dios y
- 2) para anunciar el evangelio de salvación para alcanzar nuevas almas.

Y ambas cosas, con el tercer ingrediente tan precioso de una rica y variada gama de siervos idóneos – “*con muchos otros*” y “*de mucha palabra*.”

¿Estaba Pedro entre esos muchos otros? ¿Fue en ese tiempo que sucedió lo que Pablo narra en Gálatas 2:11-15?

No lo podemos aseverar con total certeza, pero es posible, y tal vez probable, que así haya sido.

#### La separación de Pablo y Bernabé.-

Nos gustaría poder usar algún término más suave, y decir, por ejemplo, que a esta altura se bifurcó el camino de estos dos siervos.

No obstante, el original griego es todavía más fuerte que la traducción “*hubo tal desacuerdo entre ellos*” de nuestra versión 1960. La palabra que se emplea es “*afilada*”, lo que indica que era una diferencia de sentir muy aguda y profunda.

Fue la primera ruptura importante de la iglesia de Cristo de que tenemos constancia.

Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema, y en una obra anterior, y también en el capítulo 10 de este libro, nosotros mismos ya hemos dicho bastante.

De todas maneras, resulta triste que dos hombres unidos para la obra por el llamamiento divino, y de los cuales se nos dice expresamente que habían sido llenos del Espíritu, no pudieron seguir juntos y optaron por separarse.

¿Fue el desacuerdo en cuanto a Juan Marcos la única razón? ¿O fue más bien el detonante, que hizo explotar las cosas en una situación de cierto malestar anterior, que yacía debajo de la superficie tal vez por algún tiempo - como podría ser, el creciente aumento del liderazgo de Pablo?

No podemos saber a ciencia cierta y será más sabio y prudente no agregar más sobre esto, por lo menos, por ahora, si bien hacia el final del capítulo catorce tocaremos algo que inevitablemente se vincula con ello.

Lo cierto es que, de ahí en más, el total señorío del Espíritu, tan maravilloso, y tan claramente expresado por Lucas en el relato de todo lo anterior, comienza a resentirse.

En el comienzo del segundo viaje ya no se nos dice que fue el Espíritu Santo que escogió a través de un colectivo ministerial, sino escuetamente, que Pablo escogió a Silas para que lo acompañase. (15:40)

Bien es cierto que salieron los dos encomendados por los hermanos a la gracia del Señor, de la misma forma que en el viaje anterior. Sin embargo, la dolorosa separación de Pablo y Bernabé, indudablemente nubla en algo el panorama, que hasta entonces había sido tan límpido y brillante.

La gracia y la bondad divina se siguen manifestando, y a pesar de todo, el amor de Dios continúa fluyendo a través del ministerio de Pablo, y seguramente que también a través del de Bernabé. Pero, ese ideal en el que habían discurrido las cosas hasta entonces, ya no lo volvemos a encontrar.

Y esto es algo que a través de la historia – pasada y contemporánea - lamentablemente ha sucedido una y otra vez. En efecto: algo que de un principio nace puro y hermoso, pero de una forma u otra, la mano torpe de nosotros, los seres humanos, tarde o temprano comienza a erosionar y echar a perder esa gloria prístina tan preciosa.

Con todo, uno de los consuelos que podemos extraer es el caudal de enseñanza y advertencia que nos deja todo esto. Seamos sabios, y aprendamos no sólo de los errores propios, sino también de los ajenos.

Lo que más nos maravilla es la perseverancia infinita del Señor, que, habiendo sido contrastado por el hombre en tantas y tantas ocasiones, igualmente vuelve a irrumpir en otros lugares, con Su amor y Su gracia, con brotes nuevos y frescos de bendición y vida, sabiendo, seguramente, que en los mismos, a la larga volverá a ocurrir lo mismo.

¡Maravillosa gracia del insondable e incansable amor divino!

----- ( ) -----

### **CAPÍTULO 13 – Segundo viaje misionero de Pablo (1)**

Tras la separación de él y Bernabé, Pablo escogió a Silas, seguramente por la impresión muy favorable que le debe haber causado el oírlo dar la palabra en Antioquía, y las muchas virtudes que sin duda habrá advertido en él.

La primera meta que Pablo tenía presente para este segundo viaje, está expresada en Los Hechos 15:36:

*“Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.”*

Para ello, no se encamina por Chipre y la vía marítima, como en el primer viaje. En cambio, acompañado por Silas, opta por la vía terrestre, internándose primeramente por el Norte de Siria, para luego atravesar Cilicia.

#### Confirmando a las iglesias.-

*“...y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias.”*  
(15:41)

Antes de entrar en materia, notemos que si bien Pablo iba acompañado por Silas, Lucas emplea el singular, lo que echa de ver cómo el liderazgo de Pablo seguía en aumento. Sobre esto, volveremos más adelante, hacia el final del capítulo siguiente.

Además de la urgencia de proclamar el evangelio de salvación, él tenía muy clara la imperiosa necesidad de confirmar a los ya convertidos.

Aparte de la cita que hemos consignado más arriba, tenemos otras más que lo corroboran. Veamos dos de ellas:

*“Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.”* (16:5)

*“...salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.”* (18:23)

Esa labor confirmatoria es sin duda una parte importantísima del ministerio, que sólo pueden llevar a cabo siervos maduros y aprobados.

Para capacitarlos para la misma, el Señor necesariamente debe prepararlos y equiparlos adecuadamente. Para ello, es imperativo que sean llenos del Espíritu, y que vivan muy cerca de Dios.

Asimismo, en su vida personal seguramente deberán afrontar pruebas y dificultades, que tendrán la virtud de purificarlos y fortalecerlos a la larga, a fin de que – como siervos probados y aprobados – puedan resultar verdaderamente eficaces en esta función tan laboriosa e importante.

No son pocas las ocasiones en que la necesidad de esta labor confirmatoria se ha desatendido o subestimado. Ello ha dado lugar a que se envíe a levantar una obra nueva, y a veces también al campo misionero en otras tierras, a personas que, a la postre, no han dado la talla.

Como corolario o consecuencia natural, se han producido deserciones tristes y dolorosas, a veces con graves consecuencias.

En otros casos, quienes han levantado una iglesia en un punto determinado, quizá con la urgencia de abarcar otros puntos no evangelizados, han salido prematuramente, y la iglesia que han dejado

atrás, no estando sólidamente fundamentada y confirmada, inevitablemente ha sufrido dificultades y experimentado una franca decadencia.

Para lo primero – personas enviadas a abrir obra nueva o al campo misionero – recordar la exhortación de Pablo a Timoteo en 2ª. Timoteo 2:15

*“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.”*

Para lo segundo – dejar iglesias que se han levantado – cuidar bien de que queden bien arraigadas y que siervos maduros, preferentemente brotados de su propio seno, puedan continuar atendiéndolas debidamente.

Sin querer profundizar demasiado, tengamos en cuenta que confirmar a discípulos o iglesias, como lo hacía Pablo, es mucho más que impartir un curso de discipulado en el cual se enseñan los principales puntos de doctrina, y las directrices necesarias para el trabajo que se va a hacer.

Esta labor, como ya dijimos, sólo la pueden realizar quienes ya hayan dado pruebas de estar ellos mismos bien afirmados, y de ser estables y plenamente responsables.

Además, es totalmente imprescindible que se vea y compruebe que la mano de Dios esté sobre la vida de cada uno que se discipula, forjando su carácter y estableciéndolo firmemente en la fe.

#### Timoteo se incorpora a la expedición.-

Siguiendo viaje, y siempre abocado a esta indispensable labor confirmatoria, Pablo, acompañado por Silas, arriba a los puntos principales del primer viaje misionero, aunque en orden inverso, yendo ahora más o menos de Este a Oeste, en lugar del sentido contrario que él y Bernabé llevaban en el primer viaje.

Así fue como llegó a conocer al joven Timoteo, del cual los hermanos de Listra e Iconio daban muy buen testimonio.

Así como había reconocido en Antioquía los quilates y las virtudes de Silas, Pablo ahora reconoce en Listra el rico potencial que había en Timoteo.

*“Quiso Pablo que éste fuese con él...”* (16:3) Nótese otra vez la decidida iniciativa y liderazgo de Pablo.

Algunos han tomado esta incorporación de Timoteo a la expedición como un reconocimiento apostólico hacia su persona. Creemos que esto no fue así, y que hay sobrada evidencia en sentido contrario.

El único versículo que podría dar algún apoyo a la postura de que Timoteo era apóstol es 1ª. Tesalonicenses 2:6

*“...ni buscamos gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo.”*

Pablo escribió esta carta en nombre suyo, y de Silas y Timoteo, según el versículo inicial de la misma. Él y Silas de hecho eran apóstoles, y habría sido engorroso y de no muy buen gusto, hablando en plural como lo estaba haciendo, poner la salvedad de que ellos dos sí eran apóstoles, pero Timoteo no.

No obstante, tenemos 2ª. Corintios 1:1 y Colosenses 1:1, donde Pablo, tras presentarse a sí mismo como *“apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”* se cuida bien de no hacerlo extensivo a Timoteo, agregando en cambio *“y el hermano Timoteo.”*

Sin querer desmerecer a este último, ni desconocer sus muchas y buenas virtudes, es evidente por la tónica de las dos epístolas que Pablo le escribió – y esto, unos buenos años más tarde – que seguía siendo un joven muy necesitado de ser fortalecido y de recibir buenos consejos.

Además, resulta clarísimo que a los dos apóstoles que le acompañaron en el primer y segundo viaje misionero – Bernabé y Silas respectivamente – y a ningún otro auténtico apóstol, les hubiera escrito

en los términos en que lo hizo a Timoteo. Eso nadie lo podrá negar con buen fundamento, pues a un verdadero apóstol nadie le tiene que exhortar, por ejemplo, a que huya de las pasiones juveniles, como lo hace en 2ª. Timoteo 2:22.

El hecho de que Pablo decidió circuncidar a Timoteo – que no lo había sido por ser su padre griego – muestra cuán arraigadas estaban las costumbres y tradiciones del pueblo de Israel entre los judíos de esas regiones, y también, desde luego, en todo otro lugar.

En su recorrido por las diversas ciudades donde ya había iglesias, iban entregando las ordenanzas acordadas por los apóstoles y ancianos en el concilio de Jerusalén. (16:4)

Esto, sin duda alguna tenía una decidida virtud confirmatoria, como se desprende claramente del versículo siguiente, que ya hemos citado anteriormente, pero desde una perspectiva algo distinta.

*“Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.”*

De esta forma, se daba un rotundo mentís a los judaizantes que habían ido sembrando su equivocada y maliciosa enseñanza.

La afirmación de que, como resultado, *“las iglesias eran confirmadas en la fe y aumentaban en número cada día”* nos presenta un panorama muy halagüeño y satisfactorio.

Desmentida y desvirtuada totalmente la doctrina de los judaizantes, quedaban afirmados y fortalecidos en la gracia y las verdades que habían absorbido en un principio, y este estado espiritual tan saludable les permitía alcanzar un significativo crecimiento numérico.

De esto último se nos dice que acaecía *cada día*. ¿Podemos colegir entonces que se reunían para adorar, enseñar y anunciar el evangelio a diario, como lo hacía, por ejemplo, la iglesia primitiva de Jerusalén, según los Hechos 5:42, como ya hemos visto?

No necesariamente, aunque por cierto que tampoco se puede descartar por completo. Lo que sí es evidente, es que Dios estaba con ellos, y con reuniones todos los días, o bien solamente algunos días de la semana, la comunión vital de los santos y el testimonio del evangelio a los no convertidos, fluía a diario de una forma sana, robusta y fructífera.

#### La “agenda” de Pablo y sus compañeros.-

Al comenzar el segundo viaje, sin duda estaba en el ánimo de Pablo, como primera meta, visitar las iglesias ya existentes en Siria y Cilicia, y también las levantadas en la zona de Galacia en el primer viaje, con el fin, como ya hemos visto, de fortalecerlas y consolidarlas.

La forma en que acometió esa labor, junto con Silas que lo acompañaba, ya la hemos comentado.

Resulta de particular interés e importancia considerar ahora los pasos siguientes dados por él y sus acompañantes, recordando que además de Silas, ahora tenía consigo al joven Timoteo y también a Lucas. No sabemos en qué punto preciso este último se agregó a ellos, pero por el verbo en la primera persona del plural – *procuramos* - en el versículo 10 del capítulo 16 en que estamos, sabemos que, por lo menos a partir de Troas -y probablemente desde antes – Lucas ya estaba con ellos.

*“Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se los permitió.”* (16:6-7)

Vemos con toda claridad que no tenían un plan preconcebido – como por ejemplo, plantar mil iglesias en el territorio no evangelizado aún, de la vasta zona al Norte de donde habían llegado anteriormente.

En cambio, había una evidente dependencia del Espíritu Santo, buscando entrar en Su programa, estando ellos claramente desprovistos de un programa propio.

Esto último no suponía quedarse inertes y pasivos hasta que se les revelase adónde tenían que ir. Seguramente encomendándose en oración a la guía divina, avanzaban según la ocasión y las circunstancias se lo permitían, pero con el deseo y la fe de que el Señor les cerrase las puertas que no entraban dentro de Su voluntad, y les abriese las que correspondían a ella.

Al parecer, lo primero que consideraron fue trasladarse a la importante provincia del Asia, al Oeste de donde estaban, pero el Espíritu les indicó con toda firmeza que no debían hacerlo.

Da bastante que pensar la forma enfática en que Lucas lo consigna:

*“...les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia.”*

Quizá la inclinación de ellos en tal sentido haya sido muy fuerte, y de ahí la negativa tan categórica por parte del Espíritu.

Cabe puntualizar, de paso, que esta negativa era porque en el reloj de Dios no había llegado aún la hora para Asia, la cual, no obstante, llegó - ¡y de qué forma! - al tiempo del tercer viaje de Pablo.

Descartada Asia, que como decimos se encontraba al Oeste, y habiendo llegado a Misia, intentaron desplazarse hacia Bitinia, al Noreste, pero se encontraron con que otra vez el Espíritu les cerraba el paso.

Así las cosas, continuaron viaje en sentido contrario, hacia el Noroeste, llegando al punto final de todo ese vasto territorio – Troas, que se encontraba sobre el mar.

Fue allí que se le mostró a Pablo en visión cuál era el próximo lugar al que ellos debían ir: – Macedonia. Los tres compañeros de viaje – Silas, Timoteo y Lucas – concordaron con él y en seguida se pusieron en marcha, llegando a Filipos, la ciudad principal de Macedonia, vía Samotracia y Neápolis.

Observando el mapa, llegamos a una conclusión interesante y que nos debe, a la postre, resultar muy alentadora.

En efecto: si bien en la trayectoria previa a partir de Antioquía de Pisidia, no sabían a ciencia cierta adónde debían ir, el recorrido que siguieron en ese proceso de buscar la voluntad de Dios estaba, en general, bien encaminado hacia Troas.

De esta manera, no hubo pérdida innecesaria de tiempo, ni muchos kilómetros hechos en sentido contrario al del lugar al cual el Señor los quería llevar.

Avanzaban, como hemos dicho, seguramente encomendándose a Dios, y en ese prohibirles ir a Asia primero, y no permitirles pasar a Bitinia después, sin que ellos lo supieran, el Espíritu los estaba ciñendo a lo que puede haber sido la ruta más corta y directa, hacia lo que Él tenía por delante para ellos.

Es decir que, en esa sabia economía, en realidad no hubo ni pérdida de tiempo, ni el desperdicio de viajar muchos kilómetros innecesariamente. No estaban plenamente conscientes de ello, pero todo el tiempo estaban siendo encaminados por el rumbo correcto hacia el destino siguiente en el plan divino.

¡Qué hermoso es transitar por este camino de la fe, abandonándose a la maravillosa brújula del Espíritu Santo!

¡Cuán seguro puede estar el corazón que con toda sinceridad prescinde de la programación propia, para abrazar de lleno la divina, de la cual no quedará nunca defraudado, sino sumamente satisfecho!

Sin embargo, reiteramos que en esto no debe haber una “súper espiritualidad”, como de uno que no da un paso hasta que le sea revelado lo que debe hacer, o a dónde tiene que ir.

En cambio, valiéndose de las oportunidades que se tienen por delante, y el dictado de las circunstancias que le rodean, uno avanza en

busca de la, o las puertas que se abran, desechando al mismo tiempo las que se cierran.

Y por sobre todas las cosas, en todo esto debe haber una meta muy clara:- no el lugar más cómodo, más favorable o que uno prefiera, sino el que verdaderamente sea el de la voluntad de Dios.

Desde luego que la experiencia siempre demuestra palpablemente, que salirse de ese lugar ideal y privilegiado siempre conduce a frustraciones, dificultades y fracasos de mayor o menor magnitud, según el caso.

En su larga aunque modesta trayectoria, el autor en numerosas ocasiones se ha encontrado con que el Señor le ha desprogramado predicaciones que pensaba dar, o el ir a lugares que pensaba visitar, dándole en cambio otros temas y llevándolo a lugares distintos, a veces inesperados o nuevos. No vacila en asegurar que siempre ha sido para él un deleitoso privilegio el verse desprogramado por el Señor.

De ninguna manera cambiaría el desenvolverse de esta forma, por la rígida planificación propia, que sabe muy poco o nada de vivir y actuar en tierna dependencia del Espíritu de Dios.

----- () -----

## **CAPÍTULO 14 – Segundo viaje misionero de Pablo (2)**

### Filipos.-

La estrategia del Espíritu Santo para este viaje puede resumirse así:

- a) consolidar y confirmar las iglesias ya levantadas anteriormente, o en ocasión del primer viaje.
- b) Avanzar más allá.-

Este avanzar más allá, suponía hacer pie con el evangelio en el continente europeo, que iba a ser con el correr de los siglos, el escenario de tantas manifestaciones maravillosas del poder de Dios, con repercusiones misioneras que habrían de alcanzar a muchas de las zonas más recónditas del mundo.

Quizá fue por esa razón que para poder establecer la primera iglesia cristiana en Europa – concretamente en Filipos – Pablo y Silas tuvieron que pagar un precio tan alto. Les tocó ser “azotados mucho”, encarcelados en el calabozo más oscuro, y ser asegurados sus pies en el cepo, todo lo cual les dejó muchas heridas en sus cuerpos – lo que Pablo llama “*las marcas del Señor Jesús*” en Gálatas 6:17.

Después de la clara visión de un varón macedonio que rogaba que pasasen a Macedonia a ayudarlos, uno pensaría que el éxito les aguardaría desde el mismo día de su llegada.

Sin embargo, no fue así. Transcurrieron unos días en que intentaron encontrar la forma de poder llegar a la gente. Todo indica que en Filipos no había una sinagoga de los judíos, pero un sábado, enterados de que fuera de la puerta de la ciudad, junto al río, se solían reunir para la oración, se sentaron junto a las mujeres que allí estaban y les hablaron.

Fue en ese lugar y en esa ocasión que se produjo la primera conversión en Europa - una mujer llamada Lidia, procedente de Tiatira, pero que residía en Filipos.

Es interesante notar la manera en que Lucas lo consigna:

*“...una mujer llamada Lidia...que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.”*

*“Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó...”* etc. (Los Hechos 16:14-15)

Habiendo reseñado anteriormente en el libro los puntos principales, tales como el arrepentimiento, el haber depositado la fe en el Señor Jesucristo, el recibir el don del Espíritu Santo, etc., naturalmente no vuelve a repetirlos todos en cada nuevo caso que se presenta.

Podemos estar seguros, no obstante, que la conversión de Lidia y su familia fue plena, a pesar de la forma escueta en que se la consigna.

También tenemos que notar que en este caso, y en la mayoría o casi totalidad de los demás que tenemos en Los Hechos, el bautismo tuvo lugar prácticamente de inmediato.

No creemos que esto deba impulsarnos a hacer lo propio, bautizando en seguida al primero que haga profesión de fe. Algunos lo han intentado, con el sano fin de ajustarse a las Escrituras, pero, por lo que sabemos, en general los resultados no han sido satisfactorios ni alentadores.

Pensamos que hay dos factores que debemos tener en cuenta para sopesar este tema. Uno de ellos es que, en general, aquéllos eran tiempos de persecución, en los cuales el que manifestaba públicamente su adhesión al evangelio, se exponía al peligro, en mayor o menor grado, y por lo tanto, al no vacilar en hacerlo estaba dando un claro indicio de absoluta sinceridad.

El otro factor es que evidentemente en esa época temprana el poder del Señor estaba operando poderosa y palpablemente, y las conversiones eran, en su mayoría, claras y definidas.

Aunque el poder del Señor sigue siendo el mismo, tenemos que reconocer que actualmente son muy contadas las ocasiones en que se manifiesta de esa misma manera, tan poderosa y contundente. Por lo tanto, en general se hace aconsejable un período de espera, hasta tanto se compruebe que la conversión ha sido verídica y real, y no algo basado en un impulso o estado de ánimo momentáneo o temporal.

Por otra parte, para ser justos, debemos reconocer que, aun en la iglesia primitiva hubo algunos bautizados, que luego quedó demostrado que no eran verdaderos convertidos.

Tales los casos de Ananías y Safira, y el de Simón el Mago, este último consignado en Los Hechos 8:9-24.

Y algo más en cuanto a este pasaje bajo revista: lo que se nos puntualiza acerca de Lidia – *“que adoraba a Dios”* - apunta a una cosa importante que no debemos pasar por alto.

En esta dispensación de la gracia, la misericordia de Dios se manifiesta de muchas maneras distintas, alcanzando a menudo a los que uno menos esperaba o se imaginaba.

No obstante, los corazones de hombres como Cornelio, o mujeres como Lidia, temerosos de Dios y que, aun con su luz y entendimiento limitados, sinceramente le buscan y adoran, son casi siempre tierra muy fértil para la semilla de la palabra de Dios.

Finalmente en cuanto a Lidia, nos complace saber que en tantos lugares en distintos países, se han levantado grupos de oración e intercesión que llevan su nombre, como tributo muy merecido a la primera convertida en Europa, y que abrió su hogar con tanta generosidad para hospedar a los cuatro siervos del Señor – Pablo, Silas, Timoteo y Lucas.

Se ve que como resultado de lo anterior un buen número de hombres y mujeres se añadieron a la fe, y, por los indicios que tenemos, comenzaron a reunirse para la oración con mayor frecuencia.

Muy pronto se nos narra el caso de la muchacha que tenía un espíritu de adivinación.

Algunos podrán preguntarse por qué le desagradó a Pablo que diera voces anunciando que él y sus compañeros eran siervos del Dios Altísimo, quienes anunciaban el camino de la salvación, toda vez que eso era absoluta verdad.

Una razón era que, al estar ella involucrada directamente en el negocio turbio de adivinar la suerte, su testimonio tendería a hacerlos aparecer a ellos como vinculados de alguna manera con el mismo. Por supuesto que el deseo de Pablo y sus acompañantes, sería que no se pensase ni por un momento que ellos tenían vinculación alguna con ella ni con sus amos.

Además, el hecho de que la muchacha iba tras ellos anunciándolo a voces, no podía causar buena impresión a nadie que la oyera.

Pero otra razón, tal vez de mayor peso aun, era, y sigue siendo, que al Señor no le place de ninguna manera que demonios o malos espíritus den testimonio de Él. Por extensión, lo mismo debemos decir acerca de hombres y mujeres con vidas manchadas, no arrepentidos y que persisten en el camino del pecado.

En cuanto a los primeros – los malos espíritus – en más de una oportunidad Jesús los mandó callar o los reprendió fuertemente, impidiendo que, dando voces, testimoniasen quién era Él. (Ver Marcos 1:23-25 y 3:11-12)

Con respecto a los segundos, baste recordar las palabras de Pablo en 2ª. Timoteo 2:19:

*“...Apártese de iniquidad todo aquél que invoca el nombre de Cristo.”*

Como resultado de la expulsión del espíritu de adivinación, sobrevino el encarcelamiento de Pablo y Silas, después de haber sido azotados mucho, públicamente y sin sentencia judicial.

El emocionante y conmovedor relato del terremoto que se desencadenó, y que a la postre trajo la conversión del carcelero y toda su casa, y la liberación de Pablo y Silas al día siguiente, ha sido objeto de muchísimas predicaciones, lo cual nos exime de comentarlo. Con todo, recomendamos al lector estudioso que lo lea y reflexione sobre él detenidamente, pues con toda seguridad podrá extraer del mismo muchas ricas verdades.

*“Entonces, saliendo de la cárcel, entraron en casa de Lidia, y habiendo visto a los hermanos, los consolaron y se fueron.” (16:40)*

Uno pensaría que habiendo sufrido tanto, eran ellos – Pablo y Silas – los que debían ser consolados. Sin embargo, era tal la entereza de estos dos estoicos varones, que fueron ellos los que consolaron a los demás, seguramente animándolos a que no se dejasen intimidar por las pruebas y persecuciones, porque la gracia del Señor siempre les habría de acompañar.

Así surgió esta hermosa iglesia, nacida en medio de feroz persecución, y de cuya entereza y quilates tenemos sobrada evidencia en la sabrosa epístola que Pablo les escribió años más tarde, estando encarcelado otra vez, en esta ocasión en Roma.

#### Tesalónica.-

El punto siguiente en que se detuvieron fue Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.

A pesar de saber que él había sido enviado por el Señor como apóstol a los gentiles, Pablo entendía que donde había judíos, primeramente tenía que darle una oportunidad a ellos. Y esto lo hacía, aun consciente de que en la mayoría de los casos se iba a encontrar con poca respuesta favorable, y más todavía, a menudo con abierto rechazo y persecución.

En la sinagoga de Tesalónica, expuso por tres sábados consecutivos por medio de las Escrituras la necesidad de que el Cristo padeciese y resucitase, anunciando a Jesús como el Mesías prometido.

Su palabra tuvo un eco propicio en algunos judíos, y en muchos griegos piadosos, como así también en un buen número de mujeres nobles, todos los cuales se adhirieron a Pablo y Silas, lo que de hecho dio origen a la iglesia de los tesalonicenses.

Resulta oportuno citar aquí lo que más tarde escribió a los romanos, a su regreso del tercer viaje misionero:

*“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquél que cree, al judío primeramente, y también al griego.” (Romanos 1:16)*

A pesar de que, como ya dijimos, en su mayoría rechazaban el mensaje, por ser el pueblo escogido de Dios se les debía dar la primera oportunidad.

En Tesalónica, los judíos que no recibieron la palabra, llenos de celos al ver la respuesta tan favorable que había tenido la predicación de Pablo, incitaron a hombres malos y algunos ociosos para alborotar la ciudad y perseguir a Pablo y Silas.

La acusación que hicieron ante las autoridades fue un testimonio elocuente del fuerte impacto que el evangelio estaba haciendo en cuanta ciudad o población se lo proclamaba.

*“Éstos que trastornan el mundo entero también han venido acá.”* (Los Hechos 17:6b)

¡Pluguiera a Dios que hoy día se dijese lo mismo de nosotros y de la iglesia y de los siervos de Dios en el mundo occidental!

Afortunadamente, la turba que los perseguía no pudo hallar a Pablo y Silas, y con muy buen tino, los hermanos los enviaron de noche a Berea, el siguiente punto geográfico, situado más bien tierra adentro, al Oeste, y ligeramente hacia el Sur de Tesalónica.

Aunque su estancia había sido breve, dejaron una iglesia numerosa y ferviente, sólidamente fundada por la palabra de Dios que obraba eficazmente por el poder del Espíritu Santo.

Debemos comprender que, si bien el ministerio en la sinagoga tuvo lugar solamente los días sábado, durante el resto de la semana invirtieron a diario muchas horas para instruirlos, alimentarlos y fortalecerlos.

Las dos epístolas que Pablo les envió se consideran como las primeras que escribió, muy probablemente desde Corinto, cuando todavía se encontraba en el segundo viaje misionero.

Las mismas dan fe de cuán real y radical había sido la conversión de los tesalonicenses, y del amor entrañable con que Pablo, como padre espiritual de ellos, los amaba.

#### Berea.-

En Berea, también en la sinagoga de los judíos, se encontraron con un panorama muy distinto, y mucho más favorable.

*“Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.”* (17:11)

Es muy agradable encontrarse con tierra fértil como la de éstos en Berea, y habrá resultado de gran satisfacción para Pablo y Silas ver cómo, en vez de rechazar la palabra, escudriñaban las Escrituras para cotejar debidamente el mensaje que estaban escuchando.

Hemos visto en alguna oportunidad cómo jóvenes, a los cuales se les advertía claramente por las Escrituras el error de ciertas enseñanzas que habían absorbido, argumentaban que el que las impartía era un siervo famoso y de renombre.

Parecía que para ellos eso bastaba, y no tenían la capacidad ni la disposición de inquirir por su cuenta en la palabra, y verificar así si lo que se les estaba enseñando tenía o no una clara base bíblica.

Agradecemos al Señor que los excelentes profesores que tuvimos en el centro de enseñanza bíblica en que fuimos tutelados hace ya más de medio siglo, nos inculcaron la necesidad de sopesar siempre a la luz de las Escrituras toda doctrina o procedimiento que se nos presentase – aun lo que ellos mismos nos enseñaban.

Desde luego que nadie es infalible, y siempre hay un cierto margen de inexactitud en la postura o creencia de cada uno, por lo menos *en los temas secundarios o accesorios*. No obstante, hemos comprobado que esta norma, recibida de ellos, ha resultado un medio muy seguro y eficaz para evitarnos el caer en errores y desviaciones del verdadero camino.

En la tierra fértil de Berea, la semilla de la palabra de Dios fructificó abundantemente, y para el beneplácito de los apóstoles Pablo y Silas, y de Timoteo y Lucas también, muchos judíos se convirtieron,

como así también mujeres griegas de distinción y un buen número de hombres.

Sin embargo, otra vez se desató una persecución de los judíos, quienes, procedentes de Tesalónica, fueron a Berea y alborotaron a las multitudes.

Pablo era evidentemente el blanco que perseguían, y sabedores de ello, los hermanos lo enviaron hacia la costa marítima, y por esa vía fue conducido a Atenas, mientras que Silas y Timoteo se quedaron en Berea, seguramente alimentando y fortaleciendo a los fieles, probablemente en las casas y de forma más bien privada.

Así nació la iglesia de Berea, sana y robusta, por lo que sabemos. No hay ninguna epístola dirigida a ellos que forme parte del Nuevo Testamento, y la única mención posterior relacionada con ella es la de Sópater, uno de los acompañantes de Pablo en parte de su tercer viaje misionero, y que era de Berea. (Los Hechos 20:4)

#### Atenas.-

Al despedir a los que lo habían conducido a Atenas, Pablo envió un recado para Silas y Timoteo, que Lucas nos expresa así:

*“...y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo, de que viniesen a él lo más pronto que pudieran, salieron.”* (Los Hechos 17:15)

Éste es otro indicio de la forma en que el liderazgo de Pablo, que desde luego ya estaba en evidencia al comenzar el segundo viaje, se había ido acentuando.

Lo hemos estado señalando cada vez que aparece otra muestra o señal, con miras a tocar más adelante un tema vinculado con ello, algo delicado, pero importante. Esto en efecto lo haremos al final de nuestro comentario sobre la fundación de la iglesia en Corinto.

Entre tanto, y en cuanto a Atenas, resulta algo extraño que en una ciudad tan grande y de tanta importancia, haya habido una respuesta tan escasa a la predicación del evangelio.

Algunos sostienen que, sobre todo en su discurso en el Areópago, Pablo trató de hacer uso de la elocuencia para llegar a los atenienses, dado que eran proverbialmente adeptos a la sabiduría.

Aducen que, visto el poco resultado obtenido por esa vía, al llegar a Corinto, el punto siguiente, cambió su forma de predicar, desechando todo lo que proviniese de sabiduría humana o excelencia de palabras, citando 1ª. Corintios 2:1-5 para fundamentarlo.

Francamente, no creemos que esto se ajuste a la realidad. La necesidad fundamental de predicar por el poder del Espíritu y esgrimiendo el arma sencilla pero irresistible de la palabra de Dios, es y era, algo que Pablo a todas luces lo tenía bien asimilado desde mucho antes de su visita a Atenas y Corinto. Más aun, algo que él había experimentado y probado en numerosas ocasiones anteriores.

Por otra parte, no vemos que en su discurso en el Areópago haya hecho gala de gran excelencia de retórica. Lo que hizo fue anunciar en un nivel adecuado a los atenienses, y partiendo del punto de su altar AL DIOS NO CONOCIDO, la existencia del verdadero Dios invisible, y su llamado al arrepentimiento a todo hombre en todo lugar. (17:30)

Que la respuesta o el fruto haya sido tan exiguo, creemos que se debe claramente al hecho de que la mayoría de los que le escuchaban, tan adeptos como eran a la sabiduría y la filosofía humana, no tenían corazones dispuestos para recibir con humildad el sencillo, pero a la vez glorioso y maravilloso mensaje del evangelio.

Adelantándonos un poco, pero en un orden parecido de cosas, Pablo se detuvo un buen tiempo en Corinto – unos dos años al parecer – mientras que en Filipos y Tesalónica, por citar solamente dos puntos anteriores, se detuvo mucho menos.

Sin embargo, los corintios dieron muchas muestras de inmadurez y poco desarrollo espiritual, mientras que, tanto los filipenses como los tesalonicenses, alcanzaron un nivel evidentemente más satisfactorio.

Esto nos subraya la verdad innegable de que hay corazones que, no importa el esmero y lo bien que se les predique el evangelio, sencillamente lo desconsideran y rechazan, mientras que otros lo reciben y absorben con toda avidez y sinceridad.

Por otra parte, hay creyentes que, a pesar de recibir buen ejemplo y enseñanza de quienes los tutelan en el Señor, sólo alcanzan un grado muy elemental de desarrollo. Al mismo tiempo, otros que no cuentan sino con las mismas oportunidades y ventajas, crecen de forma sana y robusta, y se encaminan hacia la mayoría de edad espiritual con bastante prontitud.

En otras palabras, mucho depende de que la tierra de los corazones sea fértil y propicia, tanto para responder en un principio al mensaje de salvación, como para crecer y desarrollarse espiritualmente a posteriori.

A pesar de lo antedicho, la predicación de Pablo en Atenas no fue totalmente infructuosa. Aparte de Dionisio el Areopagita, y una mujer llamada Dámaris, algunos más creyeron y se unieron a Pablo, y probablemente ellos formaron el núcleo inicial de una iglesia en Atenas, pequeña en número, por lo que sabemos.

Desde este punto en adelante, en el Nuevo Testamento no tenemos ninguna otra información ni referencia sobre ella.

#### Corinto.-

A pesar de la urgencia con que Pablo mandó que viniesen a él, Silas y Timoteo no se reunieron con él en Atenas, sino en Corinto, y cierto tiempo después de su llegada.

Esto se puede haber debido a que la estancia de Pablo en Atenas fue muy breve, y también, en parte, a que Silas y Timoteo hayan encontrado razones que obligatoriamente les hicieran demorar su partida de Berea, adonde se habían quedado.

Lo primero que se nos dice de Pablo en Corinto es su feliz encuentro con Aquila y Priscila. De ahí en más iba a tener un buen vínculo con este admirable matrimonio, en cuyo hogar funcionaba una iglesia en Roma (16:3-5<sup>a</sup>), posteriormente también en Éfeso (1<sup>a</sup>. Corintios 16:19) y probablemente en Corinto también.

Fue esta pareja matrimonial, tan dada al ministerio, que un tiempo más tarde ayudó a Apolos, que hasta entonces sólo tenía conocimiento de las cosas hasta el bautismo de Juan, llevándolo al evangelio pleno predicado por Pablo y sus compañeros.

Como una información incidental se consigna que el oficio de ellos era el mismo que el de Pablo, es decir, hacer tiendas. Como debemos saber, lo normal en el pueblo judío era que cada uno, aparte de sus estudios y carrera, tuviese un oficio manual o práctico con el que también, en caso necesario, se pudiese ganar la vida.

En relación con esto, un índice elocuente de la absoluta integridad y nobleza de Pablo, la da esta cita de Los Hechos 20:34

*“Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido.”*

Ver también 1<sup>a</sup>. Tesalonicenses 2:9 y 2<sup>a</sup>. Tesalonicenses 3:8.

Cuando Silas y Timoteo llegaron, lo encontraron a Pablo dado de lleno a la predicación de la palabra.

En un principio, como en tantos otros casos, los judíos se opusieron, y en Corinto aun llegaron a blasfemar aquello tan sagrado que estaban escuchando.

Por lo tanto, se apartó de ellos, dirigiéndose a los gentiles. Se ubicó en casa de un tal Justo, hombre temeroso de Dios, la cual estaba junto a la sinagoga, y tras la conversión de Crispo, el principal de la sinagoga, con toda su casa, el evangelio se abrió paso y muchos de los corintios creyeron y fueron bautizados.

Entonces el Señor le dijo a Pablo en visión de noche:

*“No temas, sino habla y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” (18:9-10)*

Esto le animó a permanecer en Corinto un año y seis meses (18:11) enseñándoles a los corintios la palabra de Dios, a lo que hay que agregar los *muchos días más* que se detuvo aún, según el versículo 18 del mismo capítulo.

A esta altura resulta oportuno intercalar 2ª. Corintios 1:19:

*“Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que entre vosotros ha sido predicado por nosotros, por mí, Silvano y Timoteo...”*

Esto nos da un panorama más amplio. A pesar de la primacía de Pablo, sus dos compañeros tuvieron también una importante aportación.

Nos agrada tratar de vislumbrar el efecto que surtirían sin duda el espíritu lleno de fuego y sabiduría con que hablaría Pablo, complementado por el rico caudal de Silas (o Silvano) como varón de muchos quilates. Y a esto, agregar el atractivo especial que significaría, para los jóvenes sobre todo, el ver y oír a Timoteo, como un muy digno aprendiz que acompañaba a los dos apóstoles.

Un hermoso cuadro de pluralidad y diversidad, tema al cual hemos dedicado unos buenos párrafos en un capítulo anterior. Lástima que los corintios no supieron aprovechar debidamente ese privilegio que se les otorgaba, y, en su mayoría, no pasaron de un desarrollo muy incipiente, quedando así en una infancia espiritual muy poco saludable.

Las dos epístolas escritas a los corintios, junto con la carta a los romanos, son las más extensas del Nuevo Testamento. Las dos primeras, nos permiten saber más de esa iglesia, que de todas las demás del primer siglo.

Entre muchas cosas más, nos dan pormenores de sus diversos problemas, los cuales nos brindan lineamientos precisos y una clara guía de cómo debemos actuar al enfrentar problemas semejantes.

Concluida su estancia en Corinto, Pablo se despidió de los hermanos, y vía Cencrea y acompañado de Aquila y Priscila, llegó a Éfeso. Allí habló a los judíos en la sinagoga por breve tiempo, pues sentía la urgencia de llegar a Jerusalén para guardar la fiesta, presumiblemente la de la Pascua.

De ahí en más sólo se nos dice que tras arribar a Cesarea, subió a Jerusalén para saludar a la iglesia, y desde allí bajó a Antioquía, llegando así al fin de su segundo viaje misionero.

#### *Un tema delicado, pero a la vez importante.-*

No podemos dejar de comentar este segundo viaje sin abordar el punto, delicado por cierto, pero muy importante, que adelantamos que trataríamos a esta altura.

A algunos les sorprenderá lo que vamos a decir, pero todos los indicios que nos da el relato de Lucas, apuntan a que Silas no completó este segundo viaje misionero.

En efecto: si leemos con atención, notaremos que la última mención de él está en Los Hechos 18:5, en que se consigna su llegada a Corinto desde Macedonia junto con Timoteo. Evidentemente permaneció allí y participó en el ministerio, por lo menos por algún tiempo, según ya hemos visto a través de 2ª. Corintios 1:19.

No obstante, de ahí en adelante ya no se le nombra para nada, y sólo se habla de Pablo, ya sea en el singular, o bien acompañado por Aquila y Priscila.

Tampoco se menciona a Timoteo, ni aparece Lucas, que muy bien pueden haber permanecido en Corinto, o tomado otro rumbo, ya sea solos, o acompañando a Silas – no lo sabemos.

Tanto Lucas como Timoteo estuvieron con Pablo en ocasiones posteriores, pero no hay ninguna constancia de que Silas haya vuelto a estar con él. Y como ya hemos visto, Pablo terminó su segundo viaje solo, saludando a la iglesia en Jerusalén y bajando de allí a Antioquía, su punto de origen, pero sin tener a Silas a su lado.

Además, inició su tercer viaje solo, si bien más tarde se le añadieron otros hermanos, como Timoteo y Erasto (Los Hechos 19:22) Gayo y Aristarco (19:29) y Alejandro. (19:33)

El tema, como hemos dicho, es algo delicado, y por lo tanto, queremos tratarlo con mucha cautela y prudencia.

No cabe duda de que, por el fuego que ardía en su pecho, y el enorme caudal de luz y revelación que había recibido, como así también la autoridad y poderosa unción que el Señor le había conferido, Pablo ocupaba el rol principal, y siempre, o casi siempre, era el que tomaba la iniciativa en todo.

Valores jóvenes o de madurez relativa, como Timoteo, Tito, Gayo, Aristarco y otros, podrían acompañarlo, sintiéndose privilegiados de poder hacerlo, digamos en calidad de aprendices, para absorber y crecer bajo la sombra de semejante gigante.

No obstante, para hombres avezados y de alto calibre espiritual, como lo eran sin duda Bernabé y Silas, no sería nada fácil quedar continuamente relegados a segundo plano, viendo y oyendo como Pablo prácticamente lo hacía todo.

Si bien hemos señalado en base a 2<sup>a</sup>. Corintios 2:19 que en Corinto Silas y Timoteo también tuvieron una aportación importante, toda la tónica de la narración de Lucas nos presenta un papel muy predominante de Pablo, tanto para tomar decisiones, como para hablar la palabra de Dios.

Que lo primero lo hacía guiado por el Espíritu, no nos cabe duda. Y en cuanto a lo segundo, tenemos bien presente lo que el Señor le dijo en Corinto: “*No temas, sino habla, y no calles.*” (Los Hechos 18:9)

Por lo tanto, con tremendo y profundo respeto hacia él, y casi agregaríamos con un sano temor y temblor, señalamos el hecho de que, trabajar por un tiempo codo a codo junto a un gigante como él, para hombres maduros en el ministerio y de muchos quilates, tenía que ser necesariamente difícil e incluso frustrante.

La razón primordial, descartando cualquier factor de incompatibilidad de carácter o deseo de protagonismo – consiste en que tales siervos maduros indudablemente tienen también ellos un vasto y rico caudal, y al no poder darle curso, eclipsados por uno mayor que ellos, necesariamente tienen que sentirse frustrados, y buscar otros horizontes donde puedan realizarse libre y plenamente.

Por lo tanto, nadie les puede reprochar que hagan esto último, que, a la postre, debe resultar en un mejor aprovechamiento de los dones y la gracia que el Señor les ha acordado.

Naturalmente que hay el caso – distinto totalmente – de quien piensa estar por encima de los demás, cuando en realidad no lo está, y no da cabida a otros, acaparando la iniciativa y la predicación y la enseñanza. Sobre esto nos abstenemos de comentar.

Pero, en cuanto al caso de quien realmente ha recibido una gracia y un don ministerial sobresaliente, y dado clara evidencia de ello, aportamos alguna breve reflexión y un par de consejos.

Desde luego que por siervos tan sobresalientes, uno tiene que estarle muy agradecido al Señor, y por supuesto, no tener celos ni estorbar su ministerio en absoluto.

No obstante, a ellos mismos no les vendría mal, por lo menos de tanto en tanto, escuchar a otros siervos dotados, maduros y de buen caudal espiritual. Si se negaran a hacerlo y no se “rebajasen” a escuchar a otros, estarían dando muestras de un fallo en su carácter, que rayaría en el envanecimiento y la soberbia.

El otro aspecto es el de la relación de siervos maduros y de buen calibre, con aquél que sobresale por encima de todos ellos.

La experiencia enseña que lo más sabio y acertado es beneficiarse de su rico ministerio *por un tiempo prudencial*, idealmente no muy prolongado, y tal vez de ahí en más, solamente cada tanto, dejando pasar un buen tiempo antes de volver a escucharlo.

De otra manera, el estar bajo su sombra por un período prolongado, o bien escucharlo con demasiada frecuencia, podría

ocasionar dos efectos contraproducentes. Respectivamente, uno de ellos sería el de la atrofia por no cultivar el propio don, y el otro sería que, de tanto escucharlo, ya no se pudiese absorber como en un principio, por haberse llegado a un punto de saturación.

En lugar de ello, resulta mucho más aconsejable recibir dosis limitadas – no demasiado grandes – y más bien espaciadas en función de tiempo. Al igual que nuestro organismo físico, el espiritual generalmente absorbe mejor de esta forma.

Por último, alguien se podría preguntar, si esta separación de Pablo y Silas efectivamente tuvo lugar, ¿por qué Lucas no la consignó, como lo hizo con la de Pablo y Bernabé?

Creemos que, muy posiblemente, se encontraría inhibido en su ánimo de narrar otro desacuerdo doloroso entre dos grandes siervos de Dios, especialmente por ser uno de ellos Pablo, con quien mantuvo hasta el final un vínculo muy cercano y entrañable.

Y más aun, nos parece que ese sentir suyo sería el del Espíritu Santo que lo estaba guiando en el relato, dejando los indicios claros para que el lector maduro y estudioso pueda alcanzar conclusiones bien fundadas, pero sin hacer figurar detalles desagradables de una separación más de dos siervos tan preciosos como Pablo y Silas.

Sin duda, habrá quienes estén en desacuerdo, parcial o totalmente, con todo esto. No obstante, lo presentamos con un espíritu humilde, conscientes de que, como seres humanos somos falibles y podríamos estar equivocados.

Sin embargo, nuestra consideración imparcial de las Escrituras, y los años de experiencia que hemos vivido, nos han llevado a esta interpretación de los hechos, que conceptuamos que no es arbitraria, sino mesurada y equilibrada.

Nos anima, además, el deseo de que los consejos dados en consecuencia, puedan resultar útiles y de provecho, y evitar así, por lo menos para algunos, males mayores en situaciones de esta índole.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 15 – Tercer viaje misionero de Pablo.**

Como ya adelantamos en el capítulo anterior, Pablo comenzó su tercer viaje misionero solo.

No hemos de tomar esto como una violación del principio, más o menos general, que el Señor estableció al enviar los discípulos de dos en dos.

Existen, entre otros, dos precedentes importantes en el Nuevo Testamento de siervos enviados individualmente, es decir, sin estar acompañados. Uno es el de Bernabé, comisionado para ir de Jerusalén a Antioquía de Siria, a poco de surgir la iglesia en ese lugar. El otro es el de Apolos, que con el beneplácito y una carta de recomendación de los hermanos que se encontraban en Éfeso, se dirigió solo a la región de Acaya, donde su ministerio fue de gran provecho.

En ninguno de los dos casos – ni en el de Pablo en esta oportunidad del comienzo del tercer viaje – encontramos indicio alguno de que hayan estado fuera de lugar, o de la voluntad de Dios al viajar solos, o que lo hacían con la desaprobación del Señor.

La experiencia nos enseña que, mientras que hay cosas rígidas e inamovibles - como ser, tinieblas y luz, pecado y santidad, incredulidad y fe, etc. – en normas de procedimiento, por así decirlo, hay un grado de flexibilidad que nos permite adaptarnos a las circunstancias, y actuar conforme a los recursos con que contamos.

Antes de emprender este tercer viaje, se nos dice que Pablo estuvo por algún tiempo en Antioquía, que era su base de operaciones.

Por una parte, habría, por supuesto, la necesidad de un buen descanso para reponer energías después de tanto viajar.

Pero por la otra, era una ocasión propicia para hacer un alto en el camino, reflexionar sobre lo mucho logrado y aprendido hasta ese punto, y buscar a Dios en oración, para proyectarse hacia adelante con miras a lo que el futuro del Señor le deparaba.

En esto debemos tener en cuenta su edad, ya algo avanzada, y el desgaste de su organismo físico, tanto por lo sufrido en su cuerpo en las muchas persecuciones porque había atravesado, como por su prodigarse tan generosa e intensamente, derrochando toda su fuerza y energía en el ministerio.

Por todo ello, uno admira su firme determinación de seguir en primera línea de combate, y su gran valentía al emprender este nuevo viaje solo. Los peligros de enfermedad, agotamiento físico, ladrones que podrían estar al acecho, y el saber que posiblemente le aguardarían nuevas persecuciones, de ninguna manera pudieron intimidarle y hacerle ceder a la tentación de desistir y quedarse en Antioquía, para disfrutar de mayor seguridad y comodidad.

¡Qué ejemplo para nosotros, los siervos del Señor de la actualidad!

*“...salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.” (18:23)*

Ésa fue su primera meta. La palabras *“recorriendo por orden”* nos hablan de un ir de lugar en lugar en forma metódica y atinada, consciente de la necesidad de cada iglesia, y procurando seguir en el sentido geográfico de cada localidad, para evitar hacer kilómetros demás innecesariamente. ¡No debemos olvidar que no viajaba en automóvil, ferrocarril ni avión!

*“Confirmando a los discípulos”* denota su derroche de energías y de amor y bondad para con todos los santos, y su deseo ferviente de que todos fuesen fortalecidos firmemente en la fe.

No podemos menos que hilvanar esto con lo que unos años más tarde le escribió a los colosenses:

*“...Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.” (Colosenses 1:27-29)*

Sin extendernos demasiado sobre cómo realizaba esta labor confirmatoria tan importante, ya que hemos puesto ya bastante sobre el particular en un capítulo anterior, añadimos sólo un breve comentario.

El mismo se basa en la parte final de la cita de Colosenses que hemos puesto más arriba. Por ella vemos que no se trataba meramente de impartir una prédica, con doctrina y exhortación para ese fin. Había un poder que actuaba poderosamente en él, llevándolo a mayores profundidades y alturas de las virtudes y las glorias del Cristo, que él sabía que era infinito e inagotable.

Ese poder, que como él mismo afirma, operaba con suma potencia en su propia vida, se comunicaba también a los demás con sus palabras – su hablar, su enseñanza y su exhortación y amonestación. Y cuanto más escalaba posiciones y crecía en la gracia y las virtudes de Cristo, más capacitado se encontraba para transmitir las con efectividad a otros.

Que entendamos bien esto:- no se trataba, ni se trata, meramente de adoctrinar y enseñar, oralmente o por escrito; el desarrollo y la maduración de uno mismo, deben ir de la mano de todo eso para acordarle verdadera solvencia.

El pasaje comprendido desde el versículo 24 al 28 del capítulo 18 nos da un importante paréntesis. El mismo nos presenta la figura de Apolos, cuyo ministerio Pablo definió más tarde en 1ª. Corintios 3:6-7 como *“el que riega”*, algo que nos parece que muchos no comprenden ni valoran debidamente.

No nos detenemos aquí para considerarlo en detalle, para no perder el hilo, pero, vista su gran importancia, trataremos de hacerlo en forma detenida más adelante.

El capítulo 19 de Los Hechos nos dice que mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo, tras recorrer las regiones superiores adyacentes a la costa nórdica de lo que hoy es Turquía, pasó a Éfeso, en la zona que entonces se conocía por Asia.

En el segundo viaje, recordaremos que el Espíritu les prohibió a él y a sus compañeros predicar en Asia. Mas ahora, en el reloj del Señor ha llegado la hora para toda esa región, y Pablo se detiene en Éfeso por tres largos años.

Es la estancia más prolongada que Los Hechos nos consigna. En ningún otro punto de sus viajes misioneros se detuvo por tanto tiempo, y Éfeso iba a ser el escenario de lo que bien podríamos llamar la obra magna – en el Señor, por supuesto – de su fecunda y maravillosa labor misionera.

El comienzo lo muestra encontrándose con una docena de discípulos, en los cuales bien pronto advierte la falta del Espíritu Santo.

Al preguntarles si lo habían recibido después de haber creído, por la respuesta que recibió comprendió que sólo habían sido enseñados acerca del bautismo de Juan Bautista para perdón de pecados.

Es muy probable que hayan sido discípulos de Apolos, quien estando en Éfeso, en un principio sólo tenía ese conocimiento parcial.

Al hablarles Pablo de Jesús, como el Cristo del cual Juan fue el precursor, creyeron y se bautizaron, y Pablo les impuso las manos para que recibiesen el Espíritu Santo, dándose en esa ocasión las señales de hablar en lenguas y profetizar. (19:6)

A renglón seguido, se nos dice que, según su costumbre, fue a la sinagoga y allí habló con denuedo por espacio de tres meses.

No obstante, otra vez se encontró con el obstinado endurecimiento de algunos judíos, que no sólo no creyeron, sino que también maldijeron ante la multitud lo que por entonces ya se conocía en distintas partes como “el camino.”

Pasó entonces a la escuela de un cierto varón llamado Tirano, llevándose consigo a los discípulos que habían creído. En ese lugar perseveró predicando por dos años enteros, y el comentario de Lucas nos habla de por sí y con gran elocuencia:

*“Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.”*

Todo indica que esa escuela en que él hablaba a diario, era un lugar de renombre, al cual solía venir mucha gente. Con toda seguridad también estaba operando el Espíritu Santo, atrayendo a hombres y mujeres de todo el entorno para escuchar a este orador singular, y acerca del cual y de su prédica se había corrido la voz por doquier.

Del tremendo impacto causado por su proclamación diaria del evangelio, el mismo platero Demetrio, aunque enemigo declarado de él, dio elocuente testimonio:

*“...pero veis y oís que este Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, ha apartado a muchas gentes con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos.”* (19:26)

En tiempos en que el poder de Dios se ha manifestado abiertamente como resultado de la predicación de Su palabra, casi siempre se han observado efectos evidentes en la sociedad.

En este caso, el resultado fue que muchísimos dejaron de lado la idolatría y la magia.

En el avivamiento acaecido en Gales en los años 1904/05, por muchos meses no se oía ni una sola mala palabra entre los obreros de las minas de carbón. Los “ponies” (borricos), acostumbrados al mal trato, en un principio no respondían al no ser incitados por el castigo, y tuvieron que habituarse a obedecer órdenes verbales.

Las tabernas cerraban por falta de clientela, y la policía prácticamente no tenía ningún trabajo, por la ausencia casi total de crímenes, atracos y hurtos.

¡Qué maravilloso sería que en nuestros tiempos pudiéramos también experimentar semejantes resultados, sobre todo en nuestro mundo occidental, en el cual la delincuencia y la inmoralidad abundan hasta llegar en muchas partes a niveles alarmantes!

Como sello que autentificaba con toda contundencia la prédica de Pablo – que reiteramos, era diaria – Dios operó milagros extraordinarios a través de Su siervo.

Se nos dice que de sus manos eran llevados pañuelos y delantales a los enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los malos espíritus también se marchaban.

Notemos que Lucas define su prédica al decir que discutía y persuadía acerca del reino de Dios (19:8) y lo mismo se nos dice en cuanto a Felipe en Samaria (8:12) y de Jesús en Su ministerio en Galilea. (Mateo 4:23; 9:35; etc.)

Evidentemente, el corazón o la misma esencia del mensaje era arrepentimiento del pecado, y fe en la obra expiatoria de Cristo. De esto hay abundante testimonio en Marcos 1:15, Los Hechos 2:38, 17:30/31 etc. Además, un tiempo más tarde, al encontrarse con los ancianos de Éfeso en la isla de Mileto, Pablo mismo resume su prédica de esta manera:

*“...testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.”*

Estos dos – el arrepentimiento y la fe – son sin ninguna duda las dos columnas básicas del mensaje de salvación y vida eterna.

No obstante, son muchas las ocasiones en que el Señor lo rubrica con señales de sanidad y de liberación, que son también ingredientes muy importantes del reino de Dios, y a los cuales en una obra anterior hemos denominado productos derivados del evangelio pleno de la gracia y del reino de Dios.

Pero, como ya lo señalamos entonces – debemos en nuestra presentación del evangelio, dar prioridad a esas dos columnas fuertes, pero confiando a la vez que el Señor añada en Su sabiduría, tiempo y voluntad, esas señales propias del reino de Dios.

En cuanto al uso de la escuela de ese varón Tirano, algunos han tratado deliberadamente de celebrar sus reuniones, alquilando las instalaciones de alguna escuela, pensando que al hacer lo mismo que hacía Pablo, tendrían el mismo éxito que él. (Por supuesto que hay también los que hacen uso de los salones de alguna escuela, sencillamente por resultarles más conveniente o más viable económicamente – desde luego que no nos estamos refiriendo a ellos.)

Lo mismo muy bien puede suceder en cuanto a la oración por enfermos, necesitados y afectados por demonios, valiéndose de pañuelos, delantales y diversas prendas de vestir.

Lo que hay que comprender es que el secreto no está en el método que se emplea, sino en el poder del Espíritu. Usar los medios o sistemas que otros han empleado con buenos resultados, no garantiza que quien lo haga obtenga los mismos buenos resultados.

Lo esencial y fundamental es ser dirigido por el Espíritu en cuanto a la forma en que debemos acometer nuestro servicio, sabiendo que si Él está presente en el método que empleamos, el mismo ha de prosperar.

Por otra parte, aunque apliquemos lo que consideramos el mejor método o la mejor forma de encauzar las cosas, si el Espíritu no está presente con Su sopro vivificante, de poco o nada nos valdrá.

Sin dejar de valorar toda la bendición y el poderoso impacto de los dos viajes misioneros anteriores, estimamos que lo acontecido en Éfeso y la región de Asia durante los tres años en que estuvo allí el apóstol Pablo, los sobrepasa de manera harto evidente.

Es normal y lógico que así haya sido. Su persona y estatura espiritual en Cristo a esa altura estaba alcanzando un grado superlativo de experiencia y maduración, y en consonancia con ello los frutos de su ministerio guardaban una estrecha relación.

Detallamos someramente los puntos principales de la manifestación de la obra del Señor en Éfeso durante ese tiempo.

- 1) Conversión al evangelio de un número considerable de personas. Aclaremos, entre paréntesis, que no estamos hablando de miles de personas que hicieron una profesión de fe levantando la mano, rellenando una tarjeta, o de otra forma externa, pero que más tarde, el resultado en términos de verdaderos creyentes que perseveraban en la fe fue prácticamente cero. Por el contrario, estamos hablando de conversiones auténticas de gente realmente transformada, y que continuaba en el nuevo camino de la fe que habían emprendido.
- 2) Profunda convicción de pecado de muchos que creían y que sentían la gran necesidad de desahogarse, viniendo a confesar sus pecados y a dar cuenta de sus turbios hechos pasados. (19:18)
- 3) Esto incluía el traer libros de la magia (y seguramente de otras ramas afines del ocultismo también) y quemarlos públicamente, como expresión de su abandono total de esas prácticas tan nefastas. (19:19)
- 4) Milagros de sanidad y liberación de malos espíritus. El hecho de que Lucas los califique de *“milagros extraordinarios”* (19:11) denota que eran manifestaciones sobresalientes y muy poderosas, que iban bastante más allá de lo que sucede normalmente en la vida y el curso habitual de una iglesia.
- 5) El Espíritu Santo impartido por la imposición de manos de Pablo, acompañado por señales, en ese caso, de los dones de lenguas y profecía.
- 6) El impacto contundente en la sociedad de casi toda la región, al dejar de lado muchísima gente la idolatría. La misma proliferaba en gran manera en aquel entonces, dando pingües ganancias a los plateros y artifices, quienes reaccionaron violentamente contra Pablo y *“el camino.”* (19:23) al ver que sus ventas mermaban considerablemente.
- 7) Persecución por parte de los judíos que no creían, y también, como queda dicho, de los plateros y artifices.

Para el logro de semejantes resultados, no hay ninguna constancia de que ni Pablo, ni sus colaboradores, hayan empleado los medios y las tácticas de confrontar a los demonios, al hombre fuerte o a las diosas paganas de la zona, etc., que en tantas partes se utilizan hoy día.

En el versículo 20 del capítulo 19 se nos dice cuál era el arma principal:

*“Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.”*

A esto indudablemente hay que agregar la oración. Aunque no se la menciona explícitamente, sabemos que la misma ocupaba un lugar absolutamente prioritario en toda la vida y el ministerio de Pablo.

También debemos añadir acá algunas reflexiones sobre el hecho de que Pablo se detuvo en Éfeso por tres largos años, es decir, más que en cualquier otro punto en sus viajes anteriores.

En su espíritu le bullía desde un principio una fervorosa inquietud por alcanzar las almas perdidas, y esto sin duda lo impelía a avanzar con urgencia a nuevos lugares no evangelizados.

Así notamos como en el primer viaje, acompañado por Bernabé, estuvo en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, entre otras ciudades. Aunque no se nos dice exactamente cuánto tiempo estuvo en cada una (a excepción de Iconio, donde se quedaron mucho tiempo) el panorama que tenemos es el de una urgencia que casi diríamos rayaba en prisa, y en el viaje de regreso ya se constituyeron ancianos en cada lugar.

No obstante, haciendo a esta altura un análisis retrospectivo, pesaría en su espíritu el hecho de que algunas iglesias – las de Galacia y la de Corinto, por ejemplo – no habían mostrado la solidez y consistencia que cabría esperar.

El hecho de que en el tercer viaje se detuvo por tres largos años en Éfeso, donde el Señor le había abierto una puerta grande y eficaz, nos da que pensar.

Aun cuando se trata de una conjetura nuestra, creemos muy posible y aun probable que, tras ese análisis retrospectivo haya llegado a la conclusión de que debía templar en algo su urgencia por llegar a lugares no evangelizados, y equilibrarla con la necesidad de fortalecer y cimentar las iglesias con mayor solidez.

De hecho, esto ya pulsaba en su ánimo a principios del segundo viaje (Los Hechos 15:41 y 16:5) y también del tercero (ver Los Hechos 18:23b)

Sin embargo, leyendo sus palabras de despedida a los ancianos de Éfeso en la isla de Mileto, vemos cómo en Éfeso extremó al máximo sus esfuerzos por fortalecer y confirmarlos.

Sintetizando, entresacamos del pasaje (Los Hechos 20:17-38) las partes más destacadas en este aspecto particular.

- 1) No retuvo nada que fuese provechoso para ellos, mostrando y enseñándolo públicamente y casa por casa. (20:20)
  - 2) No rehuyó declararles *“todo el consejo de Dios”*, con toda la vasta magnitud que encierra. (20:27)
  - 3) Por el espacio de tres años no cesó de amonestar y alertar a cada uno de día y de noche con lágrimas. (20:31)
  - 4) Les instó a velar y tener mucho cuidado, advirtiéndoles que después de su partida vendrían lobos rapaces buscando atacar y destruir la grey. (20:29)
  - 5) Los encomendó a Dios y a la palabra de Su gracia, la cual los podía edificar y dar herencia eterna junto a todos los santificados. (20:32)
- Además de esto, agregamos varias medidas que tomó posteriormente para reforzar todo lo anterior.
- 6) Encomendó a Timoteo que se quedase en Éfeso para cuidar que no se enseñase doctrina diferente, y dándole directivas de cómo debía conducirse en la iglesia, velando por el buen orden, la disciplina, la santidad, etc. (1ª. Timoteo 1:3 y, en general, todo el resto de la epístola.)
  - 7) Escribió desde la cárcel de Roma, la maravillosa epístola dirigida a ellos, la cual es, sin duda, una fuente riquísima de verdades importantes, revelación y consejos prácticos en todos los niveles.
  - 8) Oraba sin cesar por ellos. (Efesios 1:16)

Ahora bien, entre posiblemente unos 35 y 40 años más tarde – habiendo partido ya el apóstol Pablo a la presencia del Señor - Jesús le escribe al ángel de la iglesia en Éfeso.

Verdad es que le amonesta y reprende por haber dejado su primer amor. (Apocalipsis 2:4-5) No obstante, veamos lo que le dice en el resto de la carta:

*“Yo conozco tus obras y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.”*

*“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.”* (Apocalipsis 2:2, 3 y 6)

Creemos que cualquier pastor, o colectivo de liderazgo, se daría por muy satisfecho y favorecido, si, después de un buen tiempo de pastoreo, pudiera contar con una iglesia que reuniese semejantes cualidades y virtudes.

O, planteándolo de otra manera, después de haber trabajado cualquiera de nosotros en determinado lugar por un buen tiempo, levantando por la gracia de Dios una iglesia con nuestros mejores esfuerzos y recursos:-

¿Cómo esperaríamos encontrarla al volver a ella, pasados unos 35 ó 40 años?

Una pregunta muy punzante, que nos lleva a reconocer y admirar la prodigiosa y muy fructífera labor de Pablo en Éfeso.

Volvemos a lo dicho anteriormente:- fue la obra magna de todo su fecundo y ejemplar trabajo misionero.

----- ( ) -----

## **SEGUNDA PARTE**

### **CAPÍTULO 16 – El Apóstol Pablo (1) Su conversión.-**

Somos muy conscientes de que, a través de los años, muchos ya han escrito o enseñado oralmente - profusamente y con mucha inspiración - sobre la vida y el ministerio de este gran siervo de Dios.

Esta segunda parte de este libro, que no será muy extensa, no pretende ser una biografía detallada de su ilustre trayectoria. Más bien, en consonancia con nuestro hilo central – las fuentes prístinas – hemos de analizar y comentar algunas de las principales virtudes y cualidades de su persona y sus obras, como ejemplo y modelo que todo siervo o sierva con aspiraciones de progresar ha de buscar emular, siempre, claro está, dentro de la medida y el llamamiento de cada uno.

Esto va en la línea de lo que él mismo le escribió a Timoteo:

*“Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna.”* (1ª. Timoteo 1:16)

Aunque cronológicamente o en función de tiempo vayamos para atrás al exponer sobre su conversión, resulta necesario hacerlo, pues de la misma se derivan puntos muy importantes, sin los cuales nuestro panorama quedaría incompleto.

#### **Su persona y su carácter.-**

No nos equivocamos al decir que, como persona, no solamente era muy sincero, sino que tenía esa disposición y carácter que no puede hacer las cosas a medias – o todo, o nada. Él no podía sino darse con el mayor empeño y ahínco, y con lo mejor de sus fuerzas y posibilidades, a lo que conceptuaba y entendía que debía ser y hacer.

Esto fue notorio en su vida anterior a su conversión. Tutelado a los pies del venerado maestro Gamaliel, guardaba rigurosamente los preceptos de la ley mosaica y las tradiciones de los padres, aventajando en ello a muchos de sus contemporáneos. (Los Hechos 22:3, Gálatas 1:4, etc.)

A pesar de ese celo por la ley mosaica y las tradiciones, se encontraba en un estado de absoluta ceguera espiritual. Entendiendo que “el camino”, como entonces se solía llamar la fe en Jesucristo y la vida cristiana, era una herejía, se puso a perseguirlo con todas sus fuerzas y hasta la muerte.

Sobre esto último ampliaremos más adelante. Si bien lo que estaba haciendo iba totalmente en contra del Señor Jesús y la verdad del evangelio, Dios veía que en ese carácter tan sincero, y esa disposición de prodigarse de forma total en aquello que entendía que era lo cierto y verdadero, en realidad había oro puro.

Eliminando la mucha escoria que lo rodeaba y ennegrecía, lo podría utilizar como un vaso muy especial para llevar adelante Sus propósitos eternos.

Las palabras del mismo Señor Jesús a Ananías, describiéndolo como un “*instrumento escogido*” en Los Hechos 9:15, tienen especial importancia. Aunque son palabras que no pocas veces oímos repetir, y quizá sin todo el peso y sentido que en realidad tienen, hemos de acotar que ésta es la única oportunidad en que estos dos vocablos - instrumento escogido - aparecen juntos en todo el Nuevo Testamento.

Esto nos da a entender que este amado apóstol y siervo del Señor fue algo muy especial y particular, dado por el Señor como un legado precioso para Su iglesia de todos los tiempos.

*Su conversión en el camino a Damasco.-*

Su conversión fue uno de esos “de repente” de Dios a que hemos aludido anteriormente. Nadie se esperaba ni soñaba que a ese perseguidor de los santos, tan tenaz e implacable, Jesucristo se le iba a cruzar en el camino, para revelársele de forma tan gloriosa.

Como a mediodía, brillando el sol en todo su fulgor, otro Sol mucho mayor – el de justicia (Malaquías 4:2), eterno e increado, emitió un fognazo de luz poderosísima, celestial y sublime.

El efecto fue tan fulminante que le hizo caer en tierra y en seguida oyó una voz que le decía en su lengua hebraica materna (26:14) y en tono solemnísimos: *”Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”* (Los Hechos 9:4)

Su respuesta - *¿Quién eres, Señor?”* nos mueve a hacer un comentario importante.

Su conocimiento de la ley y las tradiciones de los padres era acabado y completo, y sin embargo, con esta pregunta se muestra como un ignorante y analfabeto total en cuanto a lo más fundamental e importante que hay en la vida.

En efecto: le está hablando el Eterno Hijo de Dios, el Mesías prometido que había venido a salvar a la humanidad perdida, y en su crasa y ciega ignorancia no sabe de quién se trata, y le pregunta quién es.

Esto echa de ver con toda contundencia, lo que en tantos otros casos se ha comprobado, y que la misma Escritura afirma, a saber, que la gloriosa verdad y luz del evangelio no se alcanza a percibir por las facultades del intelecto, ni con sabiduría o erudición teológica; es algo que solamente se recibe por revelación divina.

Jesús mismo lo expresó de la forma más clara y categórica en Mateo 11:25-26:-

*“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños.”*

*“Sí, Padre, porque así te agradó.”*

La contestación del Señor:- *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.”* (9:5), provocó una respuesta de Saulo que nos revela otra faceta de su carácter que merece destacarse.

*“Él, temblando y temeroso, dijo: Señor ¿que quieres que yo haga?”*

No entró en cálculos, ni se puso a barajar posibilidades en cuanto a posibles ventajas y perjuicios, sino que de la forma más íntegra y sincera se puso a total disponibilidad del Señor para lo que Él dispusiese. En cuanto a esto último, no vacilamos en agregar, fuera lo que fuere.

Al saber ahora que Jesús era el verdadero Hijo de Dios, la fuente de esa luz admirable que se le había manifestado, no podía tomar otra actitud que no fuera la de poner de inmediato su vida a Su disposición, de forma total e incondicional.

¡Qué contraste entre esto y el trato que tantos de nosotros le hemos dado al Señor!

En muchos casos, el mismo ha sido antes del primer paso de reconocerlo arrepentidos, y recibirlo como nuestro Salvador, ¡y no digamos en cuanto al siguiente de rendirle la vida toda!

Con paciencia y perseverancia, nos ha tenido que ir persuadiendo de que es lo mejor que podemos hacer en la vida, y para nuestro propio bien; y al mismo tiempo, nos ha ayudado con gracia y bondad a superar los escollos de nuestras reservas y temores, y a dejar de lado los compromisos y falsos amores, que nos impedían que lo abrazásemos de veras a Él como el primer y más grande amor de nuestra vida.

La reacción y respuesta de Saulo fue absolutamente ejemplar en el más amplio sentido de la palabra. Que sirva de indicativo y de estímulo para el lector que, o bien no ha dado ninguno de esos dos pasos

imprescindibles, o se ha detenido en el primero y no se atreve a dar el segundo.

De haberle dicho el Señor a Saulo que debía tomar su mochila y marcharse a servirle a la China, (por decir algún lugar lejano) de seguro que lo habría hecho sin demora ni titubeos.

Pero, en Su gran sabiduría Él sabía que había algo más urgente e importante como paso siguiente, y por eso le dice con serena calma:

*“Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que tienes que hacer.”* (9:6)

Al incorporarse para obedecer ese mandato, se encuentra con algo totalmente imprevisto:- ¡había quedado ciego!

Muchos años después, en su testimonio ante la multitud enfurecida en Jerusalén que deseaba quitarle la vida, él lo expresa de manera muy significativa:

*“Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco.”* (Los Hechos 22:11)

La luz del sol que vemos a diario es tan potente, que si por un pequeño descuido fijamos la mirada en él, aunque más no sea por una fracción de segundo, el resultado ha de ser inevitable. Las cosas a nuestro alrededor que antes veíamos con total nitidez, ahora se nos presentarán borrosas o desdibujadas, por el efecto deslumbrante de la luz solar.

¡Qué sencilla, pero hermosa y profunda analogía!

La potencia de esa luz que le resplandeció era tal, que sobrepasaba en intensidad la del sol, como él mismo lo afirmó, también mucho después, en Los Hechos 26:13:

*“...yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol...”*

Le encandiló de tal manera que lo dejó ciego – ya no podía ver nada de lo que antes veía continuamente y con toda claridad. Y al recobrar la vista, todo lo habría de ver diferente, con una visión nueva y distinta que le haría ver todo color de Jesús, y de Su amor y de Su gracia.

Una hermosa analogía, como decimos, desplegada llamativa y poderosamente en la conversión de Saulo, pero que también se presenta cada vez que un ser humano de verdad nace de nuevo.

Lo terrenal y mundano, que antes se amaba y llenaba la visión, se nubla y pierde valor e importancia. En lugar de ello, la luz bendita y gloriosa de Cristo se convierte en el foco central y principal, que nos atrae y fascina, y toda nuestra vida comienza a girar en torno a ella.

Al llegar a Damasco, al parecer sin que el Señor le dijera más nada, él bien pronto supo lo que debía hacer.

*“...así que, llevándole de la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.”* (9:8b-9)

Podemos imaginar a la anfitriona - quienquiera que haya sido - a poco de recibirlo, ofrecerle algo de beber y preguntarle si la comida que tenía preparada era de su agrado.

Para su gran sorpresa, se encuentra con que Saulo no acepta el vaso de agua que le ofrece, y se disculpa diciéndole que tampoco desea nada de comer.

Una vez encerrado en su habitación, sin la menor pérdida de tiempo, comienza a hacer lo que bien sabe que debe hacer: orar. Y lo hace como no lo había hecho nunca antes en la vida, por el espacio de tres días, durmiendo unas horas cada noche para reponer energías, y poder continuar a la mañana siguiente en esa labor imperativa y de mayor importancia que ninguna otra, sobre todo en ese punto crucial en que se encontraba.

De ese volcarse tan de lleno a la oración, no se nos da ningún pormenor concreto, excepto la visión que tuvo al tercer día de que un varón llamado Ananías, venía para imponerle las manos a fin de que recobrase la vista.

Sin embargo, sin temor de equivocarnos, podemos emitir unas buenas consideraciones sobre lo que habrán sido esas horas y esos días de tan intensa oración.

Lo primero que se debe haber manifestado en ellos debe haber sido, sin lugar a dudas, el más profundo arrepentimiento, empezando por reconocer que toda su vida pasada había sido un gran error.

Aun cuando no lo podemos corroborar por un versículo que lo afirme puntualmente, creemos que el diablo, con su astucia y ojo de lince que le caracterizan, tal vez por su carácter, “todo o nada”, y su absoluta sinceridad e integridad en cuanto a lo que él entendía que agradaba a Dios, intuía que estaba destinado a ser un vaso elegido por el Señor para Su servicio y para algo muy especial.

Por lo tanto, se propuso incitarlo y enfervorizarlo contra el Señor y el verdadero camino, llenándolo de una saña y una furia realmente fuera de lo normal.

*“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor...” (9:1)*

*“Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes, y cuando los mataron yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.” (26:9-11)*

Esa furia y esa crueldad de ver a gente inocente, totalmente exenta de crímenes y delincuencia, encarcelada, castigada y muerta por el solo hecho de no prestarse a negar su fe, y aprobarlo como si fuera un acto de bien, era algo que sólo podía provenir de ese ser tan malvado – el diablo – cuyo propósito es siempre hurtar, matar y destruir. (Ver Juan 10:10)

Al autor no le cabe duda de que, en el caso de Saulo – como así también en algún otro que ha conocido, y tal vez muchos otros que le son desconocidos – se ha tratado de una maniobra oscura y premeditada del mismo Satanás.

La misma consistía, y consiste, en querer adelantársele al Señor, intuyendo como decimos que Saulo iba a ser un instrumento especial para Él, buscando llenarlo y saturarlo de su odio, furia y muerte, para obstaculizar al máximo la obra de Dios en su vida.

Comprendemos que para algunos esto puede resultar una conjetura algo rebuscada y no muy clara. La presentamos como una comprobación empírica, ya que, como queda dicho, no podemos aportar ninguna Escritura que lo confirme puntualmente.

Sin embargo, los dos factores latentes en todo esto – la sabiduría y astucia infernal del enemigo, y el odio igualmente infernal con que busca hacer guerra contra los santos de Dios, tienen pleno asidero bíblico, y eso nadie lo podrá cuestionar.

Siguiendo hacia adelante, cuando el odio y la furia hasta la muerte han invadido un alma en tamaña medida, un arrepentimiento a nivel mental, solamente acompañado de una determinación de no reincidir, por cierto que no resulta suficiente.

Toda esa maldad deja lo que llamamos, por falta de una definición más específica, células vivas en el organismo moral y psíquico de la persona, y se hace necesario expulsarlas, so pena de que, de no hacerse, a la larga y a su tiempo podrán reactivarse e impulsar a quien las tenga a “volver a las de andar.”

Esta expulsión, que consideramos más que aconsejable, imprescindible, si es que se ha de llegar a un fin firme y sólido, no se logra por cierto con recursos de lógica, filosofía, psicología ni psiquiatría.

Siendo como son, un producto del mismo diablo, el único remedio eficaz lo constituye la fuerza contraria establecida por Dios en Su palabra, y que es el verdadero arrepentimiento, y en profundidad, por la gracia y el poder del Espíritu Santo.

El mismo se manifiesta con lo que solemos llamar el quebrantamiento, que produce la más profunda contrición y humillación delante de Dios. Bajo el control del Espíritu, a menudo se prorrumpen en lágrimas y llanto que brotan con toda sinceridad desde lo más hondo del ser, y con una intensidad que va mucho más allá de un llorar de quien siente autocompasión, o está triste o cabizbajo.

En ese proceso, lo que en realidad está sucediendo es que esas que llamamos células vivas de maldad y odio, con que el diablo o sus secuaces han llenado las vidas de sus víctimas, están siendo expulsadas del organismo, a la par que las lágrimas que suelen chorrear, nos hablan de los lavajes y enjuagues internos que el Espíritu está efectuando.

El resultado a que se llega después de un quebrantamiento de esa índole, es el de un alivio y bienestar, al mismo tiempo que el de una liberación de un mal interno que ahora ha desaparecido, con el consiguiente efecto de una muy saludable paz y calma interior.

Creemos que inicialmente, y por una buena parte de esos tres días en que estuvo orando, sin comer ni beber, esa sería la tónica general de lo que Saulo estaba experimentando. Es decir, que por medio de ese quebrantamiento, el Espíritu estaba eliminando de todo su ser ese aluvión de odio, blasfemia y muerte con que el enemigo lo había inundado.

Seguramente que con la más tierna y temblorosa contrición, estaría presentando sus súplicas y ruegos por misericordia y perdón, por haber tratado de esa forma tan injuriosa y cruel a los amados santos del Señor.

Al mismo tiempo, cabe la reflexión de que, con todo su conocimiento de la ley mosaica y su celo por ella, ahora se daría cuenta de que había estado quebrantando de la forma más absoluta el primer y más grande mandamiento de la misma: amar al Señor Dios con todo el corazón y todas las fuerzas.

Totalmente engeguedado, no reconociendo en Jesús al Emanuel - Dios con nosotros - prometido (Isaías 7:14), en vez de amarlo y honrarlo, lo había estado odiando con furia y a muerte.

¡A qué monstruosa contradicción había llegado, y en qué horrible pozo se encontraba encenagado!

Mas la misericordia divina lo rescató de todo eso, y lo transformó en un vaso muy particular y verdaderamente ejemplar. Además, en Su sabiduría y presciencia, el Señor sabía que todo ese proceso del más profundo arrepentimiento, lo iba a capacitar para poder *ministrar en esa línea particular* a tantos que más tarde habrían de ser salvados a través de él.

Sólo el que ha experimentado un profundo arrepentimiento puede comunicarlo a otros que lo necesitan. Notemos que en 2ª. Corintios 7:8-11 habla del arrepentimiento refiriéndose a él como "*la tristeza que es según Dios*", en unos términos, y con una profundidad y conocimiento de causa, que sólo puede provenir de quien ha experimentado personalmente el más profundo arrepentimiento.

Dentro del mismo tema concerniente al arrepentimiento, pero viendo las cosas ahora desde una perspectiva distinta, pasamos a acotar que, en general, es muy poco lo que la mayoría comprende en lo que atañe a la solemne gravedad del pecado y sus derivaciones.

Tomemos el ejemplo sencillo y concreto de un muchacho, que con maldad arroja deliberadamente una piedra y rompe el cristal de la ventana de un vecino.

Un cristiano normal, con la escasa comprensión que generalmente se tiene, se limitará a ver solamente el pecado en sí de semejante acción.

Como muy bien lo afirma Pablo mismo más tarde en Gálatas 3:24 "*...la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo...*"

En medio de todo el complejo y minucioso ritual del sacerdocio levítico, encontramos varios de los sacrificios que se debían presentar por pecados cometidos, ya sea por un israelita individualmente, o por el pueblo en forma colectiva.

Veamos los principales:

- 1) El sacrificio por el pecado en sí. (Levítico 4:3 y 6:17)
- 2) El sacrificio por la culpa, entendiéndose que al cometer ese pecado, transgrediéndose la ley divina, se ha incurrido en la culpabilidad moral de ir expresamente contra el mandamiento de Dios. (Levítico 5:15 y 6:17)
- 3) El sacrificio de paz. Esa culpabilidad a su vez ha llevado a un estado de enemistad contra Dios, y el presentar esa ofrenda era como deponer esa enemistad y recobrar la paz con Dios. (Levítico 3:1 y 6)
- 4) El sacrificio de acción de gracias, (Levítico 7:12) como secuela lógica de gratitud por la absolución y reconciliación logradas.
- 5) La restitución por entero del daño causado al prójimo, con el añadido de la quinta parte. (Levítico 6:1-5) Esto para muchos es desconocido. El autor recuerda el caso de una persona, al parecer convertida, que le contó que en su pasado, antes de depositar su fe en Cristo, había robado millones de un banco.

Al preguntarle si los había devuelto, sorprendido contestó que no, ¡que el Señor no le había dicho nada sobre eso! ¡Como si hiciera falta que Él nos diga que hay que devolver lo robado!

- 6) El holocausto o la ofrenda encendida, en la cual, a diferencia de los demás sacrificios, la totalidad del animal sacrificado debía hacerse arder sobre el altar. (Levítico 1:10-13) Esto denota la consagración total de la vida al Señor, que es la culminación correcta y racional a que debe llegarse en todo verdadero arrepentimiento. (Ver la conclusión del versículo 19 al final del Salmo 51, que es un pasaje clásico sobre el arrepentimiento: *“Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada.”*

No nos cabe duda de que, en su profundo arrepentimiento, de una forma u otra Saulo recorrió todo esto, y tal vez mucho más, durante ese tiempo que estuvo orando con ayuno y sin beber.

Y por supuesto que llegó ¡y de qué forma! a la culminación de la consagración íntegra y total de su vida al Señor.

El Dios que conocemos es un Dios que se deleita en los contrastes, y nos enseña tanto a través de ellos en muchas partes de la Biblia.

Uno de esos contrastes es el de Saulo de Tarso, que odiaba y perseguía a muerte a Jesús y a cuantos eran del Camino. Transformado por la gracia maravillosa que operó en su vida, pasó a amar apasionadamente al Señor, al punto no sólo de servirle con lo mejor de su amor y sus fuerzas, sino también de sufrir por Su causa y estar dispuesto a morir por Él. Esto último sabemos que, de hecho, lo consumó sobre el altar del sacrificio en Roma, al final de su carrera.

Por otra parte, en la primera de esas dos fases de su vida, apresaba y encarcelaba a hombres y mujeres, e incluso los llevaba a la misma muerte.

La gracia del Señor invirtió maravillosamente los papeles, cambiándole “el oficio”, y así pasó a ministrar a otros la gloriosa libertad con que Cristo nos hace libres, y a comunicarles nueva vida en abundancia en Él.

Benditos contrastes de Dios, que truecan la oscuridad y tinieblas en luz admirable; el odio y la amargura en amor y en celestial dulzura; la esclavitud del pecado y del mal, en la gloriosa libertad de los hijos de Dios; la horrenda perdición del alma, en salvación segura y eterna.

Pasados esos tres días, el relato de Lucas sigue dándonos cosas muy sustanciosas.

El mandato del Señor a Ananías incluía señas precisas. En efecto: Saulo, por quien debía orar para que recobrase la vista, se encontraba hospedado en la casa de un tal Judas, situada en la calle que se llamaba *Derecha* (¡no Izquierda!), coincidiendo con lo que Dios

estaba haciendo ahora en su vida, i.e. haciéndolo comenzar a andar por veredas derechas, según la promesa de Proverbios 4:11.

Al poner sus manos sobre él, Ananías pronunció las palabras:

*“Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció por el camino donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.”* (Los Hechos 9:17)

El Señor le había hecho entender y saber con toda seguridad, que el que había sido perseguidor cruel e implacable, ahora había pasado a ser un hermano suyo de verdad.

La oración de Ananías, a quien en un libro anterior hemos calificado de “un soldado raso” muy fiel, a quien le cupo este altísimo honor, tuvo el efecto anticipado por el Señor, tanto a Ananías, como a Saulo en la visión que él había tenido. Fue el de recobrar la vista, pero para ver todo de ahí en más con ojos muy distintos.

De muchísima sustancia son las últimas palabras de Ananías: *“...y seas lleno del Espíritu Santo.”*

No faltan los casos en que, al producirse una conversión clara y notable, se procede en algunas partes a la imposición de manos con miras a que el nuevo convertido sea inmediatamente lleno del Espíritu.

No dudamos de que esto sea acertado y aconsejable en algunos casos, pero hay otros en los cuales resulta contraindicado. Nos referimos a aquéllos de personas que en su pasado han estado muy inmersos en el pecado, en el mundo, o bien en el ocultismo.

Al orar por ellos de esa forma, es muy posible que se les pueda comunicar alguna gracia o don, pero si las secuelas de ese pasado tan oscuro no han sido debidamente tratadas, es muy probable – por no decir, casi seguro – que eventualmente, después de yacer debajo de la superficie por algún tiempo, afloren y vuelvan a manifestarse, con consecuencias ruinosas.

En el caso particular de Saulo, vemos con toda claridad la sabiduría del Señor, reflejada en el proceso porque atravesó en ese breve espacio de tres días.

Nada de intentar llenarlo del Espíritu inmediatamente después de haber puesto su vida totalmente en las manos del Señor. En cambio, tres días de intensa oración y arrepentimiento, para vaciarlo de todo ese odio y furia de que estaba tan repleto.

Logrado ese objetivo, ahora sí podía ser verdaderamente lleno del Espíritu Santo – *pero no anteriormente.*

Comprendemos bien que el trato de Dios difiere en un caso del otro, y que no se puede aplicar la misma regla para todos, ni seguir el mismo curso en cada oportunidad que se presente.

No obstante, afirmamos que hay ocasiones en que debe haber un vaciado profundo, antes de que se pueda ser realmente lleno del Espíritu. Y creemos que lo estamos afirmando con pleno conocimiento de causa: – no se puede estar lleno a la vez de dos cosas totalmente opuestas y contrarias.

Después de esa muy laboriosa tarea de orar con toda la fuerza de su ser por tres días, sin comer ni beber, físicamente quedó extenuado y sin fuerzas.

Sin embargo, antes de comer quiso ser bautizado de inmediato, como testimonio público de que su vida pasada – su viejo hombre – había sido sepultada, y que se levantaba como una nueva criatura en Cristo, para seguir en su vida un curso diametralmente opuesto.

De la seriedad con que él tomó el bautismo, nos habla con clara elocuencia lo que años más tarde escribió en Romanos 6:3-4:-

*“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?”*

*“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.”*

Por cierto que debemos tener esto muy presente, e inculcar a quienes desean bautizarse, que lo hagan con solemne seriedad, y tomen

conciencia de que en verdad se trata de un testimonio de sepultura de todo lo viejo, y que se ha entrado en una vida nueva, en unión con Cristo y los Suyos.

Como vemos, la conversión de este gran apóstol y siervo de Dios, no sólo nos resulta ejemplar, sino que también se desprenden de ella numerosos puntos y verdades de suma importancia.

Al encargarse de que fuera tan completa – tan íntegra – el Señor estaba poniendo un fundamento muy firme, para poder edificar sólidamente sobre el mismo todo el rico y trascendente propósito que tenía para su futuro.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 17 – El apóstol Pablo (2) Depositario de gracia superlativa.-**

*“...habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue mas abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.” (1ª. Timoteo 1:13-14)*

Quizá una de las cosas que más resalta de entre la gran gama de virtudes, dones y bendiciones con que Pablo fue investido por el Señor, lo constituya el haber sido hecho depositario de gracia superlativa, tal cual reza nuestro subtítulo.

Antes de avanzar, digamos que en el Nuevo Testamento la palabra *gracia* se emplea mayormente con dos acepciones principales.

La primera denota un favor gratuito e inmerecido, tal como aparece en Efesios 2:8-9:-

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”*

La segunda se relaciona con la capacitación divina para afrontar o llevar adelante airoosamente, cosas que, librados a nuestras propias fuerzas y recursos, nunca podríamos sobrellevar ni acometer.

*“...Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.” (2ª. Corintios 12:9)*

En este segundo sentido la encontramos mucho más a menudo que en el primero. Como dato de interés, acotamos que en el Nuevo Testamento, según la Concordancia Exhaustiva de Strong, la palabra *gracia* aparece 131 veces en total.

De éstas, 91 corresponden a las epístolas paulinas, a las que hay que agregar 2 brotan de sus labios y que se encuentran en Los Hechos (20:24 y 32) dando un total de 93. Ahora bien, si aceptamos que Pablo escribió Hebreos, habría que agregar otras 8, con un total de 101, mientras que de la pluma de todos los demás que han escrito en el Nuevo Testamento, nos queda un total ya sea de 38 ó de 30, respectivamente.

De manera que, tanto en un caso como en el otro, Pablo ha empleado esta palabra particular muchas más veces que la suma de todos los demás escritores del Nuevo Testamento, es decir Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Santiago y Judas.

Esto no es para desmerecer de ninguna forma a los demás, que se destacan por otras características y virtudes, cada cual en la medida y en la proyección que le fueron dadas por el Señor. En cambio, es para subrayar que en este aspecto particular de la gracia, Pablo sobresale clarísimamente por encima de los demás.

Sus epístolas nos presentan el régimen de la gracia, y lo abren como un gran abanico multicolor, de una forma mucho más rica y abundante que la que se nos da en los demás escritos.

Cierto es, no obstante, que estos últimos, siendo inspirados por el Espíritu Santo a través del conducto de siervos fieles – y dos de ellos,

muy eminentes por cierto, como Pedro y Juan – no pueden ni deben de ninguna forma conceptuarse como de una categoría inferior. Se trata sencillamente de que en este aspecto específico de la gracia no alcanzan la misma profundidad y riqueza.

Otro dato de interés es que en cada una de sus epístolas, tanto en la salutación inicial como en el cierre de la misma, aparece la misma palabra gracia. Por ejemplo, en 1ª. Tesalonicenses 1:2, tenemos:

*“...Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”* Y, al finalizar:

*“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén.”* (5:28)

Como un ejercicio saludable y provechoso, si lo desea, el lector podrá cotejar y comprobar que efectivamente, esto es así a muy poco de empezar cada epístola, y cerca del final de la misma.

La única excepción que encontrará es al principio de Hebreos, que, como es de dominio general, no se sabe a ciencia cierta si la escribió él o algún otro.

También hallamos que en varias de sus epístolas emplea la misma palabra gracia un buen número de veces: en Romanos 24, en 1ª. Corintios 8, y en 2ª. Corintios 13. Es decir, que no sólo la pone al principio y al final, sino también en el resto de la epístola, entrelazada con la enseñanza, amonestación, exhortación o revelación que va desarrollando.

Esto equivale a decirnos que todo nace o comienza en la gracia; que también se desarrolla, crece y madura a través de ella, y asimismo concluye en la culminación y realización plena, por esa misma gracia que le dio su origen y le fijó su bendito destino final.

Para concluir esta sección del capítulo, agregamos una consideración que conceptuamos muy importante.

A los fines de equipar a un siervo de Dios y capacitarlo para un determinado tema o labor, el criterio natural y humano que muchas veces prevalece, es el de adoctrinarlo y adiestrarlo con los estudios, consejos e instrucciones más adecuados en la esfera particular a que se va a abocar.

A menudo esto se hace enviándolo a un seminario o instituto bíblico, del cual puede egresar casi como un erudito en las materias que ha estudiado y aprobado.

Nada de esto ha de despreciarse, si bien es verdad que los resultados no siempre son plenamente satisfactorios.

Pero, en contraste, señalamos cuál es el procedimiento que Dios emplea cuando quiere levantar a un siervo – como a Pablo, en quien estamos – como un abanderado de una faceta particular de todo su vasto consejo – en este caso puntual, Su gracia soberana y suprema.

No utiliza la vía mental y racional, y en cambio, lo levanta del nadir del horrible abismo en que se encuentra, y deposita y derrama sobre él raudales y torrentes de gracia que lo elevan al cenit de las glorias más sublimes.

De esta manera, el agraciado siervo de Dios no tiene más que echar mano del riquísimo caudal con que ha sido saturado, para comunicarlo rica y eficazmente a sus semejantes por la virtud del Espíritu Santo.

Esa comunicación podrá ser por su palabra oral o escrita, o bien por sus oraciones, a veces por su sola presencia y sin palabras, y hasta en alguna oportunidad, por una caricia, gesto o ademán, que quizá inadvertidamente para él, se convierte en un conductor de esa gracia.

Con esto no queremos despreciar ni desmerecer el valor del estudio mental y racional, ni el de echar mano de tantas facilidades con que contamos actualmente para pulirnos y ampliar nuestros conocimientos.

Empero, a la hora de la verdad de recibir e impartir la verdadera gracia de Dios, que lo tengamos bien claro que la misma sólo se

encuentra en Él – la fuente eterna e inagotable – y de la cual “*tomamos todos, gracia sobre gracia.*” (Juan 1:16)

O, mirándolo desde otro punto de vista:

“*No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo.*” (Juan 3:27)

No vayamos nunca, pues, a otras fuentes, a buscar lo que sólo Dios nos puede dar.

#### La oración en su vida.-

Otro aspecto sobresaliente en la vida de este gran siervo fue, sin lugar a dudas, la oración.

Tras su conversión en el camino a Damasco, lo primero que hizo el Señor con él fue, lo que nos atrevemos a llamar “*bautizarlo en la oración.*”

Privado temporariamente de la vista, sin comer ni beber, aparte del descanso y el sueño para reponer energías, no hubo otra cosa para él durante esos tres días que orar, orar y orar.

Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, esa oración, por lo menos en los comienzos, fue del más tierno y tembloroso arrepentimiento. En ese aspecto particular, Pablo fue un verdadero arrepentido, y como tal, más tarde fue muy usado por el Espíritu de Dios para llevar a muchas almas al arrepentimiento para vida.

Pero además de eso, en 2ª. Corintios 7, en el breve espacio que va del versículo 9 al 11, como ya señalamos anteriormente, nos ha volcado muchísima verdad, sabiduría y profundidad en cuanto al arrepentimiento, escribiendo cosas que sólo pueden brotar de un verdadero y profundo arrepentido.

Nos hace pensar en David y el Salmo 51 – un verdadero clásico sobre el arrepentimiento – con los cuales guarda estrecha reminiscencia, por haber sido David también un verdadero y profundo arrepentido.

El pasaje de 2ª. Corintios 7 a que nos hemos referido, merece unos buenos párrafos, pero los encontrará el lector como un apéndice al final del capítulo, para no interrumpir el hilo que llevamos.

La narración que nos da Lucas, no nos da detalles concretos de cómo, por qué y para qué oraba Pablo. Lo que hemos consignado y comentado en cuanto al fuerte ingrediente del arrepentimiento, creemos que es algo innegable, y que nadie que tenga buen criterio podrá ni querrá cuestionar.

Con todo, durante ese espacio de tres días, indudablemente Pablo también debe haber consagrado su vida al Señor en forma total e incondicional.

También es muy probable que, hacia el final de ese tiempo, aparte de darle la visión de Ananías, que venía a imponerle las manos para que recobrase la vista, el Señor le haya dado instrucciones y revelación en cuanto a Sus planes y propósitos para su futuro ministerio.

En resumidas cuentas, en esos tres días hizo sus primeras armas en esa esfera de la oración, que iba a resultar de capital importancia en todo el recorrido que tenía por delante.

Casi diríamos que nos asombra comprobar la forma constante, a veces ininterrumpida, en que se prodigaba en la oración.

A los romanos les escribe:

“*Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones.*” (Romanos 1:9)

Igualmente a los efesios:

“*Por esta causa...no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.*” (Efesios 1:15-16)

Por otra parte, a los filipenses les dice:

“*Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros.*” (Filipenses 1:3-4)

A los colosenses:

*“Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo...”* (Colosenses 1:3)

A los tesalonicenses:

*“Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro...”* (1ª. Tesalonicenses 1:2-3)

A Timoteo:

*“Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día...”* (2ª. Timoteo 1:3)

A Filemón:

*“Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones.”* (Filemón 4)

No podemos pensar que términos tales como *siempre, sin cesar, noche y día y no ceso*, los haya usado figurativa o simbólicamente.

Por ende, nos preguntamos ¿de dónde sacaba tanta energía – tamaña vitalidad – semejante fortaleza – no sólo espiritual, sino también física y mental, para poder brindarse a la oración de esa manera tan formidable?

Sin duda, la respuesta es que provenía de la virtud y la gracia inagotable del Espíritu Santo, que llenaba su corazón, mente y ser entero, para que pudiera ser una ofrenda continua de oración a su Dios y a su Cristo.

Visto desde otra perspectiva, nos maravilla que el Espíritu de Dios haya podido comprimir tanta capacidad para orar – y tanta gracia y gloria en muchas otras facetas – dentro de un vaso tan pequeño y tan frágil como lo era este varón llamado Pablo, que, como sabemos, significa pequeño.

Vistas las citas anteriores, nos damos cuenta del tremendo peso que llevaba su exhortación a los tesalonicenses, y por extensión a todos nosotros:

*“Orad sin cesar.”* (1ª. Tesalonicenses 5:17)

En esa prodigiosa vida de oración, llegó a escalar cimas verdaderamente gloriosas. Dos de ellas se encuentran en su epístola a los efesios, en el primer y tercer capítulo. De ambas nos habremos de ocupar con bastante extensión en los dos capítulos finales de esta obra.

Una tercera, anterior a las otras dos cronológicamente, la encontramos en Romanos 9:1-3:

*“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón.”*

*“Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne.”*

Semejante nobleza y sacrificio en la oración e intercesión, los encontramos tal vez igualados solamente una vez en los anales de las Escrituras, y superado también tan sólo una vez.

Tal vez igualados en la ocasión en que Moisés intercedió por Israel en Éxodo 32-32

*“...pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado.”*

*“Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.”*

Evidentemente, la nobleza y sacrificio de Pablo ya habían sido superados, pero sola y únicamente por el sacrificio supremo de Cristo por nosotros. Él fue más allá de desear sinceramente ser anatema, a ser hecho maldición por todos nosotros, en carne viva y de forma consumada y total.

Toda esta grandeza – la de Moisés y la de Pablo – y la superlativa de nuestro Señor Jesucristo – no pueden sino tener el efecto muy saludable de hacer que nos sintamos y sepamos muy pequeños. Al

mismo tiempo, nos debe motivar a superarnos, dejando atrás toda mediocridad o tibieza, y toda mezquindad y egoísmo.

----- ( ) -----

## **CAPÍTULO 18 – El apóstol Pablo (3)**

### **El pionero estoico y heroico**

*“...Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos a todo hombre, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.”* (Colosenses 1:27b-29)

*“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo.”*

*“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.”* (Filipenses 3:7-8)

Estas citas nos permiten visualizar bastante en lo concerniente a la vida interior de Pablo, y la forma en que él iba escalando posiciones, o si se quiere, profundizando más cada vez, pero siempre con la mira de poder llevar a otros a un lugar de mayor altura y profundidad en Cristo Jesús.

Para comprender mejor las cosas, debemos partir de la base de la amplia y muy vasta visión que tenía de Cristo, que estaba muy, pero muy por encima, de lo que es normal y corriente entre la mayoría de los creyentes y siervos de estos tiempos.

Para sopesar en algo la vastísima amplitud de su visión, recurrimos a otras dos Escrituras:

*“...me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.”* (Efesios 3:8)

*“Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio a vosotros que estáis en Roma.”* (Romanos 1:15)

Para él, el evangelio era mucho más que el mensaje de perdón, salvación y vida eterna, en base a la crucifixión, muerte y resurrección de Jesucristo.

Desde luego que eso era - y sigue y seguirá siendo siempre - la piedra fundamental sobre la cual todo lo demás se apoya y descansa. Pero, a ese “*todo lo demás*” él lo define como riquezas inescrutables.

Es decir, que por su profundidad y altura, y su inconmensurable magnitud, van mucho más allá de lo que los seres humanos, aun con la ayuda y revelación del Espíritu, podemos abarcar y sondear.

El versículo de Romanos que hemos puesto en la segunda cita resulta casi sorprendente. Está escribiendo a los creyentes en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos, y, por cuya fe, que se divulgaba en todo el mundo, él daba gracias. (1:28)

De ellos sabemos que habían pasado por las aguas del bautismo, y tenían un buen caudal de enseñanza y experiencia cristiana.

Sin embargo, ¡afirma estar dispuesto a *anunciarles el evangelio* a ellos, los que estaban en Roma! Y como no sabe a ciencia cierta cuándo podrá ir a Roma para hacerlo, se despacha con la estupenda epístola dirigida a ellos, y sobre la cual muchos grandes teólogos han escrito un gran número de tomos, muy voluminosos algunos, intentando explorar e interpretar debidamente la formidable gama de enseñanza, principios y grandes verdades que contiene.

Eso basta de por sí para hacernos sentir como hormiguitas casi insignificantes, ante semejante gigante de la fe y de visión.

Ahora bien, a la gran mayoría de esas riquezas inescrutables, como él las llamaba, no las consideraba de forma objetiva, como si las contemplase y admirase, pero como si estuviesen separadas de su persona.

En cambio, las veía como algo muy subjetivo, destinado a encarnarse en su persona y vivencia práctica, y a su debido tiempo, a comunicarse a sus semejantes a través de su ministerio.

Asimismo, esas riquezas inescrutables él las valoraba apasionadamente, al punto que para poder alcanzarlas y absorberlas, estaba dispuesto, y de muy buen grado, a vaciarse y desprenderse de todo lo terrenal que pudiera dificultar o entorpecer ese logro que tanto ansiaba.

En el pasaje citado de Filipenses, ese logro él lo define como “*ganar a Cristo*” – a ese Cristo que se le había revelado tan maravillosamente en el camino a Damasco – al cual amaba y servía con su mejor amor y con todas sus fuerzas – pero que anhelaba tenerlo en una medida cada vez mayor.

Esto no era un fin en sí, sino el medio ideal y único para poder comunicarlo debida y eficazmente a los demás. Por *los demás* debemos entender mayormente a sus hijos espirituales, tales como los efesios, corintios, tesalonicenses, filipenses, gálatas, etc.

Su amor hacia ellos desbordaba de tal forma, que ansiaba verlos crecer y desarrollarse, para así alcanzar mayoría de edad y plenitud de vida en Cristo Jesús.

Sabía muy bien que para que ello fuese posible, él como padre de todos ellos, no podía quedarse estancado, pues ello inevitablemente los condenaría a quedar en el mismo estado.

Por ende, buscaba metas y logros más altos cada vez, comprendiendo bien que ello le permitiría en su ministerio llevar a sus hijos más hacia delante, y más hacia arriba.

Al mismo tiempo, debemos señalar que este anhelo suyo no se limitaba a los que él había engendrado en el evangelio. También se extendía hacia otros, como los colosenses y laodicenses, engendrados por Epafra, a los romanos, que ya estaban en la fe, aunque no sabemos por mediación de quién o quiénes. Y aparte de abarcar a congregaciones o iglesias enteras como las que hemos mencionado, también estaba encaminado de manera personal y en forma particular, hacia consiervos más jóvenes y en formación, como Timoteo, Tito y muchos otros.

#### *La Escuela Móvil de Formación Ministerial.-*

En este último sentido, leyendo con cuidado Los Hechos y sus epístolas, vemos que a menudo se encontraba acompañado de hermanos y consiervos, en la mayoría de los casos de esa categoría de más jóvenes, y en formación.

Citamos a algunos de ellos, aparte de Timoteo y Tito, ya consignados más arriba: Sóstenes (1<sup>a</sup>. Corintios 1:1), Estéfanos, Fortunato y Acaico (1<sup>a</sup>. Corintios 16:17), Aquila y Priscila (Los Hechos 18:18), Tíquico (Efesios 6:21 y Colosenses 4:7-8), Epafra (Colosenses 1:7 y 4:12), Lucas, el médico amado (Colosenses 4:14, etc.), Juan Marcos (2<sup>a</sup> Timoteo 4:11 y Colosenses 4:10), Aristarco (Colosenses 4:10), Jesús, llamado Justo (Colosenses 4:11), Sópater, Segundo, Gayo y Trófimo (Los Hechos 20:4) y seguramente muchos más, incluso Clemente y varias mujeres como Febe y otras (Filipenses 4:3 y Romanos 16:21).

No tenemos duda de que, redimiendo el tiempo y aprovechando las oportunidades, Pablo compartiría con todos ellos del rico caudal de sus conocimientos y experiencia, en lo que nos place denominar, según el subtítulo, *La Escuela Móvil de Formación Ministerial*, a su cargo y bajo su dirección.

¡Cuánto habrán aprendido y asimilado todos estos fieles siervos, bajo la tutela de semejante maestro!

#### *Siempre en busca de lo más alto.-*

Volvamos ahora al primer pasaje citado en este capítulo – el de Colosenses 1:27-29.

En el mismo vemos que en ese afán, y esa labor de buscar presentar a todo hombre perfecto en Cristo Jesús, él trabajaba, luchando

según la potencia de Él (Cristo), la cual actuaba poderosamente en él (Pablo).

Era una labor en que debía darse de lleno, prodigándose intensamente, y luchando – luchando en oración y con fe, y la palabra de Dios que fluía tan abundantemente en su interior – como quien lucha para abrirse paso y superar cuanto escollo se le presente.

Y esto lo hacía, no en sus propias fuerzas, sino merced a la potencia de Cristo que operaba poderosamente en él.

Así tenemos un cuadro sencillo y claro:- el obrar de Cristo cada vez en mayor profundidad en su vida, y como resultado, una mayor medida de desarrollo, crecimiento y maduración en aquéllos a quienes ministraba esas riquezas por la virtud del Espíritu Santo.

En definitiva, tal y cual reza el título, un estoico y heroico pionero, que iba en la delantera, abriendo brecha y despejando el camino, para que otros pudieran avanzar y seguir en sus pisadas de fe, realización y fruto para vida eterna.

#### El hombre ubicuo.-

*“Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros...” (Colosenses 2:5)*

*“Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho.”*

*“En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo...” (1ª. Corintios 5:3-4)*

Estos dos pasajes echan de ver cómo Pablo, en algunas oportunidades trascendía los límites normales de espacio, y con su espíritu se ubicaba en situaciones de urgencia, gravedad o importancia, para actuar con la sabiduría y autoridad que el Señor le había dado.

No obstante, debemos puntualizar que lo hacía por el conducto visible y tangible de su pluma, por medio de sus epístolas, y no por el desplazamiento incorpóreo de su espíritu hacia otros lugares.

Esta aclaración es muy importante, pues en esta esfera hay quienes han caído en el error y en un lazo del enemigo, al buscar por vía psíquica o “espiritual” comunicación con otros ausentes y a distancia, y en algunos casos hasta difuntos. Esto desemboca inevitablemente en el espiritismo, con todas sus nefastas consecuencias.

#### Pablo el escritor.-

Sus escritos son un legado inestimable que ha quedado para la iglesia de todos los tiempos. Constan de trece epístolas – catorce si es que él escribió Hebreos – del total de veintiuna que contiene el Nuevo Testamento.

Sabemos que además, escribió por lo menos una más, dirigida a los laodicenses (ver Colosenses 4:16), la cual no ha sido incluida en el canon de las Escrituras.

El orden en que se nos presentan en el Nuevo Testamento no guarda una relación cronológica. La primera y segunda a los Tesalonicenses, por ejemplo, fue escrita durante su segundo viaje misionero, con anterioridad a Romanos, escrita cuando se encontraba de regreso de su tercer viaje.

El contenido de las mismas se complementa con los evangelios, Los Hechos y las demás epístolas no escritas por él, y el Apocalipsis – es decir con todo el resto del Nuevo Testamento – para darnos el cuadro completo de la revelación divina para la época actual de la gracia, más la predicción profética del final de los tiempos y la culminación del programa eterno de Dios.

Quizá una de las cosas que más resalta es lo Cristocéntricas que son todas sus epístolas. Aun en el tratamiento de los temas más prácticos de la iglesia – el orden en las reuniones, la disciplina, el funcionamiento de los dones, etc. – siempre encontramos entrelazado en todo ello el lugar absolutamente céntrico y preeminente de Jesucristo, el Eterno Hijo de Dios.

La forma repentina, radical y maravillosa en que se convirtió, se debió a la revelación directa de Jesucristo a través del fogonazo

deslumbrante de Su luz admirable, y de oír Su voz que le hablaba audiblemente en su lengua materna.

Este comienzo tan singular y sobresaliente, sin duda sentó la base de su comprensión tan particular y especial de la plenitud infinita del Cristo de Dios, y del hecho de que en todo Él debía tener la preeminencia. (*...para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.*) (Colosenses 1:18-19)

Esto está reflejado fielmente de una forma u otra en todas sus cartas, y guarda estrecha armonía con lo que David escribió proféticamente en el Salmo 40:7, y que resulta normativo en el orden de Dios en cuanto a las Escrituras:

*“Entonces dije: He aquí, vengo;*

*En el rollo del libro está escrito de mí.”*

Desde luego que, siendo un hombre que vivía en la plenitud del Espíritu Santo, él lo conocía personalmente como el Consolador que lo guiaba y capacitaba para cuanta empresa acometiese en la voluntad de Dios. Además de eso, él nos ha dejado en sus escritos más verdades y principios acerca de los dones del Espíritu Santo que ningún otro escritor de la Biblia entera.

Con todo, esto no le hacía desviarse en lo más mínimo, y siempre, bajo la inspiración del mismo Espíritu Santo, se ceñía a esa tónica clara e inequívoca del lugar céntrico de Cristo en la revelación de Dios.

La misma está fuertemente reforzada por los tres primeros versículos de Hebreos, que por su gran relevancia sobre el particular en que estamos, citamos íntegramente:

*“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.”*

Sea Pablo, sea Apolos, o quien fuere que haya escrito Hebreos, esto es determinante y confirmatorio de lo que venimos diciendo: el lugar preeminente que en la economía divina, Dios el Padre le ha querido acordar a Su Hijo amado.

En no pocos círculos de la iglesia universal, seguramente con el deseo de experimentar una mayor medida del poder del Espíritu Santo, se advierte que se le da una primacía que, a veces, hasta nos ha llevado a sentir que el Padre y el Hijo han quedado relegados en algo a un plano de menor importancia, aunque tal vez involuntaria o inconscientemente.

Sabemos muy bien que en el Trino Dios no hay ni habrá nunca ninguna rivalidad ni cosa semejante. Sin embargo, nos agradecería que muchos que, de una forma u otra se han deslizado hacia ese desequilibrio, pudieran aceptar el sano correctivo que, sobre el tema, nos dan las Escrituras. Y estamos convencidos de que esto no supondría de ninguna forma una merma o disminución del poder del Espíritu Santo en su servicio al Señor.

*Pablo, el sacrificio vivo.-*

*“Os aseguro hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que cada día muero.” (1ª. Corintios 15:31)*

Y ¿cómo no? – pasamos ahora a referirnos al enorme precio que Pablo debió pagar para constituirse, por la gracia del Espíritu Santo, en depositario y ministro de tamaño y variadísimo caudal de luz, verdad y revelación, como el que recayó sobre su pequeña y gran persona.

No debemos especular ni entrar en conjeturas en cuanto a qué o cuál haya sido lo que él llamó el aguijón de su carne. Baste decir que lo describió como un mensajero de Satanás para que lo abofetease, para comprender lo doloroso y cruel que debe haber sido.

No obstante, ese mismo mensajero de Satanás estaba sirviendo a los planes y propósitos de Dios para su vida.

Uno de ellos era el de protegerlo, o vacunarlo eficazmente, contra el envejecimiento, que ha sido la trampa en que tantos, a través de la historia, han caído para su ruina.

Otro también, y de la mayor importancia, era el de liberar una mayor medida del poder de Cristo, al establecer el circuito latente en la electricidad, por ejemplo, de brindarse él, como el polo negativo, carente de toda fuerza propia, al positivo de la omnipotencia del Cristo de Dios, al cual toda potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra. (Mateo 28:18)

No debemos dejar de apreciar también el inestimable valor y consuelo de la promesa del Señor: *“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.”* (2ª. Corintios 12:9)

A pesar de lo duro y doloroso de todo lo que tenía que sufrir, había una gracia que le permitía sobrellevarlo con entereza y sin claudicar.

Pero, quizá por encima de todo, resalta la forma en que, al comprender estas tres cosas, él enfrentaba cada nueva prueba o debilidad que se le presentase.

*“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.”*

*“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” (2ª. Corintios 12: 9 y 10)*

Cuando le llovían todas esas cosas, ¡en lugar de amilanarse y afligirse, las recibía de buena gana y se gozaba en ellas!

Quien esto escribe, ha conocido con el correr de los años, en alguna medida – por cierto que muy pequeña en comparación – el valor y la virtud del dolor y el sacrificio, en aras de una mayor unción, autoridad y gracia en el ministerio.

Sabiéndose como se sabe, sólo una pequeña hormiguita ante semejante gigante como Pablo, lo más que ha podido lograr es el mantenerse en firme resignación y fe en los momentos de prueba y dolor. Abrazarlo de buena gana y gozarse, como norma en cada adversidad, penuria o dolor, es algo que, francamente, por cierto que no lo ha podido alcanzar.

La única excepción es lo que ocurrió el día del entierro de un hijo querido, que falleció prematuramente y de forma trágica.

En esa ocasión, en que los deudos generalmente se sienten sumergidos en la mayor angustia, sin ninguna jactancia, y atribuyéndolo todo a la maravillosa gracia de Dios, pudo experimentar no sólo una profunda paz, sino también un gozo sobrenatural, como tal vez nunca antes había conocido.

Pero esta pequeña digresión, no debe de ninguna forma desviar nuestra atención del ejemplo tan noble, tan elevado y abnegado del amado apóstol Pablo. Su trayectoria, tan clara y precisa en todo, y en especial en este terreno del sacrificio y de pagar el precio como parte esencial de la verdadera vida cristiana y del ministerio, da el más rotundo mentís a aquéllos que proclaman, en lo que es *otro evangelio*, un camino fácil y regalado, exento de sacrificio, pruebas y dolores.

Para ir dando los toques finales al capítulo: al sopesar la carrera y el legado de Pablo para la iglesia de todos los tiempos, nos encontramos con el cuadro de un varón sobresaliente en todos los aspectos. Como siervo auténtico y dignísimo, como hombre de oración, como apóstol, profeta, evangelista, pastor móvil de muchas iglesias, maestro, predicador, escritor, sacrificio vivo y héroe y mártir – en todo rayó a gran altura, como tal vez pocos, muy pocos, lo han hecho.

Al ponderar, como lo hemos hecho, la inmensa valía de su vida y ministerio, no dejamos de reconocer que, a lo largo de la historia, el Señor ha tenido también muchísimos otras siervas y siervos insignes, abnegados y ejemplares.

Con todo, nos preguntamos si, con anterioridad a la segunda venida del Señor, entrará dentro de los designios de la voluntad divina, que el Espíritu Santo alumbré y forjara otro coloso de semejante fuste y de tamaño versatilidad. Por cierto que sería maravilloso.

----- ( ) -----

## APÉNDICE 1º

### “La tristeza que es según Dios.”

Tal como anticipamos, aquí va un comentario sobre el pasaje de 2ª. Corintios 7:9-11. En primer lugar, lo transcribimos textualmente.

*“Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciésteis por nuestra parte.”*

*“Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.”*

*“Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.”*

Seguidamente pasamos a desgranarlo.

Llaman la atención las palabras “*contristados según Dios*” y “*la tristeza que es según Dios*”, que no aparecen textualmente en ninguna otra parte de las Escrituras.

Brotan de la pluma de un hombre que, como ya dijimos, fue un profundo arrepentido, y que, además, guiado y enseñado por el Espíritu Santo en la arena de la experiencia práctica del ministerio, aprendió sobre el tema del arrepentimiento como quizá muy pocos lo hayan hecho.

¿Cómo se entiende “*la tristeza que es según Dios*”?

Antes de contestar esta pregunta, digamos que “*la tristeza del mundo*” está en un abierto contraste con ella.

Después de una orgía y trasnochada de quienes se entregan a los placeres mundanos, a la mañana siguiente, generalmente ojerosos y mal dormidos, se encuentran con un vacío interior que casi inevitablemente termina en una profunda tristeza.

Es la tristeza de haber quedado vacíos y frustrados, después de haber ido en busca de algo que les trajese satisfacción, y que les ha dado todo lo contrario.

Esa tristeza, a la que, desde luego, también se puede llegar por otras vías, no reporta ningún beneficio, sino muerte espiritual, tal como nos dice esta Escritura.

La tristeza según Dios es muy distinta. Volviendo a nuestra pregunta - ¿Cómo se la entiende? - empezamos por decir que Dios, en cuanto a sí mismo, los ángeles, y la mayoría del universo que ha creado, no tiene sino gozo y plena satisfacción.

Con todo, en cuanto al género humano - la pieza predilecta de Su creación - Él tiene profunda tristeza.

La misma se debe a que el hombre, hundido en el fango del pecado, no es el ser libre, dichoso y feliz que debería ser, y para lo cual fue creado.

Por el contrario, es en realidad un esclavo, a menudo lo que podríamos llamar un cerdo que se está revolcando en la inmundicia de la iniquidad, corrupción e inmoralidad, totalmente divorciado y apartado de Él, el Ser Supremo y Creador, que, al final de cuentas, es el único que le puede levantar y rescatar.

Por lo tanto, al dirigirse al hombre o la mujer no arrepentido, no puede hacerlo con acentos de alegría, como diciéndole:

“Ánimo, que ya vendrán tiempos mejores” - “alégrate, que tal vez las cosas cambien muy pronto”, o cosas semejantes.

Eso sería totalmente falso, y desde luego que Dios nunca le hablaría así. En cambio, al hablarle, ya sea a un pecador no arrepentido, o a un creyente descarriado, Dios lo ha de hacer con acentos de tristeza - de profunda tristeza - por comprender el lamentable estado en que se encuentra - y comprenderlo con toda la claridad y amplitud propia de Su total omnisciencia.

Por lo tanto, aun cuando le hable en términos de amor y de misericordia, Su hablar habrá de transmitir ese estado de tristeza que siente hacia él.

A menudo, también, el Espíritu Santo, empeñado en redargüirlo de pecado y llevarlo a la conversión o restauración, le habrá de infundir ese estado de verdadera tristeza.

Bien asumido el mismo, el resultado no ha de ser otro que el de querer descargarse de ella, y para esto nada más indicado y lógico que buscar a Dios en oración y con ánimo resuelto.

A veces, en nuestra prédica verbal, lo hemos ejemplificado así: un joven se encuentra en ese estado de contrición y tristeza según Dios, y un Sábado por la tarde, por ejemplo, lo vienen a buscar, instándole a que se una con ellos para

ponerse en copas y “disfrutar” de una noche de orgía y placeres de aquéllos que el mundo ofrece.

Encontrándose en esa condición, su reacción ha de ser:-

“Por favor, dejadme, que no estoy para esas cosas. Tengo una angustia y un pesar interno muy grande. No me habléis de salir a beber, bailar y pasar la noche en esas cosas.”

“Necesito a Dios. Tengo una gran necesidad – un clamor muy grande de ir a Él para desahogarme. Sé que sólo Él me puede dar la paz que anhelo y tanto necesito.”

“Id vosotros, si queréis. En cuanto a mí, yo me voy a mi cuarto para estar a solas con mi Dios y derramar mi alma ante Él. Él y sólo Él me podrá satisfacer. Fuera de Él yo sé que para mí no hay nada que valga la pena en la vida.”

Si esto sigue su debido curso, nos encontraremos con la secuela de siete consecuencias o resultados que nos da Pablo, la cual encierra, de forma condensada, verdades fundamentales sobre el arrepentimiento, que son de la mayor importancia, y que van mucho más allá del conocimiento, más bien superficial, que generalmente se tiene sobre el tema.

Tomando uno por uno los puntos que va señalando Pablo, en el orden en que aparecen, comenzamos por el primero:

#### 1) ¡Qué solicitud!

Estar solícito significa estar muy pendiente, en un estado bien consciente de preocupación por algo, con el ánimo de no dejar nada librado al azar, y que las cosas se desenvuelvan de forma totalmente satisfactoria.

Cuando se ha pecado y perdido el rumbo, inevitablemente sobreviene un escarmiento, causado por las dolorosas consecuencias a que se ha llegado.

Al retomar el rumbo correcto, el verdadero arrepentimiento lo lleva a uno a estar muy solícito por cuidar que la situación se remedie por completo en las dos dimensiones: vertical (la relación con Dios) y horizontal (la relación con nuestros hermanos y semejantes.)

Al mismo tiempo, esa solicitud se manifiesta en extremar el cuidado por asegurarse que de ninguna manera se vuelva a caer en el pecado, y la pérdida de rumbo que tanto perjuicio han ocasionado.

#### 2) ¡Qué defensa!

En nuestra comprensión práctica, avalada por la experiencia de muchos, visualizamos esto como el tenerlo muy claro que hay que levantar barricadas, y establecer una fortaleza firme y segura contra toda nueva intentona del enemigo de vulnerar las defensas, y penetrar otra vez en nuestra parcela.

Las medidas que tomó Nehemías en sus tiempos, al estar abocado a la reconstrucción del muro de Jerusalén, nos ilustran todo esto muy gráficamente.

Tomemos una de ellas.

*“Entonces por la partes bajas del lugar, detrás del muro, y en los sitios abiertos, puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos.”* (Nehemías 4:13)

Los enemigos estaban constantemente al acecho, y había que reforzar la vigilancia, sobre todo en los lugares bajos y más vulnerables, para restarles toda posibilidad de éxito.

Debemos identificar nuestros puntos débiles, y reforzarlos con una estrecha vigilancia y con toda la armadura de Dios. En la lucha contra el mal están en juego nuestros valores más sagrados e importantes, y no cabe de ninguna manera dejarle al enemigo el menor resquicio por donde pueda volver a infiltrarse.

#### 3) ¡Qué indignación!

Hay una indignación santa, tanto contra el enemigo de nuestra alma - que en algunos casos ha llegado hasta hacernos la vida casi imposible – como contra nuestra propia torpeza, ceguera, rebeldía o locura, que le ha dado lugar a él, para permitir que nos hiciese tanto daño.

Este gran daño puede haber tenido las derivaciones de robarle a uno la preciosa comunión con el Señor, mancharle las vestiduras, hacerle perder la paz y el gozo que tenía, restarle autoridad y efectividad en el servicio al Señor, proyectar sombras sobre la conciencia, traer turbación al alma, etc. etc.

Así se entiende que, por un arrepentimiento genuino y en profundidad, uno se levante en santa indignación contra uno mismo por haber sido tan necio en cederle terreno al maligno. Y junto con ella ha de ir, de seguro, la de hacer un voto solemne de no volver a dejarse seducir ni enredar por nada del mundo.

#### 4) ¡Qué temor!

El temor del Señor es el principio de la sabiduría, como se nos dice en Proverbios 9:10, y se corrobora en términos parecidos en Job 28:28, Salmo 111:10 y Proverbios 1:7.

Indudablemente, cuando se peca se pierde ese temor, que es tan precioso e importante, y de ello se derivan tristes y graves consecuencias.

No obstante, el auténtico arrepentimiento de que escribe Pablo, restaura plenamente ese temor. Más todavía:- valiéndose del escarmiento que se ha experimentado, el Espíritu Santo lo lleva a un nivel más alto y de mayor sensibilidad – a un sano temor y temblor, que lleva en sí el anhelo de no volver a pecar nunca.

#### 5) ¡Qué ardiente afecto!

El corazón contrito y humillado, que antes se encontraba en un estado de frialdad y dureza, ahora se enternece y sensibiliza de tal forma, que brota de él lo que Pablo llama *ardiente afecto*.

Antes, al estar frío y duro, estaba distanciado, por lo menos en algo, para con los siervos del Señor y los demás hermanos; mas ahora se invierten los papeles. De ese corazón arrepenido y restaurado nace un cariño tierno y entrañable, que lo unifica a uno con el o los siervos y hermanos de los cuales estaba distanciado.

Ese afecto entrañable desea ahora cultivar los lazos fraternales más tiernos y cálidos, y mantener una relación limpia y totalmente transparente, libre de las sombras del triste pasado, que ya ha quedado superado y dejado atrás.

6); Qué celo!

En Gálatas 4:18 leemos: *“Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre.”*

Por otra parte, refiriéndose a Israel en su estado actual de incredulidad, Pablo nos dice en Romanos 10:2

*“Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia”,* y en el versículo siguiente añade que en ese celo equivocado estaban – y están hasta el día de hoy – ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, sin sujetarse a la justicia de Dios.

Es decir, que puede haber un celo de Dios, con la apariencia de ser bueno y piadoso, pero que en realidad busca hacer las cosas por su cuenta, procurando acumular sus propios méritos y sin sujetarse para nada a lo establecido por Dios.

Esto último es tanto más grave, pues lo que Dios ha establecido ha sido en base al sacrificio supremo de Su Hijo, el cual queda así despreciado y rechazado.

El celo producido por el verdadero arrepentimiento – la tristeza según Dios – va en sentido diametralmente opuesto. Lejos de buscar presentar ante Dios una justicia propia, reconoce su total incapacidad para hacerlo, y se ampara en la misericordia del Señor, y la provisión absoluta y perfecta que Él ha hecho, a través de la obra redentora consumada en el Calvario.

Todo esto lo coloca en un estado de total endeudamiento para con Dios y Su inmensa bondad y misericordia.

El resultado de ello es un celo, por un lado muy tierno, y por el otro, muy ardiente. Es el celo de corresponder a tanto amor y tanta gracia, y, por supuesto, el celo de no querer volver más a herir con el pecado o la desobediencia, a ese amor tan grande, y al cual se le debe tanto.

7) ¡Qué vindicación!

Otra versión traduce *“¡qué venganza!*, lo cual, bien entendido, resulta prácticamente un sinónimo. La Nueva Enciclopedia Larousse define el verbo vindicar diciendo que es vengar, o tomar satisfacción de un agravio, defensa o perjuicio.

La situación anterior al arrepentimiento, tratado en todo esto como *“la tristeza según Dios”,* llevaba a desacreditar y desvalorizar a los corintios. El pecado que se consiente siempre conduce a esas derivaciones tan tristes: - le hace perder a uno la dignidad, y lo denigra y rebaja.

Por el contrario, el arrepentimiento cabal y en profundidad a que nos estamos refiriendo, les restauró a ellos la dignidad, la credibilidad, y también la confianza del apóstol, padre espiritual de ellos.

Es por eso que él concluye con dos gratas afirmaciones en este último sentido:

*“En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.”*

*“Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros.”* (2ª. Corintios 7:11b y 16)

Como culminación de cuanto hemos visto, nos encontramos con el feliz resultado de ser vistos por los demás, y por el Señor también, como personas plenamente restauradas, y con la dicha de poder contar con la aprobación y confianza, tanto de Él como de nuestros hermanos.

Como vemos, pues, *“la tristeza según Dios”,* debidamente asumida y llevada cumplidamente a su fin, conduce a la preciosa meta de una transformación y recuperación total, poniéndolo a uno firmemente de pie para reiniciar la marcha con renovada fe y confianza.

----- ( ) -----

## TERCERA PARTE

### LAS DOS GRANDES ORACIONES DE PABLO

#### CAPÍTULO 19 – Efesios 1:15-23

#### “LA PLENITUD DE AQUEL QUE TODO LO LLENA EN TODO”

En un capítulo anterior nos hemos referido al hecho de que en esos tres días sin comer ni beber en Damasco, el apóstol Pablo estaba haciendo sus primeras armas en la escuela de la oración, la cual iba a ser

a lo largo de todo su derrotero, algo cardinal y clave en el más amplio sentido de ambos vocablos.

También puntualizamos que, tras revelársele a él, lo primero que hizo el Señor fue sumergirlo en un poderoso bautismo de oración.

Muchas veces, ya sea en la misma conversión de un siervo, o a una altura determinada después de la misma, el Señor pone sobre él una señal o sello que solemos denominar la marca de nacimiento.

La misma, procediendo del Dios que sabe el fin desde el principio, señala de forma profética algo que va a ser fundamental y prioritario en la trayectoria a seguir por ese siervo.

No son pocos los casos en que esto se puede comprobar en el hilo histórico de las Escrituras. Nos abstenemos de enumerarlos y comentarlos, tarea que reservamos para obras futuras en que hemos de escribir sobre varios de ellos, siempre y cuando el Señor tarde en Su venida, y nos conceda vida, salud y fuerzas para hacerlo.

En el caso particular de Pablo en que estamos, por su llamado a ser un exponente tan sobresaliente de la gracia del evangelio, él recibió varias otras marcas también, todas ellas muy significativas, y que posteriormente alcanzarían plena cristalización a lo largo de su carrera.

Esta marca que ya señalamos – la del bautismo de oración – alcanza ahora su punto álgido en las dos grandes oraciones que vamos a comentar, consignadas en los capítulos uno y tres de Efesios.

Debemos tener presente que a esta altura había alcanzado un alto grado de maduración. No en vano, por cierto, había pasado por todas las vicisitudes de varias décadas de ministerio.

Su rica experiencia, acrisolada en la fragua del dolor y el sufrimiento, abarcaba una amplia gama. Dentro de ella distinguimos el gran caudal de revelación que recibió directamente del Señor, como así también los logros de fruto abundante en sus labores, y el cúmulo de principios y verdades que fue aprendiendo en el vasto escenario de sus viajes misioneros, como así también en el tiempo en que le tocó estar en su iglesia base de Antioquia, desempeñándose como una de sus columnas fuertes.

Ahora se encuentra preso en Roma, físicamente. No obstante, su espíritu y su temple evidencian por sus cartas una gran libertad, y un ensanchamiento cada vez mayor de su visión y fe.

De esta forma, después de la estupenda introducción contenida en los primeros catorce versículos del capítulo inicial de la epístola, prorrumpe en la primera de sus dos grandes oraciones.

Aparte del Padre nuestro y de la sublime e inagotable de Jesús que se encuentra en Juan 17, no cabe duda de que en todo el Nuevo Testamento, y tal vez en el resto de la Biblia, no haya otra que pueda ni siquiera aproximárseles en profundidad y grandeza.

#### Una oración que brota del amor y que da gracias sin cesar.-

Como todo lo que genuinamente acontece en el reino de Dios, su oración brota de un entrañable amor. Este amor es nada menos que a sus preciosos hijos espirituales, a los cuales engendró en el evangelio durante los tres largos años de ardua labor y lucha en la ciudad de Éfeso, durante su tercer viaje misionero.

Es un principio que debemos comprender y nunca olvidar, que los engendros más propicios y fecundos, han de nacer de efusiones y derramamientos en nuestra alma que provienen de Dios, que es en esencia amor eterno, puro y perfecto.

#### Un nuevo nombre de Dios.-

Después de dar gracias sin cesar por ellos, pasa a rogar a su favor, y lo hace dirigiéndose al “*Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria.*”

Nunca antes aparece este nombre en las Escrituras, lo que nos habla de un varón cuya visión se va ampliando y engrandeciendo, al descubrir nuevas facetas y dimensiones del Dios Supremo, al cual ama y sirve.

Es el Dios de Jesucristo, que es la mejor y la última palabra que el cielo tiene para el género humano.

Al mismo tiempo, lo llama “*el Padre de gloria*” en la doble acepción de ser el Ser supremo y sublime, que está envuelto y saturado de gloria purísima e inmarcesible, y que es también el Padre y progenitor de ella. Toda verdadera gloria procede de Él, y cuanto tengamos de ella Sus criaturas – seres humanos, ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y toda otra criatura – nos ha llegado de esa fuente única e inagotable: el Padre de gloria.

Primera petición.-

“...os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.” (1:17b)

Aun cuando nuestra revisión de 1960 da espíritu con minúscula, creemos que sin duda Pablo se está refiriendo al Espíritu Santo, pues sólo Él puede dar sabiduría y revelación en el conocimiento de Jesucristo.

En consecuencia, nos encontramos otra vez con un nombre nuevo que no aparece antes, y en esta ocasión referido al Espíritu Santo.

La visión que se agranda y agiganta se extiende también así al Espíritu Santo. Evidentemente, Pablo había recibido un rico y abundante caudal de ese Espíritu, que le llenaba de fresca sabiduría y revelación en el conocimiento de Él – Jesucristo.

Movido por un gran deseo de comunicar a otros lo recibido de lo alto, ora en ese sentido y lo define con las palabras sencillas ya citadas, y que expresan con claridad lo que él indudablemente había recibido, y que ahora anhelaba que los amados efesios también lo recibiesen.

Desgranándolo un poco, se trataba y se trata, en primer lugar, de esa sabiduría límpida, clara y lógica que viene de lo alto, y está exenta de los vericuetos, las conjeturas, especulaciones y complejidades de la sabiduría terrenal.

¡Bendita sencillez de una total y candorosa dependencia de Dios y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento! (Colosenses 2:2-3)

Él es la sabiduría personificada, de que tanto se habla en los primeros nueve capítulos de Proverbios, y es, en síntesis, la sabiduría de Dios, según la concisa definición del mismo Pablo en 1ª. Corintios 1:24.

Cuando la misma se asienta en nuestra alma y llena nuestro pensar y rige nuestro vivir, se despejan las brumas de la incertidumbre y los temores, y una profunda paz, de la mano de una íntima satisfacción, invaden e inundan todo nuestro ser.

¡Cuánta sabiduría, viva y práctica a la vez, podemos y debemos absorber de Él, que es la fuente eterna! Y esto, a través del Santo Espíritu, comisionado para tomar de todo lo que es de Cristo y hacérselo saber, como Jesús mismo lo dijo en Juan 16:14.

Notemos, de paso, la clara y estrecha armonía de lo que Pablo ha vivido y está pidiendo para los efesios, con lo que Cristo mismo anticipó que sería una de las muchas benditas funciones de Espíritu Santo.

Segunda petición.- (a)

“...para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado.” (1:18)

Esta petición que sigue va precedida de algo muy importante:

“...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento.”

Aunque con respeto a la revisión de 1960 y otras que, al igual que ella, traducen “*vuestro entendimiento*”, debemos señalar que lo que Pablo escribió no fue eso, sino “*los ojos de vuestro corazón*.”

Esto es fácilmente verificable hoy día, en que tenemos a nuestra disposición versiones del original griego, el Nuevo Testamento interlineal griego-castellano, y otras fuentes afines.

En todas ellas figura “*los ojos del corazón*” (*kardías*). Los traductores, evidentemente considerando que anatómica o fisiológicamente hablando, el corazón no tiene ojos, han optado por poner “*vuestro entendimiento*.”

No obstante, es una verdad absolutamente comprobada que las cosas de Dios, si bien tienen que ser claramente entendidas por la mente

– es decir, el entendimiento – primero deben penetrar por el conducto del corazón.

El mismo necesita imprescindiblemente ser iluminado por esa luz celestial del Espíritu Santo, que disipa las tinieblas que impiden que se vean con claridad y se reciban y absorban.

Cuando esto no sucede, aunque se las capte por el proceso del razonamiento mental, resultará algo estéril, puesto que no ha llegado ni se ha arraigado en el corazón, del cual mana la vida, como tantas veces hemos dicho y escrito, citando Proverbios 4:23.

Ahora bien, tras esta aclaración, que consideramos muy necesaria, pasamos a considerar la segunda petición, en su primera parte.

“...para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado.”

Antes de entrar en una vida nueva en Cristo, todos estábamos sin esperanza y sin Dios en este mundo. (Efesios 2:12)

De veras que ésta era una condición lamentable y muy peligrosa, con el grave riesgo de desembocar en la perdición eterna de nuestra alma.

Para nuestra inmensa bienaventuranza, al amanecer la luz de la verdad divina en nuestro ser, todo eso cambió, y nació una esperanza nueva y bendita.

La misma, como alguien ha dicho con mucho acierto, al igual que todas las cosas de Dios, es algo así como una de las muchas estrellas que brillan por la noche en el firmamento.

En un principio – quizá a los cuatro o cinco años de edad - la vemos por primera vez como un hermoso punto muy lejano, que con su titilar tan llamativo nos atrae y fascina.

Más tarde, tal vez como adolescentes, con el ánimo de saber más de ella y las muchas otras que la rodean, nos procuramos o pedimos prestado un pequeño telescopio portátil.

El mismo amplía considerablemente nuestra visión, y ahora la vemos mucho más grande, y comenzamos a percibir que dentro de ella hay mucho que antes no veíamos, pero que ahora comenzamos a distinguir, aunque sólo en forma parcial.

En una etapa más avanzada, digamos a los veinte o veinticinco años de edad, llevados por esa misma inquietud de ver y saber más de ella, nos trasladamos a un observatorio, desde el cual, con la ayuda de un telescopio moderno, podemos contemplar esa misma estrellita, pero con una visión inmensamente más amplia.

Así descubrimos que ese pequeño punto que en nuestra niñez veíamos titilar en el cielo nocturno, es en realidad una esfera enorme, tal vez mayor que el planeta tierra en que vivimos. Asimismo, nos percatamos de que está llena de fuego y de luz, que en una actividad interior constante irradian calor y luz a una vasta región del espacio. Por estar tan alejada de nosotros, su calor no nos llega ni afecta, pero en cambio su luz se percibe en la forma de esa estrellita que titila en la noche despejada, como si quisiera llamarnos la atención, e impulsarnos a interesarnos y a inquirir más sobre ella.

Así es la esperanza a que Él nos ha llamado. En un principio, con lo grandiosa y hermosa que es, sólo la vemos con la estrechez de no comprender mucho más que el hecho de que somos salvos, hemos sido perdonados, y tenemos vida eterna.

No obstante – dado, claro está, un crecimiento adecuado y la debida avidez de corazón - comenzamos más tarde a visualizar horizontes mucho mayores, en términos de nuestra rica herencia en Cristo Jesús en la vida presente y también en el más allá.

Posteriormente, forjados y madurados al pasar por la fragua del sacrificio y del dolor, como así también por luchas y triunfos, esfuerzos y desvelos, bendiciones y fruto que han ido jalonando el derrotero, la visión se agranda cada vez más.

Así, sobre la base de lo que se ha concretado en lo ya recorrido, se aprecian con más claridad las profundidades de las riquezas con que

ya contamos ahora, en el presente. Y desde ese trampolín, y valiéndose de lo mucho que las Escrituras nos anticipan, nuestra imaginación se proyecta al más allá, avizorando bienes sin par y dichas indecibles y eternas que nos aguardan.

Todo esto seguramente que estaba en la comprensión y el anhelo de Pablo al orar en esos términos, sabedor del enorme beneficio que les reportaría a sus amados hijos espirituales en Éfeso.

El mismo beneficio, por extensión, también nos puede y nos debe alcanzar a todos nosotros, al igual que todos los demás que se desprenden, tanto de esta oración en que estamos, como en la siguiente, que se encuentra en el tercer capítulo de Efesios.

Como algo importantísimo, subrayamos a esta temprana altura, que al volcar estas oraciones en el texto de la epístola, el Espíritu Santo, a través de la pluma de Pablo, ha querido hacerlas extensivas a todos los santos, según consta expresamente en 3:18.

Por lo tanto, la postura y disposición de quienes quieran disfrutar de las bendiciones y riquezas de esta oración y la siguiente, ha de ser la de incluirse, y sumergirse en el torrente de las mismas, a fin de apropiárselas por la fe y permitir que se vayan gestando y reflejando, tanto en la visión y el carácter, como en la vivencia práctica.

#### Segunda petición (b)

*“...para que sepáis...cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.”*

La impresión que hemos recogido, en general, es que la mayoría de los creyentes no llegan a comprender bien el verdadero alcance de esto, quizá por no prestar la debida atención, o por no leer el versículo detenidamente.

En realidad, la primera parte que ya hemos visto – *que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado*” – se refiere a lo que nosotros, los redimidos, tenemos en Cristo.

En cambio, la segunda en que estamos, a lo que Cristo ha logrado y tiene en nosotros. Es muy importante que esto se comprenda bien.

Llama la atención la forma en que Pablo, al describir esto último, se desborda en calificativos – *“las riquezas de la gloria de su herencia”* – casi dando a entender que ¡Él – Cristo - ha alcanzado y logrado más en nosotros, que nosotros en Él! – si es que semejante cosa puede ser de alguna manera concebible y posible.

Vayamos por partes para visualizarlo mejor. En el pasaje de Proverbios 8:22-31 se nos presenta a Cristo, como la sabiduría total y cabalmente personificada. De inmediato se desprende del pasaje la eternidad de Cristo, y Su rol preponderante junto al Padre en toda la estupenda y asombrosa creación del universo.

No obstante, el versículo 31 afirma:

*“Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres.”*

Es decir, que por encima de las maravillas de los abismos y los collados, la grandeza de las aguas de los mares y los océanos, y todo el resto de la creación, Su deleite estaba y está con el género humano, que es en realidad la pieza favorita de toda Su creación. Y actualmente, como resultado de la caída, Su infinita misericordia se inclina todavía más hacia el hombre y la mujer perdidos, muertos en delitos y pecados, y tremendamente necesitados del favor divino.

Hebreos 10:5 nos brinda el siguiente eslabón:

*“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo.”*

A ese Cristo eterno, lleno de compasión y misericordia para con la humanidad perdida, Dios le preparó y dio un cuerpo de carne, hueso y sangre. Esto le permitió venir a *“la parte habitable de su tierra”* para identificarse con dicha humanidad perdida, y derramar sobre ella todo ese caudal de amor, gracia y favor divino durante Su ministerio terrenal,

y sobre todo, en la consumación de la redención en el escenario del Calvario.

Pero una vez resucitado y ascendido, para que pudiese dar un cauce aun mayor a ese caudal infinito e inagotable, el Padre le preparó un segundo cuerpo.

El primero, como ya hemos visto, fue el cuerpo humano en que se encarnó como Jesús de Nazaret, según se le solía llamar. El mismo, totalmente exento de enfermedad y contaminación, se prestó idealmente tanto para Su ministerio terrenal durante unos tres años, como para constituirse en la ofrenda todo suficiente para nuestra redención. (Hebreos 10:10)

No obstante, la humanidad que asumió le impuso las limitaciones de la misma, tanto en función de tiempo como de espacio. En efecto: sólo podía estar en un lugar a la vez, y durante el breve tiempo de Su vida terrenal.

Mas una vez ascendido, y para que ese torrente infinito pudiese seguir fluyendo en raudales más copiosos aun, Dios el Padre le preparó un segundo cuerpo.

Para designarlo con propiedad lo debemos llamar, no el cuerpo de Jesús, como algunos inadvertidamente tal vez lo puedan llamar, sino el cuerpo de Cristo, tal y cual se lo llama en 1ª. Corintios 12:27.

Este segundo cuerpo es una concepción asombrosa y maravillosa del genio divino, que le permite a nuestro amado Señor trascender las barreras de espacio y de tiempo, y seguir derramando Su amor y Su gracia multiforme en una gran variedad de lugares al mismo tiempo, y continuar haciéndolo de esa forma hasta que el tiempo ya no sea más, y hayamos llegado a la eternidad futura.

Así, tenemos millares y millares de hombres y mujeres redimidos, otorgados por el Padre al Hijo amado, como un precioso regalo, para llevar adelante esta causa tan gloriosa. Y el Cristo de gloria se reencarna (\*) en todos ellos, y lo seguirá haciendo, y, a través de ellos, continúa y continuará derramando de ese caudal infinito e inagotable de Su amor, gracia y misericordia.

Para comprenderlo mejor, pensemos en los muchos siervos y siervas excelentes de los cuales tenemos conocimiento, bien por haberlos conocido, por haber oído acerca de ellos, o leído sus biografías. Agreguemos a ellos los muchísimos más que a través de los siglos le han servido con sacrificio, tesón y abnegación, y los millares y millares que se encuentran haciéndolo en el mundo entero en la actualidad, a los cuales nunca hemos conocido. Y todavía sumemos a ellos los muchos héroes y mártires del pasado, y los muchos que hoy día están siendo perseguidos, encarcelados y aun torturados y muertos en países hostiles por causa del evangelio.

*(\*) No se nos pasa por alto que este verbo reencarnar podrá ser cuestionado u objetado por algunos. Por lo tanto, aclaramos que no le estamos dando de ningún modo la acepción corriente en la falsa enseñanza de la reencarnación. En cambio, lo hacemos en el sentido de que por Su Espíritu Él vive en nosotros – es decir que se vale de nuestros cuerpos, tal como Pablo mismo lo expresa en Gálatas 2:20 “...ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”*

Nos encontramos así con un cuadro de vastísimas proporciones, que se extiende desde los albores del cristianismo hasta el presente, y que ha de seguir hasta el final de los tiempos.

Así entendemos por qué Pablo se desborda, al definirlo como “*las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.*”

Jesús también expresó lo mismo de forma ligeramente distinta en Su gran oración de Juan 17, al decir en el versículo 6 “*He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran y me los diste.”*

Debemos, pues, tomar plena conciencia de este hecho maravilloso que volvemos a subrayar: somos un regalo, y muy precioso por cierto, que el Padre le ha dado al Hijo de Su amor. Y al hacerlo, tener muy presente tanto la definición de Pablo “... su herencia en los santos”, como las palabras de Jesús en cuanto a que “...han guardado tu palabra.”

Estar plenamente conscientes de este hecho glorioso y bendito – *que somos parte de la gran herencia que el Padre le ha legado al Hijo, presupone desde luego el vivir en absoluta transparencia como verdaderos santos, y guardar cumplida y cabalmente la palabra de Dios.*

#### Segunda petición (c)

*“...y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.” (1:19.23)*

Aquí Pablo sondea profundidades y se remonta a alturas que casi trascienden los confines de nuestra imaginación.

En realidad, nuestra subdivisión en 1ª. y 2ª. petición, y ésta a su vez en varias partes, no tiene por qué necesariamente ser así. Responde en algo al orden gramatical, (excepto la parte final del versículo 17) por tratarse de una larga oración formada por varias cláusulas consecutivas.

También se lo podría ver todo, como una sola gran oración escalonada y progresiva, que nos lleva a la cima de la culminación del versículo 23 en que finaliza.

Pero sigamos, tomando los versículos 19 y 20, en los cuales salta a la vista la forma en que Pablo otra vez se desborda en calificativos, ahora en cuanto al poder de Dios en la resurrección de Cristo.

*“...y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.”*

Esto llama poderosamente la atención, porque en realidad la resurrección de Cristo era inevitable, según Pedro lo afirmó el día de Pentecostés, al decir:

*“...al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.” (Los Hechos 2:24)*

Todos los demás que habían muerto, lo habían hecho como víctimas del pecado, por la sentencia claramente establecida por Dios: *“el alma que pecare morirá.”*

No así Cristo, Quien nunca conoció pecado. Esto de hecho le quitó a la muerte todo poder, derecho o autoridad sobre Él, y una vez cumplidos los fines de Su muerte, Su resurrección vino a ser un hecho inevitable. Por así decirlo, levantarlo a Él de entre los muertos era como levantar un peso pluma.

¿De dónde, pues, esta aparente contradicción, al referirse Pablo con tanto énfasis al poder desplegado por el Padre de gloria en esa ocasión?

Creemos que la clave está en sus palabras *“...la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.”*

Esto lo debemos hilar con Efesios 2:5-6

*“...nos dio vida juntamente con Cristo...y juntamente con él nos resucitó.”*

Ésta es la verdad gloriosa de que se trataba no solamente de la resurrección de Cristo, sino también de la de todos nosotros en Él.

En el Antiguo Testamento, de alguna forma esto se nos anticipaba ya en Oseas 6:2

*“Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.”*

Y esto explica el por qué de que se nos hable de “*la supereminente grandeza de su poder*”, seguido inmediatamente por las palabras “*para con nosotros los que creemos.*”

Levantar a toda esa multitud incontable, que incluye los muertos en la fe desde Abel, el primer mártir, hasta todos los santos de todos los tiempos desde entonces, significó levantar un peso fenomenal. Al hacerlo, el Padre de gloria sacó a relucir toda la omnipotencia de Su ser todopoderoso, irguiéndose como una grúa gigantesca y colosal, y alzándolo todo desde el lugar de los muertos para elevarlo a las mismas alturas de Su trono celestial.

Los santos de esta dispensación de la gracia, al igual que todos los anteriores del régimen antiguo, en nuestra condición natural estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. (Efesios 2:1) El Dios que mora en la eternidad, y que de ninguna forma está condicionado por limitaciones de tiempo o espacio, en esa resurrección de Cristo nos levantó a todos de un solo golpe, categórico, formidable y definitivo.

En nuestra estrecha comprensión vemos a éste convertido y salvado ayer, aquel otro el mes pasado y aquel tercero hace ya años, etc.

Verdad es que el desenvolvimiento práctico de las cosas se nos presenta así. No obstante, Dios funciona de otra forma, no a puchitos si se nos permite expresarlo así, sino todo de una sola vez, de forma terminante y absoluta.

¡Qué gloria maravillosa! Ese primer Domingo de Pascua ya resucitamos juntamente con Él, y, además, ahora estamos de camino a entrar en otra gloria que el Padre ya ha preparado y operado a favor nuestro, y que Pablo nos anticipa en Efesios 2:6 – a estar sentados en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

*El gran clímax final.-*

*“sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo.”*(1:20b-23)

En esta culminación tan superlativa, Pablo, que, como ya hemos visto, ya ha estado viendo ampliada y engrandecida su visión del Padre y del Espíritu Santo, nos hace ver que lo propio ha estado sucediendo con su visión del Cristo de Dios.

En efecto: lo ve ensalzado muy por encima de todo otro ser, aunque en esto debemos recordar la excepción que él mismo nos da de Dios el Padre, que es Quien lo ha resucitado, elevado y glorificado. (Ver 1ª. Corintios 15:27-28)

Al definir todo otro ser, otra vez se desborda en calificativos: “*sobre todo principado, autoridad, y poder y señorío y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo sino en el venidero.*”

Es decir, que están incluidos todos, absolutamente todos, tanto los habidos como los por haber.

Como algo – quizá de paso, pero muy significativo – ésta es la única mención que hace en esta oración de principados y potestades. (En la del capítulo 3, ni los nombra) Y no lo hace para reprenderlos, luchar contra ellos o destronarlos, sino para declarar que ya están debajo de Él, sometidos bajo Sus pies.

Como Pablo mismo nos dice en Colosenses 2:15, en la victoria total del Calvario, Jesús ya los despojó, y exhibiéndolos públicamente, triunfó sobre ellos en la cruz.

Por lo tanto, el único poder, lugar o derecho que pueden tener sobre un verdadero hijo de Dios, es el que se les dé por desobediencia, pecado, o salirse de la voluntad de Dios. (Ver 1ª. de Juan 5:18)

Pero hecha esta salvedad, y retomando el hilo de la exaltación de Cristo, y la visión de Él que se agiganta en Pablo, vemos al Señor como cabeza de Su iglesia.

Pablo era consciente de los fallos y las deficiencias que eran notorias, sobre todo en algunas de las iglesias locales. No obstante, en

esta visión global que la abarca toda, tanto en la función de espacio o lugar, como en la de tiempo, la ve como el cuerpo total y pleno de Cristo.

Como tal, es nada menos que esa plenitud infinita e inconmensurable “*de Aquél que todo lo llena en todo*” – una plenitud tan indescriptible que desborda por todos lados, llenándolo todo, sin dejar huecos ni vacíos en ninguna parte. Y esa llenura total y absoluta es la que, en la consumación del programa de Dios, habrá de vernos a todos cuantos formamos parte de ese cuerpo de Cristo tan glorioso, impregnados en forma total de Él, en el más amplio sentido que se pueda concebir.

Ya no ha de verse nada de lo viejo, lo malo o lo sucio. Todo, absolutamente todo, se hallará saturado del Cristo amado del Padre, en toda Su gracia, gloria y esplendor.

En ese punto sí podremos decir cuantos somos verdaderamente Suyos: “Por fin hemos llegados – somos totalmente a Su imagen y semejanza.”

¡Y qué gloria, estupenda y sublime, será ésa!

----- ( ) -----

## APÉNDICE 2º

### El hombre interior

Adelantándonos un poco, agregamos a esta altura un apéndice sobre el tema del título – el hombre interior – que aparece como un factor importante en la siguiente oración de Pablo, que comentamos en el capítulo siguiente.

Para empezar citamos varias Escrituras que aportan sobre el particular.

“*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios.*” (Romanos 7:22)

“*¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento.*” (1ª. Corintios 14:15)

“*Porque testigo me es Dios a quien sirvo en mi espíritu...*” (Romanos 1:9)

“*...aunque éste nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.*” (2ª. Corintios 4:16)

Como bien hemos de saber, el ser humano es tripartito, es decir que consta de espíritu, alma y cuerpo. (1ª. Tesalonicenses 5:23)

Antes de convertirse y pasar a ser una nueva criatura en Cristo Jesús, se encuentra espiritualmente muerto en delitos y pecados, según consta en Efesios 2:1.

A nuestro entender, el espíritu, que es la parte más honda o profunda del ser, tiene las facultades de comunión y adoración, la de la intuición (a diferencia del cálculo por el proceso mental) y la conciencia.

La primera de ella la derivamos de Juan 4:24, donde Jesús nos dice:

“*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.*”

El espíritu humano (con minúscula) es una emanación o desprendimiento vivo – valga la expresión – del Dios que es Espíritu (con mayúscula) y “*Dios de los espíritus de toda carne.*” (Números 27:16)

Lo normal y natural es, pues, que se sienta y esté unido en comunión con Dios y que le adore a Él, el Ser Supremo que le ha dado la vida.

No obstante, la entrada del pecado en el género humano ha frustrado y distorsionado todas las cosas, y en este aspecto particular de la comunión con Dios y la adoración a Él, el espíritu del hombre inconverso se encuentra, más que adormecido, muerto.

Es al punto de nacer de nuevo que su espíritu es vivificado, y de ahí en más pasa a ejercitarse en la comunión con Dios y la adoración a Su persona, santa y eterna.

La segunda facultad del espíritu que puntualizamos – la intuición – surge con claridad en el pasaje de Marcos 2:1-8. Citamos este último versículo:

“*Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?*”

Los escribas pensaban que Él decía blasfemia al decirle al parálítico que sus pecados le eran perdonados. Pero no lo expresaban con la boca, de manera que a través de los sentidos naturales del oído y el razonamiento mental, Jesús no tenía ningún indicio de ello.

Sin embargo, Su espíritu, como radar espiritual muy diáfano y agudo a la vez, lo captó con toda claridad.

Aunque nuestros espíritus no estén siempre en condiciones tan óptimas como el de Jesús, Sus siervos y siervas tenemos sobrada evidencia de que muchas veces captamos cosas que no se están viendo ni oyendo. Esto se debe a esa capacidad del espíritu u

hombre interior, de saber algo con prescindencia de los sentidos naturales, y que llamamos intuición, tal vez por falta de otro vocablo más preciso.

Debemos señalar aquí que hay una intuición que también funciona y se evidencia en personas que no están en el reino de Dios y con nueva vida en Cristo. La misma, en general, se manifiesta o evidencia más en la mujer, mientras que el hombre – también en general – es más propenso al planteo por la vía del razonamiento mental.

Se debe tener en cuenta que esta facultad de la intuición, funcionando a través de personas inconversas, y aun de creyentes carnales, puede muy bien prestarse a usos indebidos, hasta incluyendo la operación de espíritus de adivinación y de clarividencia.

Por ello, todo creyente e hijo de Dios hará bien en cuidarse mucho de darle cabida solamente dentro de los lineamientos del Espíritu Santo, la palabra de Dios, y el amor, que siempre busca el bien y nunca el mal del prójimo.

En tercer lugar tenemos la conciencia, que en una obra anterior – “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto” – ya hemos definido como *el juez moral interno* con que Dios, en Su gran sabiduría, nos ha dotado a cada uno de nosotros.

La misma no es infalible y mucho depende del trato que le demos. Se puede llegar a un estado de conciencia corrompida (Tito 1:15) por escoger o abrazar lo malo en una o muchas de sus manifestaciones. También puede llegar a quedar cauterizada (1ª. Timoteo 4:2) por desatender primero las señales de desaprobación que da, para así pasarse deliberadamente a la mentira y el mal.

Para el hijo de Dios el mejor consejo es mantener una conciencia tierna y sensible ante el Señor, y cultivar asiduamente la lectura de la palabra, prestándose a que ella, como lámpara eficaz, ilumine su camino y le advierta de cualquier desliz o desviación, que para eso es ideal. De esa manera, el Espíritu Santo le dará testimonio en su conciencia, ya sea afirmativa o negativamente. (Ver Romanos 9:1)

En cuanto al alma, la palabra en el griego significa vida o ser natural.

Siendo también parte de nuestro ser interior, se compone de nuestros sentidos naturales, mayormente los del raciocinio o de nuestra mente, y los emocionales de nuestros sentimientos, que brotan, digamos, de la parte externa del corazón, quedando lo más profundo de la interna para el asiento de nuestro espíritu.

En Hebreos 4:12 tenemos estas palabras:

*“...la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir (literalmente separar) el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”*

En la búsqueda de la voluntad de Dios en cuanto a qué se ha de hacer o decir, siempre debemos tener esto en cuenta. Por lo tanto, hemos de procurar eludir los dictados de nuestra emotividad o de nuestros propios razonamientos, toda vez que, a la luz de la palabra de Dios - como espada esgrimida por su autor, el Espíritu Santo - podamos detectar indicios de que broten de intenciones propias de nuestro número uno, o sea nuestro ego.

Éstas podrían ser que se nos mire y admire; de congraciarnos indebidamente con otros, o bien obrar con una segunda intención, para sacar ventaja personal, etc.

Por el contrario, se ha de buscar siempre aquello que de verdad es para la gloria del Señor y no la propia, y para la edificación y el provecho de nuestros hermanos y el prójimo en general. La madurez nos irá enseñando paulatinamente a filtrar nuestras intenciones por esa criba, y a discernir la aprobación fiel y clara del Espíritu Santo en nuestra conciencia.

#### El rol de la voluntad.-

Dios nos ha creado de tal manera que tenemos una voluntad propia, por medio de la cual podemos elegir el camino a seguir o la decisión a tomar.

Enseñados por el Espíritu Santo, y a través del trato del Señor con nosotros en el terreno de la experiencia práctica, aprendemos que lo mejor para nuestra vida es *“la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*, tal como se la califica en Romanos 12:2.

Una parte importante de nuestra maduración espiritual la constituye el saber buscar y encontrar certeramente esa voluntad divina, y alinearnos debidamente con ella, sobre todo cuando la misma nos impone el esfuerzo, negarnos a nosotros mismos, y aun el sacrificio.

Algunos de los factores que se deben evitar, por prestarse a debilitar la voluntad, son el desgano, la apatía, el desánimo y la depresión.

En cuanto al cuerpo, no hace falta abundar. A grosso modo podríamos decir que también es tripartito, estando compuesto fundamentalmente de carne, sangre y huesos. Esto con la debida constancia y consideración de que el organismo físico es en realidad tremendamente complejo, estando maravillosamente dotado de un sinnúmero de células, nervios, músculos, tendones, diversos órganos, y muchísimas otras partes, todas ellas cumpliendo funciones distintas y muy importantes, que hacen que el cuerpo humano sea una complejísima y maravillosa pieza de la creación de Dios.

El creyente maduro y consciente, sabrá cuidar su cuerpo como templo del Espíritu Santo, evitando desarreglos contraproducentes, exceso de comida, etc.

Finalmente, y volviendo al terreno del espíritu y el alma, un consejo importante.

Hay aspectos de la psicología y la psiquiatría que buscan inducir a que uno se autoestime, se valore debidamente, o bien tome conciencia de su propia identidad.

Para el hijo de Dios esto debe estar firmemente encuadrado dentro del marco que nos fijan las Escrituras.

Brevemente, podemos resumirlo diciendo:

- 1) El reconocimiento de todo el bien que se encuentra en nosotros en Cristo Jesús.” *Para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros en Cristo Jesús.*” (Filemón 6)
- 2) Nuestra valoración y autoestima debe ser en función del privilegio enorme de ser nada menos que hijos de Dios, elegidos, amados y protegidos por Él, como Padre maravilloso que es.
- 3) Debemos equilibrar esto con la verdad bíblica de que, librados a nuestros recursos y méritos propios, nada somos, ni tenemos, ni sabemos, ni podemos.
- 4) Asimismo, reconocer a nuestro viejo hombre - la carne o el cuerpo de pecado – como crucificado con Cristo, para vivir en la virtud de nuevas criaturas en Él. (Romanos 6:6 y 8:7) En cuanto a nuestro yo – o sea el ego – debemos negarnos a nosotros mismos, anteponiendo la voluntad de Dios a la nuestra, y permitiendo que no sea ya yo, sino Cristo en mí, según el testimonio y la verdad que Pablo nos da en Gálatas 2:20.

Sin estos lineamientos claros y básicos para el cristiano, la autoestima, el valorarnos a nosotros mismos y buscar hallar nuestra propia identidad, sólo pueden llevarnos a un terreno falso y escabroso, por ser ajeno a la verdad bíblica enseñada por Jesús y Sus apóstoles.

-----()-----

## **CAPÍTULO 20 – Efesios 3:14:21**

### **El Everest del gran alpinista**

En el último capítulo de nuestro primer libro, “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto” comentamos en parte esta segunda gran oración de Pablo, que se encuentra en la parte final del tercer capítulo de Efesios.

Al hacerlo, dijimos o dimos a entender que sentíamos que nos quedaba grande sondearla en toda su vasta profundidad. Pasados unos siete u ocho años desde entonces, seguimos en esa misma postura, si bien hemos avanzado en algo, y creemos poder avizorarla y comentarla con mayor amplitud.

Antes de seguir adelante, debemos notar que ni en esta oración, ni en la del primer capítulo que ya hemos tratado, Pablo termina con las palabras “en el nombre de Cristo”. No es que esté mal usarlas, pero tampoco debemos dejar que se conviertan en una rutina. El hacerlo no necesariamente garantiza la respuesta que deseamos a nuestra oración. *En el nombre de Cristo* en realidad no sólo significa invocar Sus méritos, sino orar estando en Su persona, lo que presupone hacerlo en la voluntad de Dios y con plena fe. Bajo esta comprensión y definición, no nos cabe duda de que Pablo estaba de verdad orando en el nombre de Cristo.

Por el título de este último capítulo con que cerramos el libro, buscamos reflejar nuestra comprensión de que Pablo, espiritualmente hablando, era un gran alpinista. Su pasión por escalar en su carrera alturas cada vez mayores, no era algo vanidoso ni egoísta, sino que lo hacía movido por su gran amor a Cristo - a Quien le debía tanto - a las iglesias, y a las almas perdidas y necesitadas del evangelio de perdón y vida eterna.

Todo alpinista, o atleta, hablando en forma más general, para alcanzar los mejores logros debe necesariamente someterse a una estricta disciplina. En la misma, por una parte se priva de cuanto sea perjudicial o aun innecesario, y por la otra, se prodiga con lo mejor de sus recursos y cualidades, derrochando la máxima energía para llegar airoso a la meta codiciada.

Pablo hacía todo esto, llevado por la mano firme y sabia del Espíritu Santo, que estaba sobre su vida de manera tan evidente y poderosa.

Como parte de esa disciplina, impuesta por el mismo Señor, obviamente estaba el sacrificio y aun el dolor que muchas veces tuvo que padecer. Esto era parte del precio que, en Sus sabios designios, le plugo a Dios que él tuviera que pagar, para poder ver plenamente cristalizado el cumplimiento del inmenso propósito divino para su vida y su servicio a los santos de todos los tiempos.

Pero había mucho más. De 2ª. Corintios 11:22-33 extraemos un listado impresionante:

Trabajos – azotes – cárceles – peligros de muerte muchas veces – apedreado – tres naufragios y una noche y un día como náufrago en alta mar – peligros de ríos, de ladrones, de mala gente de su nación y de los gentiles – peligros en la ciudad – en el desierto – en el mar – entre falsos hermanos – trabajo y fatiga – en muchos desvelos – hambre y sed – en muchos ayunos – en frío y desnudez, y, además de todo ello, la preocupación y la carga por las iglesias, que se agolpaba sobre él.

Muchas de estas cosas no se nos narran en Los Hechos, puesto que en buena parte de su carrera Lucas no lo acompañaba, y, o bien Pablo no se las relató a él, o Lucas no se sintió movido a consignarlas.

Lo cierto es que uno se maravilla de que su pequeñito cuerpo mortal haya podido sobrellevar tanto. Seguramente que sólo pudo ser merced a la gracia sobrenatural del Señor.

En 2ª. Corintios 6:4-11 nos encontramos con otra lista, que abarca sus padecimientos y también las virtudes que él y sus compañeros debían ostentar para acordarles total credibilidad ante aquéllos que los veían y escuchaban.

Extraemos estas últimas.

En mucha paciencia – en pureza – ciencia – longanimidad – bondad – por honra – buena fama – en el Espíritu Santo – en amor sincero – en palabra de verdad – en poder de Dios – armas de justicia a diestra y a siniestra – veraces – bien conocidos – entristecidos, pero siempre gozosos – como pobres, mas enriqueciendo a muchos – como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo – con el corazón ensanchado.

Todo esto iba marcando hitos y jalones en la marcha ascendente hacia las cimas más altas, y finalmente hacia la cumbre máxima.

Algún lector podrá preguntarse a cuenta de qué viene esto, que parece desviarse del tema del capítulo, que es la oración de Efesios 3:14-21.

Nos explicamos: esa oración, con toda su inmensa magnitud, él no la podría haber hecho con la sustancia y el peso necesarios en una etapa anterior de su vida.

Todo lo que pide en ella a favor de sus amados efesios, y, por añadidura, a favor de todos los santos, (3:18), debía primero plasmarse cumplidamente en su propia experiencia.

Una vez alcanzada esa meta, y sólo entonces, él podía elevarla con fe y convicción, y con el respaldo de ser algo que él ya había alcanzado y abrazado plenamente en su vivencia personal.

Esto es muy importante que se comprenda. Sin entrar en detalles, lo condensamos diciendo que no podemos llevar a otros a alturas que nosotros mismos todavía no hayamos alcanzado.

#### La introducción.-

*“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.” (3:14-15)*

Aquí tenemos otro indicio de su siempre creciente visión de Dios – ahora en Su paternidad universal y eterna. La misma abarca toda cosa y todo ser creado, incluso el Lucero de Isaías 14:12 y querubín grande y protector de Ezequiel 28:14, lleno de sabiduría, hermosura y perfección, hasta el día en que se corrompió y se enalteció su corazón.

Todo, absolutamente todo, tanto en los cielos como en la tierra, le debe su existencia y su vida a Él, el gran Padre Eterno.

Ante Él, aun sobre el suelo frío y duro de la cárcel, Pablo dobla sus rodillas con la máxima reverencia, y pasa a elevar su tremenda plegaria.

Fortalecidos con poder en el hombre interior.-

*“...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.” (3:16)*

En el versículo 13 Pablo pedía que los efesios no desmayasen a causa de las tribulaciones de él por ellos, las cuales él veía como una gloria para los efesios.

Lo normal sería preocuparse porque no fuese él mismo quien no desmayase, estando encarcelado como estaba, sin ver el sol por un buen tiempo, y con la agobiante tentación de deprimirse o entristecerse por lo que podría considerarse tanto infortunio y tanta adversidad.

Sin embargo, la gracia del Señor que fluía tan abundantemente en su ser entero sobrepujaba todo eso, y ni siquiera menciona la posibilidad de que él pudiese desmayar o compadecerse de sí mismo.

En cambio, movido por su gran amor por ellos, teme que, amándole a él como sabía que le amaban, ellos se pudieran entristecer y desmayar por causa de las tribulaciones, por las cuales, como padre de todos ellos, él estaba atravesando.

Por lo tanto, comienza por pedir a ese Padre grandioso ante el cual está postrado, que, según sus riquezas en gloria, les fortalezca con poder en el hombre interior por su Espíritu. (#)

Es el hombre avezado y maduro, que entiende con claridad meridiana cómo se desenvuelven las cosas en el mundo espiritual, y ora y pide consecuentemente.

Comprende perfectamente que en el fuero interno, u hombre interior, adonde no se ha asentado aun la gracia divina, siempre hay anemia o raquitismo, con la consabida propensión a desanimarse, marchitarse, deprimirse o desmayar.

El remedio no son palabras bondadosas de buen ánimo y aliento, sino la operación eficaz del Espíritu Santo, que nos comunica en medidas consecutivas y sucesivas, nuevas dosis del carácter y la esencia del Cristo invencible – es decir, el que nunca claudicó, ni se amilanó ni acobardó, sino que siempre pudo capear todos los temporales, incluso el indescriptible que se extendió del Getsemaní al Gólgota, levantándose airoso y triunfante en cada ocasión hasta el final de Su carrera terrenal.

Así, pues, ora pidiendo que ese hombre interior de cada uno de ellos sea fortalecido con poder, es decir, que se le imparta algo, digamos, del acero inoxidable, o de la roca invulnerable, que es Cristo mismo.

(#) Como supondría un paréntesis demasiado largo desarrollarlo aquí, hemos agregado al final del capítulo anterior, como un apéndice importante, una definición, con comentarios, sobre el hombre interior.

Esto no haría desaparecer los problemas, ni habría de llevarlos a un estado en el cual todo saldría a pedir de boca, y ya no habría más pruebas y dificultades. Éstas seguirían, de seguro, pero habría en ellos algo que aguantaría y no se doblegaría ni se desmayaría.

De cómo esta oración fue cabalmente contestada, tenemos elocuente evidencia en Apocalipsis 2:2-3, donde encontramos que unos buenos años más tarde, el Señor le escribe al ángel de la iglesia en Éfeso en los siguientes términos:

*“Yo conozco tus obras...y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.”*

Como ya acotamos anteriormente, ¿cómo encontraríamos nosotros a la congregación o a los creyentes formados bajo nuestra tutela, después de haberlos dejado que se desenvuelvan por sí mismos, no digamos por 35 ó 40 años, sino meramente por unos 15 ó 20?

Repetimos lo que también dijimos anteriormente:- *algo que nos tiene que dar bastante que pensar.*

La morada de Cristo en los corazones.-

“...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor...” (3:17)

La morada de Cristo en los Suyos fue algo que el Señor mismo enseñó a Sus discípulos.

“En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.” (Juan 14:20)

“Permaneced en mí, y yo en vosotros.”(Juan 15:4a)

Quienes, con una conciencia tierna, buscan con un anhelo real y sincero asemejarse a Cristo en Su gracia, amor y perfección, pronto caen en la cuenta de cuánto les falta y qué lejos están de haberlo alcanzado.

No obstante, tras ese desengaño – que por otra parte, es muy necesario – por el Espíritu comienzan a entender que, en realidad, sólo hay una persona capaz de vivir cumplida y cabalmente la verdadera vida cristiana, y esa única persona es Jesucristo mismo.

Motivados por el Espíritu Santo con un noble y profundo deseo de ser como Él, y eliminados, claro está, los móviles indebidos a que en un principio somos proclives, se ha de llegar, llevados paso a paso por el Espíritu, a un punto de rendirse – de capitular, en la convicción absoluta de que para nosotros mismos es algo inalcanzable, que está mucho más allá de nuestros pobres recursos y posibilidades.

Y el paso siguiente a ese rendirse y capitular, ha de ser, de la forma más real en que uno pueda, quitarse de en medio, dejando que Cristo lo desplace, o, más enfáticamente aun, rogándole que Él por favor se siente sobre el pequeño e indigno trono del corazón, y así gobierne y reine de verdad en la vida de uno.

Casi huelga decir que, quien ande carnalmente, jugueteando con cosas mundanas y sin un acercarse a diario de veras al trono de la gracia, muy poco o nada sabrá de la morada real de Cristo en su corazón.

Por otra parte, tenemos la firme convicción de que, cuando en realidad uno “toca fondo” y le pide esa morada Suya al Señor de todo corazón, Él no tarda en acceder.

Por el contrario, bien pronto hace llegar o sentir, algún indicio cierto de que esa oración y anhelo profundo están siendo atendidos y correspondidos.

No obstante, lo hecho en un principio, debe seguir ratificándose y confirmándose en cada paso, cada situación y cada disyuntiva que se presente. Al decir “*Permaneced en mí y yo en vosotros*”, en esta segunda parte equivale a decir “*Dejadme permanecer en vosotros*” – o seguir permaneciendo, con el verbo en presente continuo.

En esto, como en todo, siempre retenemos el libre ejercicio de nuestra voluntad. La misma debe continuar y perseverar en una disposición de elegir siempre el camino más alto – el del amor, la limpieza y transparencia, y lo que es útil, edificante y para el bien del prójimo.

Si en situaciones o disyuntivas determinadas, se opta por la comodidad por encima del bien de los demás, o por el disfrutar de un placer egoísta, o hablar a destiempo o con imprudencia, eso de por sí bastará para volver a colocar sobre el trono al número uno, al yo.

Consecuentemente, y siempre que se retenga la sensibilidad espiritual, se advertirá que el Espíritu retirará Su sello aprobatorio, y hará llegar señales de estar contristado. Esto será para llamar la atención de que se ha perdido el rumbo, y que se hace necesario, contrito y arrepentido, retomarlo cuanto antes.

También debemos puntualizar que ese morar de Cristo en el corazón es por la fe, según se indica en el versículo en que estamos, no por sentimientos ni emociones.

La experiencia práctica demuestra que siervos y siervas que han andado y vivido en esta dimensión del morar de Cristo en sus corazones, no siempre han sido muy conscientes de ello, como para

sentirse “muy ungidos y llenos a tope de Cristo.” Más bien han sido los demás a su alrededor que lo han advertido, y han sido beneficiados y bendecidos por ello.

En esto vemos algo de la gran sabiduría del Señor, para protegerlos de ese enemigo mortal que es el engreimiento, y que ha ocasionado la ruina de tantos que han caído en su trampa sutil y siniestra.

*Hacia el gran pináculo.-*

*“a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”*

Aquí la oración se remonta a su pináculo tan estupendo. La base sobre la cual descansa y se apoya es el estar arraigados y cimentados en amor, lo cual Pablo bien sabe que es el fundamento indispensable e insustituible, para todo cuanto ha de perdurar con solidez para vida eterna.

Desde esa base se proyecta y extiende en la vertical hacia arriba, pero también en la horizontal, abarcando y abrazando no sólo a los efesios, sino también a *“todos los santos.”*

Notemos que no dice “con todos los creyentes, discípulos, ovejas o hermanos”, sino *“con todos los santos,”* pues son sólo los que viven de veras de blanco delante de Dios y de los hombres, los que han de poder verse sumergidos en la gran panorámica cuatridimensional que aquí pasa a describir.

Empieza por la anchura. Sólo podemos concebirla en la señalización que nos dan los brazos eternos de Quien creó la humanidad y todo el universo, abiertos de par en par y extendidos hacia el oriente y el occidente en Su bendita crucifixión. Allí estuvo y está, como el guardián celestial, cerrando el paso a la perdición eterna, hacia la cual todos estábamos encaminados antes de que Su gracia redentora se cruzase en nuestro camino, y detuviese nuestra marcha hacia tan horrendo destino.

El largo, o la longitud, tienen sin duda una gran variedad de matices. Los que peinamos canas y llevamos unos buenos años de edad, no podemos menos que visualizarlo como el amor que nos ha seguido a todo lo largo de un buen número de décadas, protegiendo, proveyendo, animando y consolando, haciéndonos conocer y sentir la gran sabiduría, fidelidad y bondad de Su amor para con nosotros.

La profundidad también adquiere una gran diversidad de tonos. El que primero se nos ocurre, es el de Su descenso al lugar más bajo de ser hecho maldición por nosotros, (Gálatas 3:13) introduciéndose en el horrible pozo de miseria en que nos encontrábamos, para así poder levantarnos y salvarnos.

Como no podría ser de otra forma, este cuadrilátero termina con la altura, porque el amor siempre ha de culminar elevándonos a la cima máxima y final – la de sentarnos con Él en Su trono en las gloriosas alturas celestiales que nos aguardan.

Al llegar a este punto es como si se diese cuenta de que *todavía* se ha quedado corto – que no ha llegado a donde quería. Es por eso que añade

*“...el amor de Cristo que excede a todo conocimiento”,* reconociendo que va mucho más allá del alcance de sus palabras, y de todo lo que él y todo otro ser finito pueda concebir y comprender.

Y después de haber ido subiendo paso a paso, peldaño a peldaño, por fin se encuentra en ese lugar donde puede enarbolar la meta más estupenda que uno se pueda imaginar:

*“...para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”*

¿Será posible que esos santos efesios pudieran, y que también todos los demás santos podamos, alcanzar algo tan inverosímil en

nuestra diminuta y muy indigna humanidad: “ser llenos de toda la plenitud de Dios?”

¿Utopía de un Pablo que, en el aislamiento de la cárcel de Roma, se ha sumido en un misticismo idealista, pero totalmente inalcanzable?

Una mente fría y calculadora, regida por los dictados de la reflexión propia, y exenta de la inspiración y la fe del Espíritu, muy bien puede opinar y afirmar que Pablo se remontaba a algo inalcanzable.

Por nuestra parte, afirmamos que nuestra fe y apreciación de todo esto van en una línea totalmente distinta.

Pablo está pidiendo para los efesios, y para todos los santos, algo que sin duda él ha alcanzado y experimentado, no sólo en plenitud, sino también en más de una o dos oportunidades aisladas.

¿En qué consiste *“comprender el amor de Cristo?”* ¿Tener una noción mental clara que entiende bien su inmensa grandeza?

Por cierto que sí, pero mucho, mucho más. La palabra *comprender* en el original griego, en una de sus muchas acepciones, nos habla de un conocimiento experimental – es decir, algo que se lo conoce por haberlo vivido y experimentado.

No nos cabe duda de que en esos largos días en que estuvo en la cárcel en Roma, como así también en otras ocasiones, Pablo tuvo dichas experiencias del amor de Cristo, sintiéndose rodeado, envuelto y saturado por el mismo.

El carácter y la gracia del Señor, nos aseguran que, para un siervo fiel que padecía tanto con heroísmo y buen ánimo por amor de Su nombre, Él no podría menos que prodigar Sus más dulces consuelos, derramando sobre su ser entero raudales y raudales de Su amor inmenso.

Así, como uno que sabe bien de lo que está hablando y escribiendo, puesto que lo ha vivido y experimentado una y muchas veces – así, decimos - él podía describir ese amor en esa estupenda proyección cuádr dimensional, y agregar del mismo *“que excede a todo conocimiento.”*

Y habiéndolo disfrutado y paladeado tanto, estaba latente en su espíritu que esos queridos efesios – como así también todos los santos – pudieran también tener la dicha de verse sumergidos en esa bendita gracia, e impregnados totalmente de ella.

En los anales de la historia posteriores al primer siglo, tenemos muchos casos de santos siervos y siervas del Señor, que de una forma u otra han tenido también experiencias gloriosas del amor infinito de Cristo, que los ha inundado, abrazado y acariciado como sólo Él sabe hacerlo.

Hemos leído testimonios fehacientes de algunos de ellos, y nos consta que ha habido muchos más. ¿No será cierto que, en cierta o buena medida, esto se pueda atribuir a esta grandiosa oración de Pablo, que, como ya hemos visto, se hizo extensiva a *todos los santos?*

Creemos que sí, pero no dejemos de reparar en el alto precio que tuvo que pagar para poder escalar una cumbre tan elevada, y desde allí, con plena fe y todo el peso y autoridad que le daba su ilustre y sacrificada trayectoria previa, elevar una oración tan trascendente, y casi diríamos, tan increíble.

¡Que tú, y quien esto escribe, y muchos más, podamos llegar también a sentirnos y sabernos anegados y colmados por ese océano vasto e infinito del amor de Cristo, y así ser llenos de toda la plenitud de Dios!

Con el riesgo de sonar repetitivos, volvemos a puntualizar que es muy importante que se comprenda bien, que esta gran oración de Pablo a favor de los fieles efesios, también se hace extensiva a todos nosotros.

Lo reiteramos y enfatizamos, porque sus palabras *“seáis capaces de comprender con todos los santos”*, con ser tan significativas y maravillosas, para muchos parecen pasar desapercibidas. O bien, se las oye y se les da un asentimiento mental, pero de ahí no pasa ni llega a traducirse en algo concreto.

Según lo señalamos en el último capítulo de nuestro primer libro – “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto,” - en más de una ocasión, con el correr de los años, nos hemos podido sumergir en el torrente tan preciado de esta oración maravillosa.

Con hambre y sed del Dios vivo y de Su Cristo glorioso, nos hemos podido aislar de todo lo demás, y a solas con Él derramar a Sus pies nuestra alma sedienta y necesitada, con esas súplicas y esos ruegos tan profundos, que brotan de nuestras entrañas por el toque bendito del Espíritu Santo.

A continuación, hemos podido experimentar esos raudales de amor y de gracia fluyendo en nuestro interior con una abundancia e intensidad que nos han hecho estremecer y temblar de emoción santa.

Sabernos indeciblemente amados, abrazados, envueltos y aun arrollados por ese amor sin igual, ha sido, en cada ocasión, algo bendito y sagrado, que, para comprenderlo y apreciarlo debidamente uno tiene que experimentarlo personalmente.

Quizá distemos bastante de esa cumbre que Pablo nos propone de llegar a ser llenos de toda la plenitud de Dios; empero, mientras duren nuestras fuerzas y buena salud, proseguimos avanzando hacia ella, llevados por la mano sabia y diestra del Santo Espíritu.

Aclaremos que en ese ser llenos de toda la plenitud de Dios, no visualizamos grandes sanidades y milagros ni señales maravillosas. Sabemos que en cuanto a todo eso el Señor es soberano, y nos ha de dar a cada uno lo que en Su sabia economía estime más indicado.

Lo que sí visualizamos es lo que Pablo nos da como contexto – el amor cuadrimensional de Cristo que excede a todo conocimiento. Estar envueltos, saturados y aun arrollados por ese amor eterno e incomparable – para él, eso equivale a estar llenos de toda la plenitud de Dios. Personalmente, añadimos nuestro modesto, pero también firme asentimiento aprobatorio.

Aquí ponemos un paréntesis, enfocado especialmente hacia quienes, a esta altura o antes, pueden razonar o haber razonado más o menos de esta forma:

“Todo esto está muy bien, pero... ¡qué ajeno me suena a la realidad práctica de mi iglesia!”

“No hay ninguna referencia a cómo mejorar las finanzas – ningún consejo para alcanzar más éxito en el evangelismo – y para que se ponga fin al chisme, la crítica y el malestar imperante.”

Es decir, que se puede considerar como un misticismo irreal, que no enfrenta los problemas prácticos con que los pastores y siervos se encuentran en la vida eclesial normal y corriente.

Verdad es que en el capítulo siguiente, a partir del versículo catorce, Pablo pasa a la exhortación y amonestación puntual, sobre los temas básicos y más corrientes en cuanto a la conducta y el testimonio.

No obstante, al incluir con anterioridad inmediata esa grandiosa oración sobre el amor que excede a todo conocimiento, lo hace con la sabia convicción de que es sólo por el fluir de esa virtud y fuerza tan poderosa y maravillosa del amor, que todo lo demás resulta verdaderamente viable y alcanzable.

Amonestar, exhortar o reprender sin el respaldo de la bendita gracia del amor, nunca puede responder a los fines duraderos y eternos del reino de Dios, por ser éste un reino que en su esencia está fundado sobre el amor y sustentado por él.

De manera que no vacilamos en afirmar que la concreción y cristalización gradual de esta oración de Pablo, habrá de repercutir muy favorablemente en el terreno práctico, solucionando, si no todos, por lo menos muchos de los problemas prácticos más corrientes que hemos mencionado.

En otras palabras, que al ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu, con la morada de Cristo por la fe en los corazones, y al estar arraigados y cimentados en el amor, y perseverar en él con la mira de llegar a estar saturados y desbordados por el mismo, nos

encontraremos con el remedio de la mayoría de los males que nos condicionan y limitan tan lamentablemente.

La mezquindad en las finanzas ha de ceder paso a un generoso poner las manos bien dentro de los bolsillos, las billeteras y carteras, o las cuentas bancarias, para dar con alegría al Señor. El amor a las almas perdidas habrá de resurgir; la oración y la palabra de Dios cobrarán un sentido nuevo y vivo, mientras que la vivencia práctica se verá adornada por la hermosura de la santidad en el pensar, decir y hacer.

En fin - ¡que esa fuerza superlativa y sublime del amor todo lo revoluciona, todo lo sana, todo lo dignifica y todo lo hermosea!

Después de este importante paréntesis, continuamos puntualizando cómo Pablo, desbordando con una fe, y una amplitud de visión ilimitada, concluye con su colosal doxología:

*“Y a Aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.” (3:20-21)*

Lejos de albergar dudas en cuanto a la oración que ha elevado, nos hace ver la absoluta confianza que tiene en el poder y la capacidad sin límites del Dios Padre, para hacer aun mucho más de lo que pedimos o pensamos.

Al hacerlo, añade algo muy importante:

*“...según el poder que actúa en nosotros...”*

Él era muy consciente de que había un poder sobrenatural que operaba en su propia vida, y también en la de los demás santos.

Ese poder sobrenatural no es ni más ni menos que el del Eterno Dios, omnipotente y todopoderoso, para el cual no hay ningún imposible.

Es un poder limpio y totalmente fiable; un poder que nunca obra en contra de nuestra voluntad, por el profundo respeto que nos tiene como seres que Él mismo ha creado, con la capacidad y responsabilidad de ejercer el libre albedrío.

Decimos todo esto porque al hablarse de “un poder que actúa en nosotros”, para algunos puede infundir recelos o el temor de pensar que uno se puede extraviar en esto, y ser llevado por una fuerza extraña a cosas excéntricas o extravagantes.

Quienes han vivido y experimentado de forma real este “*poder que actúa en nosotros*”, estarán en un todo de acuerdo con nosotros en que es un poder del cual no hay nada que temer.

No hay ningún peligro de que nos arrastre a cosas peligrosas, ni de que nos lleve a perder los estribos haciéndonos caer en euforias, histerismos o cosas semejantes.

Siempre se retiene plenamente el uso de las facultades con que hemos sido creados, y por sobre todas las cosas – como ya se ha dicho – el libre ejercicio de nuestra voluntad, pues sólo actúa cuando la misma está clara y limpiamente alineada con él, esto es, con este obrar de Dios en nosotros.

Al comentar con cierta extensión toda esta grandiosa oración de Pablo, más que examinarla desde un punto de vista teológico o doctrinal, nos anima el deseo de que el contenido de la misma se pueda cristalizar en la vida del lector.

Debemos señalar con toda sinceridad que la meta propuesta, por ser tan alta - tal vez lo más elevado a que se pueda aspirar en esta vida - no ha de ser alcanzable con prontitud, sin esfuerzo, y sin pasar, en cierta medida por lo menos, por la fragua de la prueba y el dolor.

Incuestionablemente, se trata de oro afinado, probado en fuego, el cual Jesús aconsejó a los laodicenses – y por extensión a todos nosotros – a que lo compremos de Él.

Esto presupone que hay que pagar un precio, y – nos permitimos agregar – también debe mediar una trayectoria.

Mas el corazón que está enteramente volcado en el amado Señor, y en los valores sublimes de la eternidad, no verá en el precio que haya que pagar un serio obstáculo que lo disuada. Antes bien, habrá de verlo como un desafío, al cual habrá de responder afirmativamente y de buen grado.

Confiamos en que éste sea el sentir de cada lector. Así, sin descuidar en absoluto las labores del reino de Dios a las cuales se encuentra abocado actualmente, podrá, no obstante, elevar con toda sinceridad esta oración final:

“Amado Señor y Padre celestial, ayúdame a sumergirme por el Espíritu en el precioso torrente de esta oración de Pablo. Como uno de los muchos santos de Tu iglesia universal, quiero comprender y experimentar el amor infinito de Tu Hijo Jesucristo, y llegar a sentirme y saberme lleno de toda la plenitud de Dios.”

“Sé que no es una meta fácil ni superficial; que en el camino, tal vez necesitareé atravesar por pruebas y ratificar mi lealtad a Ti de manera muy real en las buenas y en las malas.”

Si bien me siento impotente e incapaz para ello en mis propias fuerzas, llevado por Tu gracia y la mano sabia del Espíritu Santo, sé que será algo gradualmente alcanzable para mí, pues entiendo que es Tu voluntad que así sea.”

“Por lo tanto, desde hoy tómame en Tus benditas manos como nunca antes, y llévame día a día, paso a paso, hasta que me encuentre envuelto, abrazado y saturado en el precioso océano de tan insondable amor.”

“En él te podré amar, honrar y servir mejor cada vez, hasta que me lleves a Ti en el más allá, y allí lo haga para siempre, y en total y final perfección. Amén.”

----- ( ) -----